

Más que
una noche con
el jefe

LEILA YOON

Más que una noche con el jefe

Mucho más que jefes #1



LEILA YOON

Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares, eventos o hechos reales es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de la autora, **Leila Yoon**.

El diseño y la ilustración de esta obra también son propiedad exclusiva de **Leila Yoon**.

© 2026 Leila Yoon.

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[Epílogo](#)

[Extra](#)

[Sinopsis *Más que un verano con el jefe*](#)

[Drake, error millonario \(Los millonarios del Wonderland Club #1\)](#)

[¿Me dejas unas estrellitas?](#)

[¡Únete al Club de las princesas modernas!](#)

1



Mila

Estoy desnuda en medio de una playa de Golden Cove, con el agua hasta los sobacos, replanteándome todas las decisiones que he

tomado en mi vida y que me han llevado hasta este momento.

¿Quién me mandaba a mí venirme sola a la otra punta del país? ¿Aceptar un proyecto de verano en la costa oeste cuando nunca he sido una chica de sol y surf? ¿Meterme al agua sin ropa como si fuera el tipo de persona que hace locuras espontáneas sin pensar en las consecuencias ni en la arena en sitios incómodos?

Y todo por una maldita frase.

—Eres tan predecible, Mila —me dijo Louis, mi ex, hace unos meses, durante la ruptura, con el ceño fruncido y ese tono de desaprobación que siempre lo acompañaba cuando algo no encajaba en su visión de «la pareja perfecta»—. No puedo seguir con alguien tan... contenida. Tan aburridamente estable. Necesito a alguien más libre y vivo, como yo, que le guste salir de la zona de confort.

Nunca fui alguien impulsivo, ni que tomara decisiones sin antes haber hecho al menos tres listas, una tabla comparativa y un mapa mental.

Así que, en un ataque de rebeldía, hice lo más salvaje que se me ocurrió: acepté un proyecto para gestionar una delicada crisis de reputación en un exclusivo resort de la costa californiana, a mil kilómetros de mi zona de confort y a diez mil de mi rutina neoyorquina.

Me dije que iba a cambiar. Que iba a romper moldes. Que iba a convertirme, por fin, en esa versión impredecible de mí que nunca me había atrevido a ser.

Y ahora estoy aquí.

En medio de la noche.

Desnuda en el océano, con la piel erizada, el corazón acelerado y la brisa del Pacífico despeinándome el pelo.

Por suerte estoy sola. He esperado hasta que la última persona se alejara del paseo marítimo antes de atreverme a quitarme la ropa y entrar al agua. Me aseguré que no hubieran testigos. Porque una

cosa es hacer una locura y otra muy distinta dejar que otros sean partícipes involuntarios de tu ridículo.

Cuando algo me roza las piernas, decido terminar con esta aventura mística de autodescubrimiento. Probablemente sean algas, pero en California hay tiburones, me informé antes de venir. Incluso busqué estadísticas.

Muy pocos ataques al año, decía el artículo. Pero claro, alguien tiene que ser ese «muy pocos», ¿no? Y ese alguien no pienso ser yo.

Avanzo hacia la orilla a toda prisa, tras comprobar que sigo estando sola, y me encamino hacia la roca donde he dejado mi vestido, mis chanclas y mi ropa interior. Lo único que llevo conmigo es la tarjeta del hotel, que metí en una de esas bolsitas transparentes e impermeables que se ajustan al brazo con una banda elástica. Dejé el móvil y la cartera en la habitación. Porque sí, puedo estar loca, pero no soy estúpida.

Al plantarme frente a la roca, el corazón me da un vuelco. Mi ropa no está. Mi vestido, mi ropa interior y mis chancletas han desaparecido.

Trago saliva con fuerza y empiezo a buscar en las rocas de alrededor y en la arena próxima, con la esperanza de que un golpe de viento lo haya movido. Pero no está por ninguna parte.

Alguien debe haberlo cogido.

Pero... ¿quién podría estar interesado en un vestido de lino arrugado, unas chanclas de oferta y unas braguitas que han visto días mejores?

No tiene ningún sentido. A menos que haya un ladrón de ropa interior suelto por Golden Cove, lo cual sería el colmo. Uno de esos tipos raros que compran braguitas por internet a desconocidas para luego hacer Dios sabe qué con ellas.

—Perfecto —murmuro—. Estoy desnuda, de noche, en una playa, y probablemente haya un fetichista rondando con mis

braguitas en el bolsillo.

A lo lejos escucho unas voces provenientes del paseo marítimo y me agacho detrás de la roca, que por suerte es bastante grande, en busca de cobijo. Me echo hacia un lado, con la espalda pegada a la piedra, y contengo la respiración.

Veo pasar una familia con niños en bicicleta, entre risas y conversación ligera. Es pasada la medianoche. ¿Quién sale con niños a estas horas?

Los niños llevan cascos con lucecitas. La madre sostiene un refresco. El padre empuja al más pequeño, que aún no pedalea solo.

Y yo aquí, hecha un ovillo, en pelotas, esperando no convertirme en un trauma infantil.

—Estupendo —susurro—. Una noche de libertad y autoafirmación convertida en película de terror +18.

Cuando por fin se alejan, respiro hondo. Me asomo con cautela, asegurándome de que no haya más espectadores.

Y entonces lo veo. Un hombre corriendo por el paseo marítimo.

Va solo, lleva ropa técnica y se mueve con ese ritmo constante y seguro de quien corre por placer.

Me quedo mirándolo unos segundos, dudando.

No tengo muchas opciones. No puedo quedarme aquí toda la noche agazapada como un crustáceo a la espera de que ocurra un milagro divino y me caiga ropa del cielo. Además. ¿Y si aparece el supuesto ladrón de ropa con intenciones menos inocentes? ¿Y si esto termina en las noticias?

Sería patético. Demasiado patético.

Cojo aire, contengo la respiración como si fuera a saltar desde un acantilado, y grito:

—¡Eh! ¡Tú! ¡El que corre!

El chico se detiene en seco, como si le hubieran dado al botón de pausa. Se quita uno de los auriculares que lleva y gira la cabeza hacia mi dirección, desconcertado.

—¿Perdón?

—¡Aquí! —insisto, asomando la cabeza desde detrás de la roca.

Sus ojos me localizan y frunce el ceño.

Se queda unos segundos inmóvil, procesando la escena: una voz femenina saliendo de detrás de una roca, en mitad de la noche, en la playa. No es exactamente una situación habitual ni fácil de encajar.

—¿Va todo bien? —pregunta al fin, visiblemente confundido.

—No. O sea, sí. Más o menos.

—¿Necesitas ayuda?

—Sí. —Me aclaro la garganta—. ¿Podrías prestarme tu camiseta?

A pesar de estar bastante lejos, puedo verle pestañear.

—¿Mi camiseta?

—Sé que suena raro, pero estoy completamente desnuda detrás de esta roca porque me metí al agua y alguien se ha llevado mi ropa. Y no puedo salir así. Obviamente.

Él me observa en silencio. Luego ladea la cabeza, como si intentara decidir si estoy siendo sincera o si esto es algún tipo de broma muy elaborada.

—¿Estás diciendo que estás... desnuda?

—Completamente.

Un segundo más de silencio. Y luego, con una leve sonrisa torcida, dice:

—Vaya. Esto no me había pasado nunca en mis salidas nocturnas.

El hombre se acerca a la roca, y mientras lo hace va quitándose la camiseta. Cuando llega a una distancia prudente, extiende la camiseta con el brazo estirado, mientras gira la cabeza al otro lado.

—Aquí tienes. Está sudada. Lo siento.

—Créeme, no estoy en posición de ponerme exigente.

Agarro la camiseta como si me acabaran de lanzar un salvavidas en alta mar y me la pongo de inmediato. Me llega por la mitad del muslo y huele a detergente y a sudor. Pero no ese sudor fuerte y agresivo que te obliga a cambiarte de vagón en el metro. No. Es un olor suave, masculino y... sorprendentemente sexy.

No sabía que el sudor podía oler así.

Y definitivamente no sabía que podía resultarme atractivo.

Salgo despacio de detrás de la roca, avergonzada, y él me mira entre divertido e intrigado.

—Entonces... ¿baños nocturnos en pelotas? ¿Es lo que se lleva ahora?

—Es una larga historia —respondo, tratando de mantener la dignidad con lo poco que me queda.

Él asiente, y sin decir nada más, empieza a caminar hacia el paseo marítimo. Yo lo sigo en silencio.

Cuando llegamos al borde del paseo, se detiene y me mira con una media sonrisa.

—Siento no poder ayudarte con los zapatos. Me pillas sin repuesto.

—No importa. Estoy en el hotel que hay justo ahí, a dos minutos. —Levanto la mano y señalo con el dedo.

Y entonces lo miro, con intención de darle las gracias y salir corriendo... pero me detengo, porque a la luz de las farolas lo veo bien. Y guau.

Tiene el cabello castaño, largo y despeinado, como si llevara horas luchando contra el viento, unos ojos azules que podrían competir con el cielo despejado de verano, y un cuerpo que, bueno... parece diseñado para provocar golpes de calor en plena noche. Porque, ¿hola? ¿esos abdominales? Definidos, simétricos, ligeramente brillantes por el sudor... Deberían venir con advertencia.

Me obligo a apartar la mirada antes de quedarme embobada como una turista frente a un monumento que merece toda su veneración. Pero he sido demasiado lenta y él me ha pillado. Lo sé por la sonrisa satisfecha que se le dibuja en la cara, como quien sabe exactamente el efecto que causa y, encima, lo disfruta.

Me enderezo un poco, intentando fingir indiferencia.

—Bueno, pues... gracias. Limpiaré tu camiseta y la dejaré en la recepción de mi hotel para que puedas pasar a buscarla mañana mismo.

—¿Y ya está? ¿No vas a contarme por qué te bañaste en pelotas, sola y de noche? Déjame decirte que no suena precisamente muy sensato.

—Ya te he dicho que es una larga historia. Yo solo... quería hacer algo impulsivo, ¿sabes? Mi ex me dejó hace poco con la excusa de que soy demasiado predecible, y pensé: es hora de demostrarme a mí misma que también sé ser imprevisible cuando me lo propongo.

Él asiente, con una ceja ligeramente arqueada.

—Hay maneras menos peligrosas de ser imprevisible.

—Lo sé. En realidad esta no fue mi primera opción. Mi idea era ligar con algún desconocido en el bar del hotel y tener una noche desenfrenada con él. Ya sabes, un cliché. Pero resulta que me acerqué a un tipo, empecé a hablar con él... y al cabo de cinco minutos apareció su pareja. Que, por cierto, era un hombre. Y bastante guapo, para más inri.

Él se ríe, con una carcajada profunda y sincera.

—Vaya. Qué mala suerte.

—O karma, según se mire —respondo, encogiéndome de hombros—. El caso es que, como el plan A no funcionó, pasé al plan B: despelotarme y meterme en el océano. Y ya sabes cómo terminó todo.

Él se ríe otra vez, con esa risa cálida que empieza a resultarme peligrosamente encantadora.

Yo me preparo para despedirme, lista para hacer una retirada. Pero antes de que pueda abrir la boca, él me mira con una chispa divertida en los ojos y suelta:

—¿Y si te ayudo con eso?

Frunzo el ceño.

—¿Con qué?

Él sonríe, ladeando la cabeza.

—Con tu necesidad de ser imprevisible. Si todavía estás buscando a alguien que encaje en ese plan... puedo serlo yo.

Su sonrisa crece mientras su mirada recorre mi cuerpo, deteniéndose en el borde de su camiseta, donde mis muslos desnudos asoman. Algo en ese gesto me hace pensar que, por primera vez en mi vida, no necesitaré hacer una lista para decidir.

2



Mila

La boca del desconocido choca con la mía nada más cerrar la puerta de la habitación del hotel donde me hospedo. Es sencilla, sin demasiados lujos. Solo estaré aquí una noche. A partir de mañana me alojaré en el resort donde voy a trabajar.

El desconocido no le presta atención. Mete la lengua dentro de mi boca mientras una mano se apresura a subir por mi muslo bajo su camiseta mojada de sudor.

—¿Quieres que me duche antes de seguir? —murmura contra mis labios, con la voz ronca.

Sorprendentemente, niego con la cabeza.

—No. Me gusta como hueles.

Vuelve a comerme la boca, más profundo esta vez, mientras su mano asciende sin piedad hasta mi sexo.

Sus dedos rozan mi humedad y suelta un gruñido bajo que vibra contra mi lengua. Estoy empapada, y no solo por el agua del mar. La camiseta se me sube hasta la cintura cuando me empuja contra la

pared, y sus dedos separan mis pliegues para acariciar mi clítoris hinchado con movimientos circulares lentos y firmes.

Yo tampoco pierdo el tiempo.

Mis manos bajan por su pecho desnudo, sintiendo cada músculo tenso, y tiro del cordón de sus pantalones de correr. Su polla salta libre, dura y gruesa, con la cabeza ya brillante de líquido preseminal. La rodeo con los dedos y empiezo a masturbarlo despacio, disfrutando de cómo palpita en mi palma.

Se separa apenas un segundo, respirando agitado contra mi boca.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, con los ojos oscurecidos de deseo.

—No —respondo de inmediato, mordiéndole el labio—. Prefiero que no haya nombres.

Él asiente con una media sonrisa torcida.

—Perfecto. Sin nombres, entonces.

Vuelve a besarme, me levanta en brazos y me tira sobre la cama.

No pierde el tiempo. Se arrodilla entre mis muslos abiertos y me quita la camiseta. Me mira un segundo, y luego baja la cabeza con hambre hacia mi sexo.

Su lengua caliente lame mi hendidura de abajo arriba en un lametón largo y lento que me arranca un gemido ahogado.

No tiene prisa. Recorre cada pliegue con la punta de la lengua, saboreándose despacio, rodeando mi clítoris sin tocarlo del todo, provocándose.

Cuando por fin lo succiona entre sus labios, chupando con fuerza, arqueo la espalda y clavo los dedos en las sábanas.

—Joder... —jadeo.

Introduce dos dedos dentro de mí, curvándolos para frotar ese punto sensible mientras su lengua sigue trabajando sobre mi clítoris: lame rápido de lado a lado, luego succiona, luego lame lento y profundo. Sus dedos me follan con un ritmo constante y profundo, entrando y saliendo mientras su boca no da tregua.

Me retuerzo contra su cara, moviendo las caderas para buscar más fricción.

Él gruñe contra mi piel y el sonido vibra directamente en mi clítoris. Después, añade un tercer dedo, estirándome deliciosamente.

Siento el orgasmo creciendo rápido y fuerte. Mis muslos tiemblan alrededor de su cabeza.

—No pares... por favor... —suplico.

Él acelera la lengua, chupando mi clítoris con fuerza mientras sus dedos entran y salen más rápido, empapados.

Me corro con un grito, apretando su cabeza contra mí. Pero él no se detiene.

Sigue lamiendo suavemente, alargando el placer, sacando hasta la última contracción de mi orgasmo, hasta que quedo temblando y sensible.

Cuando por fin levanta la cabeza, tiene los labios y la barbilla brillantes con mi humedad.

Me mira con una sonrisa satisfecha y se tumba de espaldas.

—Ahora te toca a ti —dice, con la voz ronca.

Ni siquiera me ofende el tono autoritario que acaba de usar. Después del orgasmo que me ha regalado, se merece eso y más.

Dios, creo que ha sido el mejor cunnilingus de toda mi vida.

Sin hacerle esperar, me coloco entre sus piernas.

Su polla está dura como el acero, gruesa, venosa, con la cabeza hinchada y brillante.

La agarro por la base y la miro un segundo antes de sacar la lengua y lamer desde los testículos hasta la punta en un lametón lento y largo. Él suelta un gemido grave.

Repito el movimiento varias veces, lamiendo toda su longitud, girando la lengua alrededor de la cabeza, saboreando el gusto salado de su precum.

Luego me la meto en la boca despacio, bajando centímetro a centímetro hasta que toca el fondo de mi garganta. Me quedo ahí unos segundos, tragando alrededor de él, y empiezo a subir y bajar la cabeza con ritmo.

Chupo con fuerza, usando la mano para masturbar la parte que no me cabe en la boca, mientras mi lengua no deja de moverse.

—Hostia... qué boca —gruñe, enredando los dedos en mi pelo.

Acelero, chupando más fuerte, más húmedo, dejando que mi saliva corra por su polla mientras lo masturbo al mismo tiempo.

De vez en cuando me la saco para lamerle los testículos, metiéndomelos uno a uno en la boca y succionando suavemente, antes de volver a tragármela entera.

Lo hago más profundo, más rápido, gimiendo alrededor de su grosor. Sus caderas empiezan a empujar suavemente, follándome la boca.

Justo cuando noto que está a punto de correrse, me aparta con suavidad y me gira, poniéndome a cuatro patas.

—Necesito follarte ya —dice con urgencia.

Como respuesta, me estiro rápidamente hacia la maleta que tengo abierta al lado de la cama y saco un condón de un pequeño neceser. Se lo lanzo con una sonrisa traviesa.

—Póntelo.

Mientras él rasga el envoltorio y se lo desliza por su polla gruesa y palpitante, un pensamiento me golpea con fuerza: estoy a punto

de follar con un completo desconocido del que ni siquiera sé el nombre.

No sé nada de él, solo que corre por las noches, que tiene un cuerpo que parece esculpido por los Dioses y que su boca y sus dedos me han hecho correrme como nunca.

Esa anonimidad, ese riesgo controlado, me excita de una forma casi insoportable.

Es liberador.

Es exactamente lo que buscaba cuando decidí ser imprevisible.

En cuanto tiene el condón puesto, se coloca detrás de mí.

Su polla presiona contra mi entrada empapada y entra de un solo empujón profundo, llenándome por completo. Grito de placer, sintiendo cómo me llena.

Empieza a moverse despacio al principio, saliendo casi por completo y volviendo a hundirse hasta el fondo con embestidas largas y controladas.

Cada vez que entra del todo, su pelvis choca contra mi culo y se me escapa un gemido.

Sus manos aprietan mis caderas con fuerza, guiándome contra él.

—Qué apretada estás... —gruñe, acelerando poco a poco el ritmo.

Pronto está follándome más duro, con embestidas profundas y rápidas que hacen que mis tetas se balanceen debajo de mí.

El sonido húmedo de su polla entrando y saliendo de mi coño llena la habitación.

Cambia el ángulo ligeramente y de repente toca ese punto perfecto dentro de mí con cada golpe.

Gimo más alto, empujando hacia atrás para encontrarlo.

Me incorpora un poco, tirando de mi pelo con una mano mientras la otra baja a frotar mi clítoris hinchado. El doble estímulo me vuelve loca.

Siento otro orgasmo creciendo rápido.

—No te corras todavía —me ordena con voz ronca, ralentizando las embestidas para torturarme.

Saca la polla casi del todo, solo para volver a clavármela con fuerza. Repite el movimiento varias veces, provocándome, hasta que le suplico entre jadeos.

—Por favor...

Entonces me folla sin piedad. Rápido, profundo, salvaje.

Mis brazos tiemblan y termino con la cara contra el colchón, el culo en alto, recibiendo cada embestida. Me corro con un grito ahogado, apretando su polla dentro de mí mientras olas de placer me recorren el cuerpo.

Él no para. Me da la vuelta, me abre las piernas y se hunde de nuevo en mí en la posición del misionero.

Ahora puedo verle la cara: mandíbula tensa, ojos oscurecidos de placer, pelo pegado a la frente por el sudor.

Me besa con hambre mientras sigue follándome, más lento pero igual de profundo, rotando las caderas para rozar mi clítoris con cada movimiento.

Envuelvo las piernas alrededor de su cintura y clavo las uñas en su espalda.

Sus embestidas se vuelven más intensas otra vez.

El colchón cruje bajo nosotros. Siento que viene otro orgasmo.

—Córrete otra vez —me pide contra mi boca—. Quiero sentirte.

Y lo hago. Me deshago alrededor de su polla por segunda vez, temblando y gimiendo. Solo entonces él acelera al máximo,

gruñendo, y se corre con fuerza dentro del condón, empujando hasta el fondo mientras su cuerpo se tensa contra el mío.

Caemos exhaustos sobre la cama, sudorosos y jadeando. Me atrae contra su pecho y me besa la sien.

—La próxima vez que alguien te llame predecible...

Me adelanto a terminar la frase.

—...le contaré que una vez me bañé desnuda en el Pacífico y acabé acostándome con un desconocido.

Los dos nos reímos.

—Sí —dice él—. Creo que con eso bastará.

3



Nash

Antes de salir de la cama, me quedo unos segundos tumbado boca arriba, intentando recuperar el aliento mientras observo el techo de la habitación.

No recuerdo la última vez que perdí la noción del tiempo de esta manera.

Giro la cabeza hacia ella.

Sigue tumbada entre las sábanas, con el pelo completamente revuelto y una expresión relajada que no se parece en nada a la de la chica nerviosa que encontré escondida detrás de una roca unas horas atrás.

Quién iba a decir que un paseo nocturno acabaría así.

Una sonrisa se me escapa sin remedio.

Levanto la muñeca para consultar el reloj deportivo y una carcajada incrédula brota de mi garganta.

—No me jodas...

El reloj sigue mostrando el resumen de actividad. Olvidé detener el entrenamiento antes de entrar en el hotel.

Tiempo activo: 5 horas y 47 minutos.

Calorías quemadas: 1.527.

Sacudo la cabeza, divertido.

Ni en mis entrenamientos más duros había visto una cifra semejante.

—Creo que acabo de pulverizar mi récord.

—¿Tu récord?

Le enseño la pantalla del reloj.

—El de calorías quemadas en una sola sesión de entrenamiento.

Ella la observa un instante y rompe a reír.

Entonces me fijo en la hora.

06:18.

La sonrisa se me desvanece un poco.

Mierda.

Me incorporo despacio y dejo los pies en el suelo.

Dentro de un par de horas tengo que estar en el resort. Antes necesito pasar por casa, ducharme y ponerme algo que no huela a sal, sudor y sexo. Esta ha sido, sin duda, una de las mejores decisiones impulsivas que he tomado en toda mi vida.

—Será mejor que me vaya. —Empiezo a vestirme mientras ella me observa desde la cama con una pequeña sonrisa.

—¿Tan pronto?

Sonrío.

—Si quiero llegar al trabajo con aspecto de haber dormido algo esta noche, sí. Todavía tengo que pasar por casa.

Ella asiente despacio.

Cojo la camiseta del suelo y me la pongo. Aún conserva el olor del mar mezclado con su perfume.

Sonrío.

Ha sido una locura.

La mejor clase de locura.

Me acerco de nuevo a la cama.

—Sé que dijimos que esto sería solo una noche... —empiezo, rascándome la nuca—, pero ¿te apetecería que nos viéramos otra vez? Mientras estés en Golden Cove, quiero decir.

Ella niega con la cabeza con suavidad.

—Ha sido increíble. Muchísimo. Pero prefiero que se quede así.

La miro durante unos segundos. Una parte de mí quiere insistir. La otra entiende perfectamente lo que quiere decir.

Hay noches que funcionan precisamente porque no intentas convertirlas en otra cosa.

Asiento con una media sonrisa.

—Supongo que tienes razón.

Me inclino hacia ella y deposito un beso lento sobre sus labios.

Esta vez no tiene la urgencia de los anteriores.

Sabe a despedida.

Cuando me separo, apoyo la frente contra la suya unos segundos.

—Gracias.

—¿Por qué?

Sonrío.

—Por regalarme la mejor excusa que he tenido nunca para saltarme un entrenamiento.

Ella rompe a reír.

Nos levantamos y caminamos juntos hasta la puerta.

Antes de salir, vuelvo a mirarla una última vez.

Permanece apoyada en el marco, despeinada, con una sonrisa tranquila que no encaja con la intensidad de la noche que acabamos de compartir.

No sé cómo se llama.

No sé de dónde viene.

Y probablemente nunca vuelva a verla.

Sin embargo, tengo la extraña sensación de que voy a recordarla durante mucho, mucho tiempo.

Con esa idea rondándome la cabeza, cierro la puerta y camino hacia el ascensor mientras el sol empieza a asomar sobre el Pacífico. Mi cuerpo está agotado.

Mi mente, en cambio, sigue atrapada en aquella habitación.

Llego a mi villa dentro del resort poco después de las siete. Lo primero que hago es meterme bajo la ducha. El agua caliente consigue relajarme los músculos, aunque no sirve para sacarme de la cabeza la imagen de la desconocida sonriéndome desde la cama.

Supongo que tardaré unos días en olvidarla.

O eso quiero creer.

Media hora después, ya vestido con unos pantalones chinos color arena, una camisa blanca remangada y unos mocasines, entro en el despacho con una taza de café recién hecho y enciendo el ordenador.

Nada más abrir el correo encuentro un mensaje de Kai, mi socio en el resort.

Asunto: Información consultora.

Frunzo el ceño y lo abro.

Nash:

Como me imaginaba que querrías saber con quién vas a reunirte esta mañana, te adjunto el expediente de la consultora.

Se llama Mila Maddox y trabaja para Harper & Brooks, una de las consultoras de imagen y gestión de crisis más prestigiosas de Nueva York.

Está especializada en empresas del sector del lujo y lleva años ayudando a recuperar la reputación de hoteles y resorts.

Léetelo antes de que llegue.

Y, por favor, intenta no echarla antes de que termine el primer café.

Kai

No puedo evitar resoplar.

Abro el documento adjunto.

Mila Maddox.

Dos másteres.

Especialización en comunicación corporativa y gestión de crisis.

Cinco años asesorando a empresas del sector del lujo.

Una lista de proyectos que haría feliz a cualquier director de recursos humanos.

No está mal.

Cierro el archivo y doy otro sorbo al café.

Nunca me ha hecho gracia la idea de traer a alguien de fuera para decirnos cómo debemos hacer nuestro trabajo.

El Golden Dolphin Resort no es un hotel cualquiera. Es el complejo turístico más exclusivo de la Costa Oeste. Un resort de cinco estrellas levantado sobre un acantilado con vistas al Pacífico, con playa privada, puerto deportivo, spa, cinco restaurantes, un club de playa y más de doscientas villas de lujo repartidas entre jardines tropicales.

La gente no paga una fortuna por alojarse aquí solo por las instalaciones.

Paga por una experiencia.

Y esa experiencia depende de cientos de pequeños detalles que solo entiendes cuando llevas años viviendo este lugar desde dentro.

Pero Kai lleva semanas insistiendo.

Todo empezó hace unos meses, cuando comenzaron a aparecer reseñas negativas sobre el resort. Al principio pensamos que eran simples clientes descontentos. Después llegaron más. Y más. Perfiles anónimos, opiniones sospechosamente parecidas y una campaña imposible de rastrear que empezó a afectar a nuestra reputación.

Las reservas siguen siendo buenas.

Pero las cancelaciones también han empezado a aumentar.

Según Kai, necesitamos a alguien capaz de averiguar qué está pasando y, sobre todo, de evitar que el problema siga creciendo.

Yo sigo pensando que nadie conoce este resort mejor que nosotros.

Él cree que precisamente por eso hemos dejado de ver lo evidente.

Ha insistido tanto durante las últimas semanas que, al final, no me quedó otra que aceptar. Al menos ha tenido el detalle de enviarme el expediente antes de la reunión.

Miro una última vez el nombre que aparece en la primera página.

Mila Maddox.

Espero que, por el dineral que vamos a pagar por traerla desde Nueva York, sea tan buena como promete ese currículum.

Porque, si no consigue resolver esta crisis, me temo que ni el Golden Dolphin Resort ni Golden Cove volverán a ser recordados por sus playas y sus atardeceres.

4



Mila

Me observo en el espejo incapaz de borrar la sonrisa.

No he dormido absolutamente nada.

Y, por una vez en mi vida, no me arrepiento lo más mínimo.

Mientras extiendo un poco de corrector bajo los ojos, una imagen tras otra vuelve a colarse en mi cabeza: el agua helada del Pacífico, la camiseta prestada, las carcajadas, sus besos, la forma en que acabamos olvidándonos del reloj hasta que amaneció.

Si alguien me hubiera dicho hace una semana que terminaría acostándome con un desconocido después de bañarme desnuda en el océano, le habría recomendado buscar ayuda psicológica.

Yo no hago esas cosas.

O, mejor dicho... no las hacía.

Siempre he necesitado tenerlo todo bajo control. Un plan A, un plan B y otro de emergencia por si los dos anteriores fallaban. Pero resulta que la mejor noche de mi vida nació precisamente cuando todos mis planes saltaron por los aires.

Qué ironía.

Sonríó mientras doy unos toquecitos más de corrector sobre las ojeras.

Después de casi seis horas de sexo con un desconocido, el milagro sería no tenerlas.

Cojo el móvil del escritorio para comprobar la hora.

Las ocho y cuarto.

Tengo tiempo de sobra para llegar al Golden Dolphin Resort antes de la reunión.

En ese momento la pantalla se ilumina con una notificación.

WENDY

Muchísima suerte en tu primera reunión. Vas a dejarlos con la boca abierta.

Una sonrisa aún más amplia se instala en mi cara.

Mi mejor amiga lleva semanas diciéndome que este proyecto puede cambiar mi carrera.

Y tiene razón.

La noche anterior me demostré que podía ser imprevisible.

Esta mañana toca recordar por qué Harper & Brooks decidió enviarme a mí para resolver la crisis de uno de los resorts más exclusivos de California.

Es hora de volver a ser la Mila profesional.

El trayecto hasta el Golden Dolphin Resort apenas dura quince minutos, pero es suficiente para que la emoción vaya sustituyendo poco a poco al cansancio.

Había visto fotografías. Decenas. Incluso había recorrido la web oficial varias veces mientras preparaba la estrategia de comunicación para esta crisis.

Pero las fotografías se quedan ridículamente cortas.

El resort parece suspendido sobre un acantilado que cae directamente al Pacífico. Los edificios, de apenas dos alturas, se mezclan con jardines exuberantes llenos de palmeras, buganvillas y flores tropicales. Pequeños senderos de piedra serpentean entre estanques y cascadas artificiales hasta desembocar en piscinas infinitas que parecen fundirse con el océano.

Todo transmite calma.

Exclusividad.

Como si el resto del mundo dejara de existir en cuanto cruzas la entrada.

No me extraña que este lugar se haya convertido en uno de los destinos más codiciados de la costa oeste.

Precisamente por eso resulta tan extraño que alguien esté intentando destruir su reputación.

Nada más entrar en el impresionante vestíbulo, el aroma a flores blancas y cítricos envuelve el ambiente. El techo, completamente acristalado, permite que la luz del sol inunde cada rincón, mientras una enorme pared de cristal ofrece una vista privilegiada del océano.

Me acerco a la recepción.

—Buenos días. Soy Mila Maddox. Tengo una reunión con los propietarios.

La recepcionista sonríe como si llevara esperándome toda la mañana.

—Por supuesto, señorita Maddox. Bienvenida al Golden Dolphin Resort. Puede dejarnos su equipaje hasta que termine su reunión.

Perfecto.

Mucho mejor que ir arrastrando la maleta por medio resort.

Le entrego el equipaje y, apenas unos segundos después, una joven vestida con el impecable uniforme color arena del hotel se acerca a mí.

—Si me acompaña, por favor.

La sigo por un amplio pasillo abierto al jardín.

A un lado se suceden patios interiores repletos de vegetación. Al otro, enormes ventanales permiten contemplar el mar casi a cada paso.

Cada detalle parece cuidadosamente estudiado.

Ni una hoja fuera de sitio.

Ni un empleado corriendo.

Todo funciona con una precisión casi coreografiada.

Si alguien está intentando hundir este lugar, desde luego no será porque escatimen en excelencia.

La empleada entra en uno de los edificios y acaba deteniéndose frente a una puerta de madera clara. Llama suavemente antes de abrirla.

—La señorita Maddox.

Entro con mi carpeta bajo el brazo.

Solo hay dos hombres.

Reconozco inmediatamente a Kai.

Hemos mantenido varias videollamadas durante las últimas semanas. En persona transmite exactamente la misma impresión: impecable, serio y con esa expresión tranquila de quien rara vez pierde el control.

Se acerca enseguida para estrecharme la mano.

—Mila. Me alegro de que hayas llegado sin problemas.

—Ha sido un placer. Gracias por confiar en mí.

—Estoy seguro de que nos vas a ser de gran ayuda.

Mientras hablamos, apenas reparo en el otro hombre. Está de espaldas, junto al enorme ventanal que domina la sala, observando el océano.

Kai da un paso a un lado.

—Permíteme presentarte a mi socio...

El hombre se gira.

Y el aire desaparece de mis pulmones.

No.

No puede ser.

El corredor del paseo marítimo. El desconocido con el que pasé toda la noche. El hombre que hace apenas unas horas estaba desnudo en mi cama.

Él me reconoce exactamente al mismo tiempo.

Durante un segundo eterno ninguno de los dos dice una sola palabra.

Solo nos miramos.

Y, por la forma en la que sus ojos se abren exactamente igual que los míos, sé que acaba de comprender la misma realidad imposible.

Mi cliente... es él.

5



Nash

El mundo se detiene por un segundo. O tal vez son tres. No estoy seguro. Lo único que sé es que el aire de la sala de reuniones se ha vuelto denso, casi irrespirable, y que la mujer que tengo delante, Mila Maddox, es la misma que hace menos de tres horas estaba gimiendo mientras se corría alrededor de mi polla.

Sus ojos están muy abiertos. Los míos también.

Kai sigue hablando, ajeno a todo, presentándose como si esto fuera una reunión más.

—Permíteme presentarte a mi socio, Nash Langford. Nash, ella es Mila Maddox, de Harper & Brooks.

Extiendo la mano de forma automática. Profesional. Como si no hubiera tenido mi cara enterrada entre sus muslos hace poco.

—Encantado —digo, y mi voz suena sorprendentemente normal.

Sus dedos rozan los míos y el apretón dura un segundo más de lo necesario. Ninguno de los dos aparta la mirada.

—Igualmente —responde ella en un tono cortés.

Kai nos mira alternativamente, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Pasa algo aquí? De repente el ambiente se ha puesto un poco raro.

Si supieras cuánto, amigo, pienso, pero no lo manifiesto en voz alta.

—En absoluto —respondo antes de que Mila tenga ocasión de abrir la boca.

Ella asiente una fracción de segundo después.

—Lo siento. Siempre analizo demasiado a la gente la primera vez que la conozco.

¿La primera vez?

Teniendo en cuenta que hace unas horas analizó mi cuerpo centímetro a centímetro, diría que esa fase ya la habíamos superado.

Kai arquea una ceja como dando a entender que no se cree nada, pero no hace más preguntas. Menos mal. Es un cabrón observador, pero hoy parece tener prisa por empezar.

—Perfecto. Sentémonos. Mila, ¿café? ¿agua?

—Agua, por favor —dice ella, y se sienta con la espalda muy recta, cruzando las piernas. Lleva un traje con falda de tubo azul marino que le queda como un guante. Profesional. Elegante. Nada que ver con la chica que encontré desnuda tras una roca en la playa.

Me obligo a sentarme frente a ella. Mantener la distancia. No mirar el escote discreto de su blusa. No recordar cómo se sentían sus tetas en mis manos.

Joder. Esto va a ser complicado.

Kai empieza a exponer el problema de las reseñas negativas, las cancelaciones, la campaña que parece orquestada. Yo asiento en los momentos adecuados, pero mi cerebro está en otra parte. En su sabor. En cómo me apretaba cuando se corría. En la forma en que me miraba cuando corría dentro de ella.

Mila toma notas. Escucha con atención. Hace preguntas inteligentes. Es buena. Muy buena. Se nota que sabe lo que hace.

En un momento dado, cuando Kai sale un segundo a pedir más café, nos quedamos solos.

El silencio es ensordecedor.

Ella levanta la vista de sus papeles. Sus mejillas están ligeramente sonrosadas.

—Esto es... —empieza en voz baja.

—Una puta locura —termino yo.

Una risa nerviosa se le escapa. Se muerde el labio inferior, el mismo que yo mordí hace unas horas. Tras un breve silencio, me mira intentando mostrarse seria.

—Nash... —Es la primera vez que pronuncia mi nombre—. Lo de anoche fue exactamente lo que dijimos que sería. Una noche. Esto no cambia nada. Ahora soy tu consultora y tú eres mi cliente. ¿De acuerdo?

La observo unos segundos.

—¿Y si no estoy de acuerdo?

Ella suspira.

—Entonces finge que lo estás.

Exhalo despacio y asiento una vez, con la mandíbula tensa

—Está bien —digo al fin—. Pero voy a ser sincero contigo: me va a costar un huevo tratarte como si solo fueras la consultora que contratamos. Sobre todo cuando sé exactamente cómo sueñas cuando te corres. Pero soy un profesional. Tú también. Así que... lo intentaremos.

Ella asiente, visiblemente aliviada.

—Solo trabajo —confirma—. Nada más.

—Solo trabajo —repito.

En ese momento la puerta se abre y Kai entra con el café. El resto de la reunión transcurre con una tensión extraña flotando en el aire. Hablamos de estrategias, de las reseñas falsas, de posibles sospechosos internos o competidores. Mila es brillante: clara, estructurada y con ideas muy sólidas. Yo intervengo lo justo, manteniendo la distancia profesional que acabamos de acordar.

De vez en cuando nuestras miradas se cruzan un segundo de más. Nada demasiado obvio, pero suficiente para que sienta un tirón en el estómago.

Cuando la reunión termina, Kai se levanta.

—Nash, ¿puedes mostrarle a Mila su villa? Yo tengo que atender una llamada con proveedores.

—Claro —respondo, manteniendo un tono neutro.

Recogemos su maleta en recepción y caminamos en silencio por los senderos del resort. El sol brilla alto y la brisa marina mueve suavemente las hojas de las palmeras. Ninguno de los dos habla hasta que llegamos a la villa privada que le hemos asignado.

Abro la puerta y le hago un gesto para que pase primero. Es amplia, luminosa, con vistas espectaculares al acantilado y al Pacífico.

—Aquí estarás muy cómoda —digo, quedándome cerca de la entrada—. Si necesitas cualquier cosa, avisa a recepción o a mí directamente.

Mila se gira hacia mí, todavía con la carpeta contra el pecho como si fuera un escudo.

—Nash...

—No te preocupes —la interrumpo con una media sonrisa tranquila—. No voy a insistir. Lo de anoche fue increíble, pero entiendo las reglas. Una noche. Punto final.

Ella me mira durante unos segundos, como si estuviera buscando algo en mi expresión. Finalmente asiente.

—Gracias. De verdad.

—Te dejo instalarte. Si quieres, mañana podemos revisar juntos el plan de acción que propusiste.

—Perfecto. Qué profesional —dice ella, casi como recordandoselo a sí misma.

—Soy profesional —confirmo—. Que tengas un buen día, consultora.

Cierro la puerta al salir y camino de vuelta al despacho con las manos en los bolsillos. El cuerpo me pide volver, tumbarla en esa cama enorme y follarla hasta que grite otra vez. Pero la mente sabe que no es lo correcto por ahora.

Mientras camino de vuelta, mi mente ya está trazando un plan. Respeto su decisión... pero no voy a hacer que sea fácil para ninguno de los dos olvidar lo que pasó entre nosotros.

6



Mila

Cuando me quedo sola en la villa, lo primero que hago es soltar todo el aire que no sabía que estaba reteniendo. Me apoyo contra la puerta cerrada y cierro los ojos un segundo, dejando que el peso de la situación caiga sobre mí como una ola.

Nash.

Dios mío, Nash.

De todos los hombres del mundo, tenía que ser él. El mismo que me hizo perder la cabeza anoche, el que me folló como si llevara meses deseándome, el que me arrancó orgasmos que todavía siento en los músculos. Ese cuerpo, esa boca, esa forma de mirarme como si quisiera comerme entera... y ahora resulta que es uno de los dueños del resort. Mi cliente. Mi jefe temporal.

¿Cómo se supone que voy a trabajar con él? ¿Cómo voy a sentarme en reuniones, hablar de estrategias y números, mientras recuerdo perfectamente el sabor de su piel y cómo se sentía dentro de mí?

Sacudo la cabeza, intentando alejar esos pensamientos. Una noche. Solo fue una noche. Yo misma lo dije y él lo aceptó. Tengo que ser fuerte. Profesional. He venido aquí a salvar la reputación de este lugar, no a liarme con uno de sus propietarios y poner en riesgo toda mi carrera.

Además, en Harper & Brooks está estrictamente prohibido cualquier tipo de relación personal con clientes. Es una regla innegociable, escrita en el contrato que firmé y repetida hasta la saciedad en las formaciones éticas. Una violación de eso no solo significaría el fin de este proyecto... podría acabar con mi futuro en la empresa. Todo por lo que he trabajado estos años.

Esto ha sido un error enorme.

Un error delicioso, intenso y que todavía siento entre las piernas, pero un error al fin y al cabo.

Y todo por culpa de Louis.

Por su maldita frase, por llamarme predecible, contenida y aburrida. Por esa necesidad estúpida de demostrarme a mí misma que podía ser imprevisible, que podía hacer algo salvaje sin planificar cada detalle. Una noche de impulsividad y ahora estoy pagando las consecuencias.

Respiro hondo y me obligo a moverme.

La villa es absolutamente espectacular, tal como prometían las fotos del resort pero multiplicado por diez.

Es una construcción baja de estilo mediterráneo, con paredes blancas, vigas de madera clara y grandes ventanales que ocupan casi toda la pared frontal. Nada más entrar, la vista te golpea: el Pacífico extendiéndose hasta el horizonte, el acantilado cayendo en picado bajo mis pies y una piscina infinita privada que parece fundirse directamente con el océano.

El interior es puro lujo discreto: un salón amplio y luminoso con muebles de diseño en tonos arena y blanco roto, un sofá enorme

frente a una chimenea moderna, y una cocina americana equipada con todo lo imaginable. El dormitorio principal es una tentación: una cama king size vestida con sábanas que parecen de nubes, un balcón privado con tumbonas y una ducha exterior rodeada de vegetación exuberante. Palmeras, buganvillas fucsias y blancas, y flores tropicales perfuman el aire que entra por las puertas abiertas.

Todo huele a exclusividad, a calma y a dinero bien invertido. Exactamente el tipo de lugar donde la gente paga fortunas por desconectar del mundo... y donde alguien está intentando destruirlo con reseñas falsas y una campaña sucia.

Me acerco al ventanal y apoyo la frente contra el cristal frío. El sol brilla sobre el agua y, por un segundo, casi puedo imaginarme volviendo a esa playa de anoche. Desnuda. Con Nash apareciendo de nuevo en la oscuridad.

—No —me digo en voz alta, apartándome del cristal—. Basta.

Esto es trabajo. Solo trabajo.

Aunque mi cuerpo todavía recuerda cada caricia y mi mente no deja de reproducir todo lo que pasó entre nosotros.

Esto va a ser mucho más complicado de lo que pensaba.

Necesito hablar con alguien antes de que me explote la cabeza.

Cojo el móvil y busco el contacto de Wendy, mi mejor amiga desde la universidad. Nos conocimos en primero de carrera; ella dejó los estudios en segundo año y ahora trabaja como camarera en un restaurante de Manhattan, un empleo que no le apasiona pero que le permite pagar las facturas y mantener su libertad caótica.

La videollamada se conecta y aparece Wendy, con el pelo recogido en un moño desordenado y una taza de café en la mano.

—¡Mila! ¿Cómo ha ido la reunión? ¿Cómo son los clientes? Cuéntamelo todo.

Me dejo caer en el enorme sofá blanco y suelto un suspiro largo.

—Serían perfectos... si no me hubiera follado a uno de ellos anoche.

Wendy grita tan fuerte que tengo que bajar el volumen del móvil.

—¿QUÉ?! ¡No! ¡Cuéntamelo todo ahora mismo!

Y se lo cuento. Todo.

Le explico que por culpa de Louis y su comentario sobre lo predecible que soy, acabé metiéndome desnuda en el océano en plena noche, que alguien me robó la ropa, que grité a un corredor para que me prestara su camiseta y que terminé teniendo la mejor noche de sexo de mi vida con un desconocido sin nombres.

Le resumo cómo acabamos en la habitación del hotel, los detalles de lo que pasó entre nosotros (sin ser demasiado gráfica, pero lo suficiente para que Wendy vuelva a gritar), y cómo esta mañana, al llegar a la reunión, descubrí que ese desconocido era Nash, uno de los propietarios del Golden Dolphin Resort.

Cuando termino, Wendy se queda en silencio unos segundos, con los ojos muy abiertos.

—Joder, Mila... Esto es una locura. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Nada —respondo con firmeza—. No pienso hacer nada. Hemos quedado en que solo sería una noche y seguirá siendo así.

Wendy arquea una ceja, claramente escéptica.

—¿Estás segura? Porque por la forma en que lo cuentas, ese hombre te dejó bastante impresionada...

—Bueno, admito que tiene buenas aptitudes —digo, mordiéndome el labio al recordar—, pero en mi empresa está prohibido liarse con los clientes. Si se enteran, adiós al ascenso al que llevo tiempo aspirando.

Porque sí, hay mucho más en juego que solo este proyecto.

Harper & Brooks va a abrir una nueva plaza de Senior Crisis Consultant a finales de año, con opción a socio junior. Es el ascenso que llevo persiguiendo desde hace tres años: mejor sueldo, más autonomía, proyectos internacionales y, sobre todo, el reconocimiento que Louis siempre me dijo que nunca conseguiría si seguía siendo «tan predecible y segura».

Este contrato con el Golden Dolphin no es uno más. Es el que puede poner mi nombre encima de la mesa de los socios. Un solo error, una sola filtración de que me acosté con uno de los clientes... y todo se va a la mierda.

Wendy suspira y niega con la cabeza, pero con esa sonrisa cómplice que siempre tiene cuando me meto en líos.

—Suerte que eres Mila Maddox, la reina de los planes y las listas. Si hay alguien capaz de resistir la tentación ante esto, esa eres tú.

—Exacto —respondo, intentando sonar más convencida de lo que realmente estoy—. Voy a hacer mi trabajo, voy a resolver esta crisis y voy a volver a Nueva York con un ascenso bajo el brazo. Nash Langford será solo un cliente más.

Wendy se ríe suavemente.

—Te creo... más o menos. Pero si en algún momento sientes que la reina de los planes está a punto de mandar todo a la mierda por unos cuantos abdominales y una sonrisa peligrosa, llámame. Aquí estaré para recordarte por qué no puedes tirártelo otra vez.

—Gracias —murmuro, más aliviada solo por haberlo sacado todo—. De verdad. Necesitaba contárselo a alguien.

—Para eso estamos las amigas. Ahora ve, instálate en esa villa de lujo, trabaja como la bestia que eres y mantén las bragas puestas... aunque sea difícil con ese Dios griego rondando por el resort.

Nos despedimos entre risas y cuelgo la llamada.

Me quedo un rato mirando la pantalla en negro del móvil. Wendy tiene razón. Soy Mila Maddox. La de las listas, los planes y el autocontrol. Puedo con esto.

Pero mientras miro hacia la piscina infinita que brilla bajo el sol de California, no puedo evitar preguntarme cuánto tiempo va a durar esa convicción antes de que Nash Langford ponga a prueba todos mis planes.

7



Mila

Al día siguiente me dirijo a recepción para preguntar dónde voy a trabajar. Una empleada uniformada me acompaña por los mismos pasillos de ayer y me explica que esa ala del resort está dedicada a las oficinas administrativas. Además, me muestra el despacho que usaré durante mi estancia.

El despacho es precioso. Luminoso, con vistas al océano a través de un gran ventanal, un escritorio moderno de madera clara, un cómodo sillón ergonómico y una pequeña zona de reuniones con sofá y butacas. Todo está perfectamente ordenado.

Pero lo que realmente me llama la atención es lo que hay sobre el escritorio: un precioso ramo de flores blancas y buganvillas fucsias (las mismas que rodean el resort), una caja elegante de bombones artesanos y una tarjeta blanca apoyada contra el jarrón.

La empleada también se fija en ello y abre los ojos, claramente sorprendida. No hace preguntas, aunque es obvio que tiene muchas en este momento. Se va sin antes lanzar una mirada curiosa al ramo de flores.

Yo espero a que desaparezca y cierre la puerta antes de coger la tarjeta con el pulso algo acelerado.

Mila,

Bienvenida oficial al Golden Dolphin.

Espero que el despacho sea de tu agrado.

Solo trabajo, como acordamos.

Nash

Suelto un suspiro y me dejo caer en el sillón.

—Maldito seas, Langford —murmuro mirando el ramo.

Sacudo la cabeza, saco el portátil del maletín y lo coloco sobre el escritorio, dispuesta a ponerme en marcha. Tengo mucho que hacer. Lo primero es ponerme en contacto con el equipo informático para que empiecen a rastrear las IPs de las reseñas negativas, analizar patrones y cruzar datos con posibles competidores.

Justo cuando estoy abriendo el correo para escribirles, tocan suavemente a la puerta.

—Adelante.

Entra una chica joven, de unos veintiséis años, con una expresión simpática y una sonrisa fácil. Tiene el pelo castaño claro con reflejos dorados, una melena suelta que le cae por los hombros, y unos ojos verdes grandes y expresivos. Lleva el uniforme del resort y una tablet en la mano.

—Hola, soy Chloe, del departamento de Marketing —se presenta con energía—. Tenemos una reunión en veinte minutos para coordinarnos y que me expliques cómo quieres que manejemos la parte de comunicación externa.

—Encantada, Chloe. Soy Mila Maddox.

Ella se acerca al escritorio y entonces ve el ramo de flores. Sus ojos se abren con sorpresa.

—Vaya... —murmura, claramente impresionada—. Es la primera vez que veo que los jefes manden flores a una colaboradora externa.

Siento que el calor me sube por las mejillas, pero mantengo una sonrisa profesional.

—Probablemente sea solo un detalle de bienvenida —respondo, intentando sonar despreocupada.

Chloe me mira un segundo más, con una ceja ligeramente levantada, pero no insiste.

—Claro. Bueno, ¿preparamos la reunión? Tengo varias ideas para la estrategia de respuesta en redes.

La reunión con el departamento de Marketing va muy bien. Se trata de un equipo joven, creativo y profesional. Comparten ideas frescas y sólidas para contrarrestar las reseñas negativas y reforzar la imagen del resort. Cuando termina, salgo satisfecha y con varias notas útiles.

Regreso a mi despacho con el portátil bajo el brazo. Sin embargo, al doblar la esquina del pasillo me detengo en seco.

Nash está apoyado contra el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos y una sonrisa torcida. Lleva una camisa blanca remangada que deja ver sus antebrazos fuertes y bronceados, y los primeros botones abiertos revelan la base de un torso tonificado que conozco a la perfección. Su cabello castaño, algo largo y ligeramente despeinado, cae de esa forma tan sexy que parece recién salido de una sesión de fotos. Y esos ojos azules... intensos, brillantes, son capaces de competir con el cielo de California.

—No te esperaba —digo, intentando que mi voz suene neutral y profesional.

Él se endereza con lentitud, sin dejar de sonreír.

—Vengo a comprobar que no has incendiado el resort en tus primeras horas —responde con naturalidad—. Y también quería invitarte a comer. Hay un restaurante en la terraza superior con vistas increíbles. Será solo una comida de trabajo, por supuesto.

Lo miro durante un segundo, evaluando sus intenciones.

—¿Solo una comida de trabajo?

—Tenemos que hablar de los próximos pasos a seguir. ¿Qué mejor momento que mientras comemos?

Dudo un instante, pero finalmente acepto.

—Está bien. Dame cinco minutos para dejar las cosas y te acompaño.

Nash asiente, satisfecho, y se aparta de la puerta para dejarme pasar.

Mientras entro al despacho, no puedo evitar pensar que «solo comida de trabajo» con Nash Langford suena tan peligroso como volver a meterme desnuda en el océano.

Diez minutos más tarde, estamos sentados en una mesa apartada de la terraza superior del restaurante principal del resort. Las vistas son impresionantes: el Pacífico se extiende infinito bajo nosotros, con el acantilado cayendo en vertical y el sol brillando sobre el agua. El ambiente es elegante pero relajado, con mesas discretas y una brisa suave que mueve las buganvillas.

Nash está frente a mí, relajado en su silla, con esa camisa blanca que se ajusta perfectamente a sus hombros anchos y ese cabello castaño despeinado que le da un aire salvaje incluso en pleno día. Cada vez que se mueve, noto cómo se marca la tela sobre

su pecho y no puedo evitar recordar la sensación de esos músculos bajo mis manos.

—Este lugar es increíble —digo, intentando centrarme en el entorno y no en él.

—Es uno de mis rincones favoritos —responde con una sonrisa leve—. Aquí se puede hablar con tranquilidad.

El camarero nos trae las cartas y Nash pide una botella de agua con gas y un vino blanco ligero para acompañar. Yo elijo una ensalada de mariscos y él un filete de pescado a la plancha. En cuanto nos quedamos solos, el aire entre nosotros se vuelve denso y cargado.

Es... peligroso.

—¿Qué tal el despacho? —pregunta.

—Perfecto.

Asiente.

—¿Y las flores?

Levanto una ceja.

—No hacían falta.

Nash sonrío de medio lado.

—Lo sé, pero recordé cierta conversación.

Frunzo el ceño.

—¿Cuál?

—Una en la que cierta mujer aseguraba que los hombres habían olvidado cómo cortejar. Eso mencionaste la otra noche.

Me pongo colorada al instante. Es verdad que entre polvo y polvo surgieron muchas conversaciones, risas y confidencias cuyo contenido exacto se me ha borrado entre el placer y el agotamiento.

—No... no recuerdo haber dicho eso.

Nash suelta una risa baja, grave, que vibra directamente en mi vientre.

—Dijiste muchas cosas esa noche, Mila. Algunas mientras gemías, otras mientras intentabas recuperar el aliento entre ronda y ronda. Me acuerdo de todas.

El calor sube por mi cuello y se instala en mis mejillas. Aprieto los muslos bajo la mesa y cojo la copa para disimular.

—Nash... —adviento en voz baja.

—Tranquila —dice él, levantando las manos en señal de inocencia, aunque sus ojos azules brillan con diversión—. Solo es una comida de trabajo. Nada más. Pero no puedo evitar recordar que la mujer que ahora mismo está sentada frente a mí, tan correcta y profesional, es la misma que me arañó la espalda mientras me suplicaba que no parara.

Trago saliva con dificultad. Las imágenes de aquella noche me asaltan de golpe: su boca entre mis piernas, sus manos fuertes sujetándome las caderas, el sonido de su voz ronca cuando se corrió dentro de mí.

Su mirada me repasa lentamente de arriba abajo, deteniéndose un segundo en mis labios y en el escote de mi blusa. La tensión entre nosotros es casi palpable, como una corriente eléctrica que lo envuelve todo.

De repente, una voz alegre interrumpe el momento:

—Anda, no pensé que os encontraría aquí.

—¡Tío Nash!

Una niña de unos siete años, con el pelo castaño rizado recogido en dos coletas y unos grandes ojos verdes llenos de energía, se abalanza sobre Nash y lo abraza con fuerza. Lleva un vestido veraniego amarillo y zapatillas de deporte, y su sonrisa es enorme y contagiosa.

Nash suelta una carcajada cálida y la levanta sin esfuerzo, sentándola en su regazo.

—Hola, princesa —dice él, revolviéndole el pelo con cariño.

Kai aparece detrás de ella, con una expresión divertida y algo sorprendida al vernos juntos.

—Imogen, cariño, no molestes —le dice suavemente, aunque se nota que está acostumbrado a estas escenas—. Perdón por la interrupción. Imogen, te presento a Mila Maddox, la consultora que nos está ayudando con el resort. Mila, ella es Imogen, mi hija.

¿Hija? No tenía ni idea de que Kai fuera padre.

La niña me mira con curiosidad, todavía pegada al cuello de Nash.

—Hola —dice con voz cantarina—. ¿Eres amiga del tío Nash?

Siento que el rubor regresa a mis mejillas con fuerza.

—Bueno, trabajamos juntos.

Imogen sonríe ampliamente y, sin soltar a Nash, se gira hacia su padre.

—Papi, ¿podemos comer con el tío Nash y Mila? ¡Por favor!

Kai nos mira como pidiendo permiso y Nash responde con un suspiro resignado.

—Claro, princesa. Sentaos con nosotros.

Kai arquea una ceja, mientras acerca una silla para Imogen y otra para él.

—Vaya... esto sí que es inesperado —comenta Kai, mirándonos alternativamente—. Me sorprende veros comer juntos. Nash no quería ni oír hablar de traer a una consultora externa. Llevo semanas insistiendo y él se oponía rotundamente. Y ahora, míralo, haciendo de perfecto anfitrión. Si no lo estuviera viendo con mis propios ojos, no me lo creería.

Siento un pequeño sobresalto. Miro directamente a Nash.

—¿No querías una consultora externa? ¿Por qué?

Nash se recuesta un poco en la silla y se pasa una mano por el cabello despeinado antes de responder.

—Porque siempre he pensado que nadie conoce este resort mejor que nosotros —admite con franqueza—. No me gustaba la idea de que alguien de fuera viniera a decirnos cómo hacer las cosas. Me parecía una pérdida de tiempo y de dinero. Pero después de verte en acción... he cambiado de opinión. Está claro que sabes lo que haces.

El cumplido suena profesional, pero la forma en que lo dice, con esa voz baja y la mirada fija en mí, hace que se me erice la piel. Kai nos observa con atención, como si estuviera percibiendo que hay algo más debajo de las palabras.

—Vaya, eso sí que es nuevo —dice Kai riendo—. Nash reconociendo que se equivocaba. Deberíamos anotarlo en el calendario.

Imogen, ajena a la tensión, tira de la manga de Nash.

—Tío Nash, ¿puedo pedir un refresco?

Nash sonríe y le revuelve el pelo con cariño.

—Claro que sí, peque.

Durante el resto de la comida intento mantenerme centrada en la conversación.

Les resumo las primeras conclusiones de la reunión con Marketing y las medidas que creo que deberíamos poner en marcha de inmediato. Nash escucha sin interrumpirme, haciendo alguna pregunta de vez en cuando, mientras Kai aporta su punto de vista desde la parte operativa. La conversación fluye con facilidad y tengo la sensación de que los tres remamos en la misma dirección.

Imogen, ajena a todo aquello, se dedica a entretenernos con sus ocurrencias. Nos cuenta que ha convencido a su padre para apuntarla a clases de surf, que quiere un perro aunque sea pequeñito y que, según ella, las verduras deberían ser ilegales. Cada una de sus intervenciones consigue arrancarnos una sonrisa y rebajar la tensión que se instala cada vez que Nash y yo cruzamos una mirada.

Porque, por mucho que intentemos mantener la conversación en un terreno estrictamente profesional, él no deja de buscar mis ojos. A veces solo durante un segundo. Otras, demasiado tiempo. Y cada vez que ocurre, siento el mismo cosquilleo incómodo y familiar recorriéndome el estómago.

En un momento dado, mientras Kai le explica el calendario de las próximas auditorías, noto un roce bajo la mesa.

Bajo la vista.

La rodilla de Nash está apoyada contra la mía.

Levanto los ojos de inmediato.

Él sigue escuchando a Kai con expresión completamente seria, como si no hubiera pasado nada.

Qué imbécil.

Retiro la pierna unos centímetros.

Él no hace el menor intento de seguirme.

Pero cuando vuelvo a concentrarme en la conversación, una sonrisa apenas perceptible curva la comisura de sus labios.

Idiota...

Justo entonces, mi móvil vibra sobre la mesa.

Miro la pantalla.

Es un mensaje del jefe del equipo informático.

Lo abro y, a medida que avanzo por las líneas, la sonrisa desaparece de mi cara.

—Acaban de escribirme —digo, levantando la vista—. Han intentado rastrear las IPs de las reseñas negativas. No han podido obtener nada concluyente. Quien esté detrás usa proxis de varios países, VPNs de alta calidad y servidores en la dark web. Es evidente que se trata de un equipo profesional, no de simples clientes enfadados. Han borrado muy bien sus huellas.

Nash y Kai se miran entre sí, serios.

—Esto confirma que no es algo improvisado —murmura Kai, preocupado.

Nash asiente, con la mandíbula tensa.

—Alguien está invirtiendo dinero y tiempo para jodernos.

Imogen, que está bebiendo su refresco con una pajita, los mira a los dos y suelta de repente:

—¿Por qué decís palabrotas? Papá siempre dice que está feo decirlas.

—Tu papá tiene razón, peque —dice Nash, revolviéndole el pelo con cariño—. Prometo contenerme la próxima vez.

Imogen asiente muy seria, satisfecha de haberlo regañado.

La interrupción de la niña consigue arrancarnos una sonrisa a todos y alivia por un momento la preocupación que se ha instalado en la mesa. Sin embargo, la seriedad regresa rápido.

—Esto complica las cosas —comento, guardando el móvil—. Si es un equipo profesional, tendremos que ser más creativos. Puedo coordinarme con Marketing para lanzar una campaña de defensa y, mientras tanto, seguir investigando posibles competidores o ex-empleados descontentos.

Kai asiente, pensativo.

—Buena idea. Nash, ¿qué opinas?

Nash me mira fijamente un segundo antes de responder.

Sus ojos azules tienen esa intensidad que me desestabiliza.

—Estoy de acuerdo con Mila. Ella es la experta. Confío en su criterio.

Otra vez ese tono... profesional por fuera, pero cargado de algo mucho más íntimo.

Siento un calor traicionero subiendo por mi cuello.

El resto de la comida transcurre entre la conversación de trabajo y los comentarios espontáneos de Imogen, que consigue mantener un ambiente más ligero.

Cuando terminamos, Kai se levanta con Imogen de la mano.

—Gracias por la compañía. Nosotros tenemos que irnos, tengo una videollamada en quince minutos. ¿Vosotros seguís?

Nash me mira con una sonrisa contenida.

—Todavía tenemos que hablar de algunos detalles —responde sin apartar los ojos de mí.

Kai se despide con una sonrisa, pero antes de girarse, lanza una mirada rápida a Nash y luego a mí. No dice nada, pero hay algo en sus ojos que me hace pensar que no se ha tragado del todo lo de la «comida de trabajo».

Y yo me quedo sentada, con el corazón latiendo más fuerte de lo que debería. Porque algo me dice que esos detalles no solo tienen que ver con el resort.

8



Nash

Soy incapaz de dejar de mirarle la boca. Esa jodida boca que la otra noche me llevó al límite una y otra vez.

Kai e Imogen acaban de marcharse, y en cuanto desaparecen por las escaleras, el ambiente entre nosotros cambia por completo. El ruido del restaurante se vuelve lejano y solo quedamos Mila y yo.

Llevo desde ayer pensando en ella. Me masturbé pensando en ella en la ducha, pero ni siquiera eso ha sido suficiente. Sigo excitado, tenso y con una hambre que no se calma.

Ahora que estamos solos, la tensión sexual regresa con fuerza.

Mila me mira con esos ojos grandes, intentando mantener la compostura.

—¿De qué detalles quieres hablar exactamente? ¿Es sobre la estrategia que vamos a seguir con las reseñas?

Sonrío, inclinándome hacia delante sobre la mesa.

—No —respondo con sinceridad, mirándola a los ojos—. No es sobre el trabajo.

Mila suelta un pequeño suspiro.

—Nash... dijimos que esto sería una comida de trabajo.

—Y lo ha sido —contesto, sin apartar la mirada—. Llevamos más de una hora hablando exclusivamente del resort. He cumplido mi palabra. Pero ahora que Kai e Imogen se han ido... quiero hablar de otra cosa.

Ella suspira.

—¿De qué quieres hablar?

Miro alrededor. Aunque la terraza está relativamente tranquila, todavía hay algunos huéspedes y empleados cerca. No es el lugar ideal para esta conversación.

—Aquí no. Mejor vayamos a mi despacho. Estaremos más tranquilos.

Ella duda un segundo, pero finalmente asiente. Nos levantamos y caminamos en silencio por los senderos del resort hasta mi despacho, situado en el ala administrativa. Cierro la puerta detrás de nosotros y echo el pestillo con discreción.

Ahora sí estamos completamente solos.

Mila se sienta en la silla frente al escritorio, cruzada de brazos como si intentara protegerse de lo que viene. Yo me quedo de pie, observándola.

—¿Y bien? —dice finalmente, con la voz algo tensa—. Ya puedes hablar. ¿De qué querías hablar en realidad?

Me separo de la puerta y avanzo lentamente hacia ella, acortando la distancia.

—De lo bien que se nos da ser imprevisibles —respondo con una sonrisa lenta y cargada de intención.

Mila se sonroja al instante, un rubor intenso que sube desde su cuello hasta sus mejillas. Aparta la mirada un segundo hacia la ventana, como si necesitara recomponerse.

—Nash... —murmura.

Me inclino un poco más hacia ella.

—Lo he estado pensando, y sé que quieres que esto se quede en solo una noche. Era tu plan inicial, lo entiendo. Pero admitirás que la química que hubo entre nosotros no es algo que se encuentre todos los días. Sería una pena desperdiciarla... y más ahora que vamos a estar uno al lado del otro durante las próximas semanas.

Hago una pausa, dejando que mis palabras calen, y añado con una sonrisa peligrosa:

—¿Por qué no aprovecharlo? Podríamos seguir haciendo cosas imprevisibles... que no tengan nada que ver con bañarte desnuda en el océano. O sí, pero conmigo. Podría follarte allí mismo, contra las rocas, con el mar de testigo.

Veo claramente cómo Mila aprieta los muslos. Su respiración se vuelve más superficial.

—Yo... no puedo, Nash —responde finalmente, con la voz entrecortada—. Aunque quisiera, no es posible. Acostarme con clientes está terminantemente prohibido en mi trabajo. Si se enteran en mi empresa podrían echarme y perdería todo por lo que he estado luchando estos años.

Sus palabras son firmes, pero el tono y la forma en que me mira delatan el conflicto interno que está viviendo.

Me quedo mirándola en silencio unos segundos, procesando lo que acaba de decir. Entiendo su miedo, de verdad. Pero eso no hace que deje de desearla como un loco.

—Comprendo. No quiero que pongas en riesgo tu carrera por mí. Pero estás a casi cuatro mil kilómetros de Nueva York, Mila. Nadie tiene por qué enterarse si somos discretos.

Mila cierra los ojos un segundo y suelta un largo suspiro. Cuando los abre, hay una mezcla de deseo y frustración en su mirada.

—No es tan sencillo. Aunque estemos a miles de kilómetros, las reglas siguen existiendo. Si alguien del resort se entera, si se filtra cualquier rumor... mi reputación se iría a la mierda. He trabajado demasiado duro para llegar hasta aquí.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire.

La observo unos segundos en silencio. No está buscando una excusa. Habla completamente en serio. Lo veo en la rigidez de sus hombros, en la forma en que mantiene la barbilla alta pese a que sus ojos siguen delatando todo lo contrario.

—No voy a pedirte que sacrifiques todo eso por mí. Sería un cabrón si lo hiciera. Pero hay algo que necesito saber. —Mila levanta la vista hasta encontrar la mía—. Hay personas con las que conectas y personas que pasan de largo. Tú y yo nos conocemos desde hace algo más de veinticuatro horas y, aun así, no consigo dejar de pensar en ti. No sé si volverá a pasarme algo así. ¿Seguro que estás dispuesta a hacer como si no hubiera ocurrido?

El silencio que sigue es demoledor.

Mila me mira fijamente, con los labios entreabiertos y la respiración agitada. Puedo ver la batalla que se libra en su interior.

—No estás siendo justo.

—No pretendo ser justo —respondo, acercándome lentamente hasta quedar frente a ella—. Si quisiera jugar limpio, no te habría hecho esa pregunta.

Doy otro paso y coloco mis manos sobre sus muslos, justo por encima de las rodillas. Siento cómo tiembla bajo mis palmas.

—Quizás podría recordarte cómo se siente... —murmuro, bajando la voz mientras mis manos suben lentamente por sus muslos—. ¿Quieres que te coma, Mila?

Ella jadea audiblemente. Su respiración se corta y, tras un segundo de duda, abre ligeramente las piernas, invitándome.

Eso es todo lo que necesito.

Me dejo caer de rodillas frente a ella. Le subo la falda hasta la cintura con ambas manos y, sin prisa pero con decisión, engancho los dedos en los laterales de sus bragas y se las bajo por las piernas. Mila levanta un pie y luego el otro, dejando que las bragas caigan al suelo.

Su coño queda completamente expuesto y mojado de excitación. El olor dulce de su deseo me golpea como una droga.

—Joder... —gruño antes de hundir mi boca en ella.

La devoro sin piedad.

Paso la lengua por toda su hendidura, saboreándola con hambre. Rodeo su clítoris con la punta de la lengua y luego lo succiono con fuerza.

Mila ahoga un gemido y clava los dedos en mi cabello, tirando de él.

No le doy tregua. Meto dos dedos dentro de ella mientras mi lengua sigue trabajando rápido y duro sobre su clítoris. Está empapada, apretándome los dedos con cada lametón. Sus caderas se mueven contra mi cara, buscando más fricción.

—Nash... Dios... —jadea, intentando contener los gemidos.

Sigo follándola con los dedos y chupándola sin descanso, succionando, lamiendo y mordiendo suavemente. Quiero que se corra en mi boca. Quiero recordarle exactamente por qué es tan difícil resistirse a esto.

Justo en ese momento, tres golpes firmes suenan en la puerta del despacho.

Toc. Toc. Toc.

Ambos nos quedamos congelados.

Mila abre los ojos de golpe, con pánico, y me empuja por los hombros para apartarme.

—Dios mío... ¿qué estoy haciendo? —susurra horrorizada, bajándose la falda con manos temblorosas—. ¿En qué estoy pensando?

Se pone de pie de un salto, visiblemente alterada, y se dirige hacia la puerta sin mirar atrás. Ni siquiera se da cuenta de que sus bragas están tiradas en el suelo.

Abre la puerta con rapidez.

Kai está al otro lado, con una carpeta en la mano.

—Vaya, hola —dice Kai, visiblemente sorprendido al verla.

—Yo ya me iba —balbucea Mila, pasando junto a él casi corriendo, con las mejillas encendidas y sin mirar atrás.

En cuanto ella desaparece por el pasillo, me agacho rápidamente, recojo sus bragas del suelo y me las guardo en el bolsillo del pantalón. Me limpio discretamente la boca y la barbilla con la manga de la camisa antes de enderezarme.

Kai entra en el despacho y cierra la puerta, mirándome con una ceja arqueada.

—¿Ha pasado algo? ¿Dónde iba Mila tan rápido?

Sonrío con toda la naturalidad que puedo fingir y me encojo de hombros.

—Estábamos revisando los gráficos de la estrategia de comunicación... y al parecer le entró una urgencia repentina de revisar unos informes en su despacho —respondo con tono casual—. Ya sabes cómo son las consultoras de Nueva York... siempre con prisa.

Kai me mira durante unos segundos, poco convencido, y luego niega con la cabeza.

—Claro... «urgencia». Tú tienes cara de haber estado comiendo algo muy bueno y ella ha salido como si la persiguiera el diablo. No

sé qué estabais revisando exactamente, pero dudo mucho que fueran solo gráficos.

Me río por lo bajo, metiendo las manos en los bolsillos (donde todavía guardo las bragas de Mila).

—Cállate y dime qué traes en esa carpeta, anda.

Kai me observa durante unos segundos en silencio, como si estuviera analizando mi expresión. Luego se recuesta en la silla y suelta directamente:

—¿Me vas a contar qué pasa entre tú y Mila?

Sonrío de medio lado.

—¿Qué te hace pensar que pasa algo?

Kai suelta una carcajada seca.

—Te conozco desde hace quince años. Esa sonrisa la pones cuando acabas de hacer una estupidez.

Me encojo de hombros con aparente tranquilidad.

—Pues entonces quédate con tus teorías. No tengo intención de alimentar el cotilleo.

Kai me sostiene la mirada unos segundos, esperando que añada algo más. Cuando comprende que no voy a hacerlo, suspira resignado.

—Está bien. No voy a preguntarte qué ha pasado aquí dentro porque, por lo que parece, no vas a responderme. Pero sí hay una cosa que voy a decirte.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Te escucho.

Kai se apoya en el borde del escritorio antes de hablar, adoptando un tono mucho más serio.

—No la jodas, Nash.

Frunzo ligeramente el ceño.

—¿Perdona?

—No la jodas. Porque si esa mujer decide hacer las maletas y largarse por tu culpa, no solo perderás un polvo. Perderemos a la mejor consultora que podríamos haber contratado. Y, créeme, encontrar otra como ella no va a ser tan fácil como abrir Tinder.

Me quedo mirándolo en silencio mientras sus palabras calan. Sé que tiene razón. Sé que estoy jugando con fuego. Pero incluso con sus advertencias flotando en el aire, mi mano sigue dentro del bolsillo, rozando las bragas de Mila que aún conservan su calor y su olor.

—Mensaje recibido —digo finalmente, con una sonrisa tranquila que no llega a mis ojos.

Kai asiente, no muy convencido, me lanza la carpeta sobre la mesa y se dirige hacia la puerta. Antes de salir, se gira una última vez.

—Solo... ten cuidado.

Cuando la puerta se cierra detrás de él, suelto el aire que estaba conteniendo y saco las bragas de mi bolsillo. Las miro un segundo, con una sonrisa peligrosa formándose en mis labios.

—Cuidado... —murmuro para mí mismo—. Demasiado tarde para eso.

9



Mila

En cuanto cierro la puerta de la villa detrás de mí, me apoyo contra ella y suelto un gemido de frustración y vergüenza.

—Joder, Mila... eres idiota —murmuro, pasándome las manos por la cara.

Todavía tengo la falda arrugada, las mejillas ardiendo y, lo peor de todo... no llevo bragas. Me las dejé en el suelo del despacho de Nash. Salí corriendo sin darme cuenta, con Kai mirándome como si supiera exactamente lo que acababa de pasar.

Y ni siquiera me corrí.

Estoy mojada, sensible, frustrada y con el pulso todavía acelerado. Mi cuerpo sigue pidiendo a gritos lo que Nash estaba a punto de darme.

Me odio. Me odio tanto ahora mismo.

¿Cómo pude ser tan débil? Solo fueron unas palabras, unas caricias en los muslos y ya estaba abriendo las piernas como si no tuviera autocontrol. Como si no hubiera una regla clarísima en mi contrato que prohíbe exactamente esto.

Camino de un lado a otro del salón, nerviosa. La villa, que antes me parecía un paraíso, ahora me parece demasiado grande y silenciosa. Me siento expuesta. Vulnerable.

Cojo el móvil de la mesa con manos temblorosas y busco el contacto de Wendy. Responde al segundo tono.

—Hola, reina de California. ¿Cómo va todo por el resort de luj...?

—La he cagado, Wendy —la interrumpo directamente, con la voz ahogada—. La he cagado pero bien.

Wendy se queda callada un segundo.

—Ay, no... ¿Qué hiciste?

—Estábamos en su despacho. Empezó a hablarme de lo imprevisibles que somos juntos... y yo... Dios, me convenció con cuatro palabras. Me quitó las bragas, se arrodilló y empezó a comerme... y justo cuando estaba a punto de correrme, llamaron a la puerta. Era su socio.

Wendy suelta un grito ahogado.

—¿Qué?! ¿Su socio os pilló?!

—Casi. Salí corriendo sin bragas, Wendy. Sin bragas. Nash las tiene. Y casi me corro en su boca. En su puto despacho. En mi primer día de trabajo.

Mi amiga se queda en silencio unos segundos antes de soltar una carcajada incrédula.

—Hostia, Mila... Tú que ibas a ser «profesional». ¿En serio te quitaste las bragas en su despacho?

—No me las quité yo... él me las quitó —murmuro, tapándome la cara con la mano libre—. Y yo se lo permití. ¿Qué coño me pasa? Se suponía que esto no iba a volver a pasar.

Wendy suspira.

—Vale... respira —dice Wendy, intentando sonar calmada—. ¿Qué vas a hacer ahora?

Me paso la mano por la cara y suelto un suspiro largo y tembloroso.

—Voy a ponerle fin a esto antes de que se me vaya completamente de las manos. No puedo seguir así. Mañana mismo le voy a dejar las cosas claras a Nash. Esto no puede volver a repetirse. Ni una sola vez más.

—Esa es mi chica responsable —responde Wendy, aunque detecto cierto escepticismo en su voz.

Hago una pausa y cambio de tema, porque necesito dejar de hablar de mi desastre por un momento.

—¿Y tú cómo estás? ¿Cómo está Ray? —digo, preguntando por su novio desde hace años.

Wendy suspira al otro lado de la línea. Es un suspiro largo, de esos que no presagian nada bueno.

—Ray... pues no sé. Últimamente lo noto raro. Distante. Llega tarde, responde los mensajes con monosílabos, y cuando le pregunto si está bien me dice que «todo perfecto» con esa voz que usa cuando claramente no lo está. —Se queda callada un segundo—. Empiezo a tener miedo de que quiera cortar, Mila. Y la verdad es que me estoy comiendo la cabeza.

—Ay, Wendy... —murmuro, sentándome mejor en el sofá—. No digas eso. Ray te adora. Lleváis juntos una eternidad y siempre ha estado loco por ti. Seguro que es solo estrés del trabajo o algo temporal.

—Ojalá. Pero ya sabes... con todo lo de Louis y tu ruptura, empiezo a pensar que hay una epidemia de rupturas este año y que me va a tocar a mí ahora.

—No dramatices —le digo con cariño—. Ray no es Louis. Ese hombre te mira como si fueras lo mejor que le ha pasado en la vida.

Dale un poco de espacio y luego habla con él con calma. Seguro que no es nada grave.

Wendy suelta una risita triste.

—Ojalá tengas razón. Ahora mismo me conformo con que no me deje por mensaje.

—Seguro que no. Tú relájate, que ya tienes bastante con escuchar mis dramas californianos.

Nos despedimos con un «te quiero» y cuelgo la llamada.

Me quedo un rato sentada en el sofá, mirando al vacío.

La conversación con Wendy me ha distraído un poco, pero en cuanto el silencio vuelve, regresan todas las sensaciones: la boca de Nash entre mis piernas, sus dedos dentro de mí, lo cerca que estuve de correrme... y lo humillante que fue salir corriendo sin bragas.

Agh. No puedo esperar a mañana, tengo que solucionar esto hoy. Vuelvo a coger el móvil y escribo.

MILA

Lo de hoy no puede volver a repetirse.

NASH

¿El qué exactamente?

MILA

Sabes perfectamente el qué.

NASH

¿Lo de irte olvidando las bragas? Yo estoy bien con eso, pero entiendo que fuera incómodo para ti pasearte por el resort sin ropa interior.

—Será capullo... —murmuro entre dientes, con las mejillas ardiendo de vergüenza.

Tecleo con fuerza, como si estuviera golpeando las letras:

MILA

Respecto a eso, las quiero de vuelta.

NASH

Tranquila, prometo cuidarlas bien. Aunque espero que no te moleste que aproveche esta noche para olerlas mientras pienso en ti.

MILA

Eres un cerdo. Y un fetichista. ¿No serías tú quien me robó las bragas mientras nadaba desnuda en el océano?

NASH

Ojalá. Pero no. Por ahora solo tengo unas bragas tuyas. Y ahora que las tengo... creo que me las voy a quedar un tiempo. Considera que es un recuerdo de lo bien que nos lo pasamos antes de que decidieras huir.

MILA

Devuélvemelas.

NASH

Ven a por ellas.

MILA

Dios, no puedo creerme que
estemos teniendo esta
conversación. En fin, solo quería
que te quedara claro que no voy a
volver a caer en tus juegos de
seducción, por mucho que me
provoques.

NASH

Cielo, apenas hice nada. Te abriste a mí
voluntariamente... y te mojaste antes
siquiera de que te tocara. Pero
tranquila, mensaje recibido. Seré un
buen chico.

Acompaña el mensaje con un emoji de angelito. Me está
tomando el pelo.

Dejo caer el móvil sobre el sofá como si quemara.

—Maldito seas, Nash Langford —murmuro entre dientes.

Estoy furiosa, avergonzada... y tan excitada que me duele.
Todavía siento su lengua, sus dedos, el calor de su boca. No llegué a
correrme y mi cuerpo me lo está recordando con cada latido.

Me quito la ropa con movimientos bruscos y me meto en la
ducha. El agua fría golpea mi piel, pero no sirve de nada. Mi cuerpo
sigue ardiendo.

Cierro los ojos y apoyo la frente contra los azulejos.

Sin poder evitarlo, mi mano baja por mi vientre hasta llegar
entre mis piernas. Estoy empapada, sensible, hinchada. En cuanto
mis dedos rozan mi clítoris, se me escapa un gemido.

—Joder... —susurro.

Empiezo a tocarme pensando en él. En su boca devorándome, en sus dedos follándome, en su voz ronca hablándome.

Acelero los movimientos, frotando mi clítoris con círculos rápidos y desesperados mientras con la otra mano me pellizco un pezón.

Recuerdo cómo me miró justo antes de arrodillarse. Cómo me abrió las piernas. Cómo gemí su nombre.

Mi respiración se vuelve entrecortada. Las piernas me tiemblan. Apoyo la espalda contra la pared y separo más los muslos, masturbándome con más fuerza, imaginando que es su lengua la que me lame sin piedad.

El orgasmo me golpea de repente, intenso y frustrado. Me corro con fuerza, mordiéndome el labio para no gritar, mientras olas de placer me recorren el cuerpo.

Cuando termina, me quedo jadeando bajo el agua, con la mano todavía entre las piernas y una sola certeza clara en la cabeza: esto no ha terminado.

10



Mila

Al día siguiente, llego al despacho intentando mantener la compostura y con una determinación férrea: hoy voy a ser fría, profesional y distante. Nada de sonrojos, nada de debilidades.

Pero en cuanto abro la puerta, mi plan se va directamente a la mierda.

Sobre el escritorio hay una elegante bolsa de papel negro con un lazo plateado. Dentro, envuelta en papel de seda, hay una cajita pequeña. Y encima de todo, una tarjeta blanca con su letra inconfundible.

La cojo con dedos temblorosos.

A cambio de las tuyas.

Espero que te gusten.

N.

Trago saliva y abro la cajita. Dentro hay unas bragas de encaje negro, delicadísimas, con detalles sutiles en seda y un tacto que grita lujo.

Las miro un segundo y casi me da un infarto. Estas no son mis bragas. De hecho, no son unas bragas normales. Son de marca cara, probablemente cuestan diez veces más que las mías.

Me pongo de todos los colores. Siento cómo el calor me sube desde el pecho hasta las orejas.

—Será hijo de... —murmuro, apretando la tela en el puño.

Justo en ese momento se abre la puerta.

—¡Buenos días, Mila!

Chloe entra con su habitual sonrisa energética. Reacciono por puro instinto y escondo las bragas (y la cajita) dentro del primer cajón del escritorio, cerrándolo de golpe.

Chloe se detiene en seco, arqueando una ceja.

—¿Todo bien? —pregunta, divertida—. ¿Los jefes te han hecho otro regalito? Porque se podría decir que están más simpáticos que nunca contigo...

El rubor se intensifica. Intento disimular como puedo.

—Solo intentan ser... amables.

Chloe asiente, y su expresión cambia rápido. Se pone seria y cierra la puerta detrás de ella.

—Bueno, cambiando de tema. Tenemos trabajo. Y bastante. Acabamos de recibir un aluvión de nuevos comentarios negativos en Google Maps. Han aparecido más de treinta en las últimas dos horas, todos con el mismo tono y patrones muy parecidos. Está claro que alguien está orquestando un ataque más agresivo.

Me obligo a sentarme y respirar hondo, intentando dejar a un lado las bragas de lujo que tengo guardadas y el recuerdo de la boca de Nash entre mis piernas.

—Está bien —digo, recuperando el modo profesional—. Vamos a revisarlos ahora mismo. Necesito que me pases los enlaces y empecemos a analizarlos.

Nos pasamos la siguiente hora revisando los perfiles de los comentarios. Quien sea que esté detrás de esta campaña negativa no está contratando servicios cutres en India o Pakistán, como suele pasar en estos casos. Los comentarios vienen de cuentas verificadas, con historial de reseñas que parecen reales y actividad normal. Pero el hecho de que hayan aparecido de golpe durante la noche no deja espacio a la duda: esto es coordinado y profesional.

Le digo a Chloe que voy a diseñar una estrategia para contrarrestar las opiniones y que hablamos luego.

En cuanto se marcha, me dedico a denunciar las reseñas en Google una por una, alegando que se trata de contenido falso, spam y que los usuarios no han estado nunca en el resort.

Y así paso toda la mañana: concentrada en el trabajo, denunciando, tomando notas y preparando un plan de respuesta. Pero mi mente, la muy traidora, no para de volar hacia Nash. Hacia sus manos subiendo por mis muslos, hacia su boca devorándome, hacia el momento exacto en que casi me corro en su lengua antes de que Kai interrumpiera.

Cada vez que cierro los ojos un segundo, lo veo arrodillado frente a mí. Cada vez que respiro, casi puedo sentir su olor.

Esto es una puta tortura.

A las doce en punto ya tengo preparada la estrategia que seguiremos para mejorar el rating en Google. Reúno al equipo de Marketing en la sala de reuniones, conecto mi portátil al proyector y empiezo a exponer el plan con toda la profesionalidad que consigo reunir.

—La solución es invitar a nuestros huéspedes a dejar valoraciones reales y recientes. Para favorecer que lo hagan, podemos...

La puerta de la sala se abre en ese preciso instante.

Nash entra con paso seguro, vestido con una camisa blanca que se ajusta perfectamente a sus hombros y esa mirada azul que parece capaz de desnudarme incluso desde la distancia. Nuestros ojos se encuentran y, por un segundo, todo el aire desaparece de la habitación.

El rotulador se me cae de la mano y rueda por el suelo con un ruido patético.

Pierdo completamente el hilo.

—...podemos... —intento continuar, pero mi cerebro se ha quedado en blanco. Solo puedo pensar en que hace menos de veinticuatro horas esa misma boca estaba entre mis piernas.

Chloe me mira extrañada. El resto del equipo también.

Nash, por supuesto, sonríe de medio lado, disfrutando del momento.

—¿Podemos...? —repite él con voz inocente, como si estuviera ayudándome.

Trago saliva, me agacho a recoger el rotulador y respiro hondo antes de continuar, intentando recuperar el control:

—...podemos ofrecer incentivos sutiles, como un pequeño detalle de cortesía en el checkout para quienes dejen una reseña, o un sorteo mensual entre los huéspedes que valoren su estancia. También vamos a lanzar una campaña interna para que el personal anime amablemente a los clientes satisfechos a compartir su experiencia.

Sigo hablando, pero siento su mirada clavada en mí durante toda la presentación. Cada vez que levanto la vista, ahí está: observándome con intensidad.

Cuando la reunión termina y veo a Nash avanzar hacia mí con esa sonrisa peligrosa, decido ser lo más inmadura e infantil posible

y... salgo corriendo.

Literalmente.

Dios, nunca pensé que llegaría el día en el que tendría que huir por patas de un tío bueno. Toda esa seguridad que normalmente tengo como mujer de negocios se evapora en cuanto Nash me mira de esa forma. No quiero volver a quedarme sin bragas hoy.

Así que agarro mi carpeta, murmuro un «disculpadme» y salgo de la sala casi a la carrera.

Una vez en el exterior, suspiro aliviada.

Misión cumplida.

Es la hora del almuerzo, así que compro una ensalada de quinoa y salmón para llevar y me siento en un banco precioso en uno de los jardines del resort, bajo una pérgola llena de buganvillas con vistas al acantilado.

Estoy a punto de dar el primer bocado cuando levanto la vista y el corazón me da un vuelco.

A unos veinte metros, caminando por el sendero, viene Nash empujando una bicicleta rosa con Imogen sentada en el sillín, riendo mientras él le hace bromas. La niña lleva un casco con orejas de gato y parece encantada.

Me quedo paralizada. Ellos todavía no me han visto.

El pánico me invade. Sin pensarlo dos veces, cojo la ensalada, me levanto de un salto y me escondo en el primer sitio que veo: uno de esos buggies eléctricos que los huéspedes usan para moverse por el resort. Me meto detrás y me agacho todo lo que puedo.

Contengo la respiración mientras escucho la bicicleta acercarse.

—¡Más rápido, tío Nash!

—Princesa, si voy más rápido te vas a caer —dice Nash riendo.

Justo en ese momento, como si el universo quisiera reírse de mí, una pareja de huéspedes se acerca al buggy charlando animadamente. Antes de que pueda reaccionar, se suben, encienden el motor y arrancan.

—¡Oiga, espere! —susurro, pero ya es tarde.

El buggy se mueve y yo me veo obligada a salir de mi escondite, quedándome completamente al descubierto en medio del camino.

Imogen tarda exactamente tres segundos en verme.

—¡Oh! ¡Es Mila! —grita la niña con emoción, señalándome con el dedo.

Nash detiene la bicicleta y gira la cabeza. Cuando sus ojos se posan en mí, una sonrisa lenta y divertida se dibuja en su cara.

—Mila —dice, claramente disfrutando del momento—. Qué... casualidad.

Me quedo congelada, con la ensalada en la mano, el pelo revuelto y la dignidad hecha pedazos.

—Hola... —logro decir con una voz ridículamente aguda.

Imogen me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Estabas jugando al escondite?

Nash suelta una carcajada baja que me pone la piel de gallina.

—Algo así, princesa —responde sin apartar la mirada de mía—. Creo que Mila estaba jugando al escondite... conmigo.

Imogen abre mucho la boca, emocionada.

—¡El tío Nash es muy bueno jugando al escondite! ¡Siempre gana!

—Ya veo... —murmuro, sintiendo cómo me arde la cara.

Nash me mira con un brillo peligroso en los ojos.

—¿Estabas almorzando aquí? —pregunta con tono inocente, señalando la ensalada que todavía sostengo en la mano.

—Eh... sí. Me apetecía un poco de aire fresco.

Imogen, sin perder ni un segundo, sonrío de oreja a oreja.

—¡Ala! Pues vente con nosotros, íbamos a buscar a papá para comer con él.

Niego con la cabeza rapidísimo, casi con desesperación.

—No, no... Mejor me voy al despacho. Tengo mucho trabajo pendiente.

—¿Pero no decías que te apetecía un poco de aire fresco? —pregunta Imogen.

—Sí, pero ya he tenido suficiente para hoy. Adiós, Imogen.

Le dedico una sonrisa forzada a la niña y empiezo a caminar hacia atrás, intentando escapar lo más dignamente posible.

—Adiós, Mila —dice Imogen, saludándome con la mano, todavía sonriendo.

Nash no dice nada. Solo me mira como si supiera exactamente por qué estoy huyendo tan rápido.

Doy media vuelta y me alejo a paso rápido por el sendero, con el corazón latíéndome en la garganta y la cara todavía ardiendo.

Nunca en mi vida había sentido tanta vergüenza.

Cuando por fin llego al edificio administrativo, me obligo a bajar el ritmo. Respiro hondo un par de veces antes de entrar, intentando convencerme de que todo ha sido una situación ridícula que olvidaré en cuanto vuelva a trabajar.

No funciona.

Una hora después, sentada en mi escritorio, sigo viendo la sonrisa de Nash.

Sigo escuchando aquella maldita frase: *Creo que Mila estaba jugando al escondite... conmigo.*

En ese momento mi móvil vibra con la llegada de un mensaje.

NASH

Hoy has corrido muy deprisa.

Pero algún día dejarás de hacerlo.

—Maldito seas, Nash Langford... —susurro, cerrando los ojos con fuerza.

Ese hombre no solo va a acabar conmigo. Va a conseguir que yo misma le suplique que lo haga.

11



Mila

Me paso los siguientes días evitando a Nash como si tuviera la peste.

Puede que parezca inmaduro, pero a estas alturas soy plenamente consciente de que ese hombre es una tentación andante y que quedarme a solas con él en cualquier espacio cerrado es una idea pésima. Mi dignidad, mi carrera y mis bragas están en juego.

Así que paso la semana haciendo malabares: salgo corriendo de las reuniones en cuanto terminan, cambio de dirección en los pasillos en cuanto lo veo venir, e invento excusas absurdas para no coincidir con él en la sala de descanso («tengo una videollamada con Nueva York», «me duele la cabeza», «tengo que revisar unos datos urgentes»). Cada vez que siento su presencia cerca, mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro y me pongo en modo huida.

Cuando llega el viernes, quiero llorar de alivio por haber sobrevivido a la semana sin haber cometido ninguna locura más. Tal vez Louis tenía razón después de todo. Quizá no estoy hecha para las cosas imprevisibles. Lo mío son los planes, las listas y las reglas bien claras. Las aventuras espontáneas solo me traen problemas... y bragas perdidas.

Aun así, soy incapaz de decir que no cuando Chloe me pide que salga con ella y el resto del equipo esta noche. Quieren ir al Ocean Bar a desconectar, tomar una copa y hablar de todo menos de trabajo. Yo preferiría quedarme en mi villa, con un bote de helado, una serie mala y mi vibrador haciendo horas extras. De hecho, ya había planeado una noche tranquila de autocompasión y liberación solitaria.

Pero como decir que no se me da fatal, a la hora indicada me arreglo.

Me miro en el espejo mientras me pongo un vestido negro sencillo pero favorecedor. Corto, pero no demasiado. Escote sutil. Suficiente para sentirme guapa sin parecer que estoy intentando seducir a nadie. Me suelto el pelo, me pongo un poco de perfume y respiro hondo.

Vamos allá.

El Ocean Bar tiene un ambiente perfecto para un viernes por la noche: luces suaves y cálidas, un saxofonista tocando jazz relajado en un rincón, y una terraza abierta con vistas impresionantes al océano iluminado por la luna.

Busco a Chloe entre la gente y la encuentro en el fondo, en una mesa grande junto a la terraza, con parte del equipo. Me hace señas con la mano en cuanto me ve y me acerco sonriendo, intentando dejar atrás toda la tensión de la semana.

—¡Por fin llegas! —dice Chloe, levantándose para darme un abrazo—. Estás guapísima. Ven, siéntate aquí.

Me acomodo entre ella y otro compañero del equipo. Durante los primeros minutos consigo relajarme. Charlamos de todo y de

nada, reímos con las anécdotas de la semana y pedimos otra ronda de copas. Por primera vez en días siento que puedo respirar sin mirar por encima del hombro.

Hasta que la siento.

Esa sensación de estar siendo observada fijamente.

Levanto la vista y ahí está Nash, de pie junto a la barra, observándome con intensidad. Lleva una camisa negra con el primer botón abierto y una expresión que dice claramente que me estaba buscando.

Mi estómago da un vuelco.

—¿También viene Nash? —pregunto a Chloe en voz baja, intentando sonar casual.

Ella asiente con una sonrisa.

—Sí, se enteró de que salíamos y dijo que se pasaría. Aunque es el jefe, a veces se une cuando le apetece. ¿Por qué? ¿Te molesta?

—No, no... para nada —miento, forzando una sonrisa.

Pero por dentro estoy maldiciendo. Había conseguido sobrevivir toda la semana evitando quedarme a solas con él, ¿y ahora tenía que verlo fuera del horario laboral? Y con alcohol de por medio.

Nash coge su copa de la barra y empieza a caminar hacia nuestra mesa. Nuestras miradas se encuentran y, aunque intento mantener una expresión neutral, siento cómo se me acelera el pulso.

Mierda.

Saluda al grupo con esa naturalidad que le caracteriza: bromea un segundo con Chloe y saluda al resto del equipo con una sonrisa fácil.

Cuando llega a mí, se detiene justo a mi lado. Se inclina ligeramente, acercando su boca a mi oído para que solo yo lo escuche, y susurra:

—Te pillé.

Me tenso en la silla.

—¿Qué?

Nash sonríe.

—Imogen te lo advirtió el otro día: soy muy bueno jugando al escondite. Y tú llevas toda la semana haciéndote la experta en desaparecer cada vez que me ves.

Su voz baja y ronca me eriza la piel. Siento su aliento cerca de mi oreja y el calor de su cuerpo demasiado cerca del mío.

Se sienta en la silla que queda libre a mi lado, tan cerca que su rodilla roza la mía bajo la mesa.

—¿No tienes otro sitio donde sentarte? —pregunto, casi entre dientes.

Nash gira la cabeza hacia mí, con una sonrisa lenta y peligrosa.

—¿De qué tienes miedo, consultora? —murmura, inclinándose ligeramente hacia mí para que solo yo lo oiga—. ¿De que te toque debajo de la mesa? ¿O de que te guste tanto que no puedas disimularlo?

Siento cómo su rodilla presiona deliberadamente contra la mía, subiendo un poco por mi muslo. El contacto es sutil, pero suficiente para que un calor traicionero se extienda por mi cuerpo.

Trago saliva con dificultad y miro hacia el resto del grupo, que sigue charlando y riendo, ajeno a lo que está pasando bajo la mesa.

—Nash... —advierto en voz baja.

Él no se aparta. Al contrario, su mano sube por mi muslo, con un toque ligero pero intencionado que me hace apretar las piernas.

—Relájate —susurra, con la voz ronca—. Solo estoy aquí, disfrutando de la noche... y de la vista.

Su mirada baja un segundo a mi escote y vuelve a mis ojos.

—Y la vista es jodidamente buena esta noche.

Me muerdo el interior de la mejilla, luchando contra el impulso de apartarme... o de acercarme más. El corazón me late con fuerza y soy terriblemente consciente de cada punto donde su cuerpo toca el mío.

Es... adictivo.

Y yo tengo que pararlo.

Aparto bruscamente mi silla de él, rompiendo el contacto de su rodilla contra mi muslo. Me giro hacia el resto del grupo e intento sumarme a una conversación sobre no sé qué anécdota de un huésped, fingiendo que estoy muy interesada.

Nash no dice nada.

Solo se recuesta en su silla, con esa sonrisa lenta y satisfecha en los labios, observándome como quien disfruta de un espectáculo privado. Puedo sentir su mirada quemándome la piel. Cada vez que me río por cortesía o intento hablar, noto cómo me mira la boca, el cuello, el escote.

Es humillante lo evidente que debe ser mi nerviosismo.

Chloe me dice algo y yo asiento con demasiado entusiasmo, como si fuera lo más interesante que he oído en mi vida. Nash suelta una risa baja y grave que solo yo parece notar.

—Estás muy participativa esta noche —comenta él con tono inocente, pero con un brillo burlón en los ojos—. Me encanta verte tan... concentrada.

Le lanzo una mirada asesina. Él solo sonríe más.

Sabe perfectamente lo que está haciendo.

Y yo estoy perdiendo la batalla contra mí misma con cada minuto que pasa.

—Necesito una copa —le digo a Chloe, poniéndome de pie de golpe.

Me dirijo hacia la barra sintiendo la mirada de Nash clavada en mi espalda.

Pido un gin-tonic al camarero y respiro aliviada al alejarme de él, aunque solo sea unos metros.

No entiendo por qué tiene tanto poder sobre mí. Solo es un hombre. Un hombre que folla como los dioses y está indecentemente bueno, pero solo un hombre al fin y al cabo. Necesito que entienda que debe parar en sus provocaciones.

Y entonces, una idea empieza a cobrar forma en mi cabeza. ¿Y si intento coquetear con otro esta noche? Nada serio, nada que vaya a ninguna parte. Solo lo suficiente para que Nash vea que no estoy interesada en él.

Veo a un tipo al otro lado de la barra mirándome. Es atractivo, moreno, bien vestido. Soy horrible ligando, pero por esta noche puedo hacer un esfuerzo. Le sonrío un poco.

Bingo.

El tipo me devuelve la sonrisa y, tras terminar la conversación que mantenía con un amigo, se acerca con la copa en la mano.

Siento una mezcla de nervios y satisfacción cuando se detiene a mi lado.

—Hola —dice con una sonrisa tranquila—. Espero no molestarte. Me ha parecido que cruzábamos demasiadas miradas como para no venir a presentarme.

—Hola —respondo, devolviéndole la sonrisa—. Soy Mila.

—Daniel. Encantado.

Nos estrechamos la mano.

—¿Estás de vacaciones? —pregunta.

—No, trabajo aquí unas semanas.

—¿En el resort?

Asiento.

—Soy consultora.

—Vaya. Suena mucho más interesante que decir que trabajas en una oficina.

Me río.

—Depende del día.

—¿Y hoy qué toca? ¿Trabajo o desconexión?

—Intento convencerme de que desconexión.

—Pues has elegido un buen sitio para empezar.

La conversación fluye con sorprendente facilidad durante unos minutos. Es simpático, educado y consigue hacerme reír un par de veces. Incluso empiezo a pensar que quizá mi idea no era tan mala.

Entonces noto que su mirada empieza a demorarse demasiado.

Primero en mi escote.

Después en mis piernas.

Y, cuando vuelve a levantar la vista, ya no tiene la misma expresión agradable de antes.

Da un pequeño paso hacia mí, invadiendo parte de mi espacio personal.

—La verdad... ese vestido debería estar prohibido.

La sonrisa que tenía se me congela un poco.

—Gracias... supongo.

Él parece interpretar mi incomodidad como una invitación para seguir.

—¿Has venido sola?

—No. Estoy con unos compañeros.

—Una pena.

Su mano se apoya en la barra, muy cerca de mi cintura.

—Porque estaba pensando que podríamos saltarnos toda la parte aburrida de seguir hablando aquí. Mi suite tiene una terraza privada con unas vistas espectaculares.

Ahora sí.

Ahí está.

El típico baboso disfrazado de chico encantador.

Me dispongo a decirle que no cuando, de repente, una presencia familiar aparece a mi lado.

—Disculpa —dice Nash con voz fría y controlada, colocándose entre nosotros y apartando sutilmente la mano de Daniel de mi cintura—. Mila, te estamos esperando en la mesa.

Daniel lo mira de arriba abajo, molesto por la interrupción.

—Estábamos en medio de una conversación, amigo.

Nash no sonríe. Su expresión es dura, casi amenazante, mientras se yergue en toda su altura. Su voz sale baja, pero cargada de autoridad:

—Pues la conversación se ha terminado. Mila no está disponible. Así que te sugiero que busques a otra persona con quien charlar, *amigo*.

El tono de Nash no deja lugar a réplicas. Hay una clara advertencia en su mirada y en la forma en que se posiciona, protector y posesivo, a mi lado. Daniel duda un segundo, evalúa a Nash y finalmente retrocede con una sonrisa tensa.

—Vale, tío. Lo pillo.

En cuanto se aleja, me giro hacia Nash, furiosa y acalorada al mismo tiempo.

—¿Se puede saber qué demonios ha sido eso? —susurro enfadada.

Nash me mira con los ojos oscurecidos, sin una pizca de arrepentimiento.

—Ese baboso te estaba desnudando con la mirada —responde con voz baja y firme—. Y conozco a los de su tipo, les cuesta mucho aceptar un «no» como respuesta.

—Puedo defenderme sola —replico, apretando los dientes.

—Lo sé —dice él, acercándose un poco más hasta que su cuerpo casi roza el mío—. Pero conmigo ha sido mucho más rápido y efectivo.

El calor me sube por el cuello. Cojo mi copa de la barra con demasiada fuerza y me doy la vuelta sin decir nada más. Necesito alejarme de él antes de hacer alguna estupidez.

Me dirijo hacia la terraza exterior, buscando un rincón con menos gente. El aire fresco de la noche golpea mi piel caliente y respiro hondo, intentando calmarme.

No pasan ni treinta segundos antes de oír sus pasos detrás de mí.

—¿Dónde vas? —pregunta Nash, siguiéndome.

—Necesito tomar un poco de aire fresco —respondo sin girarme.

—Ya veo —dice con tono divertido—. Buscabas otro buggy para esconderte, pero aquí no hay ninguno.

Me detengo en seco y me giro hacia él, fulminándolo con la mirada.

—¿Podrías no recordarme esa humillante situación?

Nash se detiene a un paso de mí.

—¿Por qué? Fue adorable.

Lo miro boquiabierta, indignada.

—¿Adorable? Me escondí como una niña de doce años porque no sabía cómo lidiar contigo. ¿Y tú lo encuentras adorable?

—Mucho —admite, dando un paso más cerca—. Sobre todo porque sé exactamente por qué huías. Y no era porque no quisieras verme.

El aire entre nosotros se vuelve espeso. La música del interior llega amortiguada, y solo se escucha el sonido de las olas contra el acantilado. Nash me mira como si quisiera comerme entera, y yo siento que mi resolución se tambalea peligrosamente.

—Dime que pare —murmura, bajando la voz—. Dime que no quieres que te toque ahora mismo... y me iré.

Cierro los ojos, luchando contra mí misma con todas mis fuerzas.

—Quiero que pares —susurro.

—Mírame a los ojos y dímelo —exige en voz baja.

Abro los ojos y lo miro directamente. Intento que mi voz suene determinada cuando repito:

—Quiero que pares.

Nash me observa con intensidad durante unos segundos eternos.

—¿Estás segura? —pregunta, con la voz ronca.

—No —admito, casi con dolor—, pero ya te lo he dicho repetidas veces. No podemos seguir con esto. Y el hecho de que sigas insistiendo está empezando a hacerme sentir incómoda y acosada.

Por un momento, algo cambia en su expresión. Parece dolido, como si mis palabras le hubieran golpeado de verdad. Retrocede medio paso, y la tensión en sus hombros se vuelve visible.

—¿Te hago sentir incómoda y acosada?

—Te dije que no quería seguir con esto —insisto, aunque me tiembla la voz.

Nash se pasa una mano por el pelo y resopla, claramente frustrado.

—Y yo te escuché —responde, dando un paso hacia mí—. Pero luego te abriste las piernas y gemiste mi nombre mientras te comía el coño. Siento no poder leer tus señales cuando son tan contradictorias.

Sus palabras son duras, directas y cargadas de verdad. Me quedo sin aliento, con las mejillas ardiendo.

—No es justo que me lo echas en cara —susurro—. Tú sabes perfectamente el efecto que tienes en mí. Pero eso no cambia nada. Tengo mucho que perder, Nash. Y tú... tú solo quieres divertirme.

Nash me mira en silencio durante unos segundos. La expresión dolida sigue ahí, pero también hay algo más profundo.

—Tienes razón. —Parpadeo, sorprendida—. Si de verdad he conseguido que te sientas incómoda o presionada, he cruzado una línea que jamás quise cruzar. Lo último que quiero es convertirme en alguien del que tengas que esconderte.

Trago saliva, incapaz de decir nada.

—Pensé que simplemente estabas luchando contra lo mismo que yo. Que me deseabas tanto como yo a ti y que el problema era todo lo demás. Pero si me he equivocado... lo siento. —Bajo la mirada. La culpa empieza a abrirse paso entre toda la frustración que llevo acumulando durante días—. No volveré a cruzar esa línea, Mila. A partir de ahora dejaré de insistir. Seré únicamente el propietario del resort y tú la consultora que hemos contratado. No volveré a ponerte en una situación como esta.

—Nash...

Niega despacio con la cabeza.

—No. Me has dejado claro lo que necesitas y voy a respetarlo. Tendría que haberlo hecho antes.

Me sostiene la mirada un último segundo. Después esboza una sonrisa triste.

—Que tengas buena noche, Mila.

Se da la vuelta y se marcha.

Me quedo inmóvil, observándolo alejarse.

Es exactamente lo que quería.

Entonces, ¿por qué siento este vacío en el pecho?

Respiro hondo un par de veces antes de volver al interior. Necesito otra copa. O tres.

Nada más entrar, mis ojos lo buscan por pura costumbre.

Lo encuentro enseguida.

Está junto a la barra, hablando con una mujer rubia de unos treinta años. Ella se ríe de algo que acaba de decir y Nash le devuelve la sonrisa con una naturalidad que hace apenas unos minutos parecía imposible.

Una punzada absurda me atraviesa el pecho.

¿En serio?

¿Cinco minutos ha tardado en encontrarme sustituta?

Camino hasta la mesa intentando ignorarlo, pero no puedo evitar volver a mirarlo.

—Oye, Chloe... —pregunto con el tono más despreocupado que consigo fingir cuando me siento a su lado—. ¿Quién es la chica que está hablando con Nash?

Chloe sigue la dirección de mi mirada y sonrío.

—Ah, Claire. Es la dueña del Ocean Bar. Se conocen desde hace años. Son muy amigos.

Asiento despacio.

Amigos.

Claro.

La rubia es alta, elegante y tiene una risa que se escucha incluso desde aquí. Nash le dice algo al oído y ella se ríe de nuevo, apoyando una mano en su brazo con demasiada familiaridad. Él no se aparta. Al contrario.

Siento una punzada absurda y caliente en el pecho. Celos. Puros y ridículos celos.

«¿Qué esperabas?», me digo. «Le has dicho que parara. Le has dejado claro que no querías nada. ¿Ahora te molesta que te haga caso?»

Pero la razón no sirve de mucho cuando lo veo inclinar la cabeza hacia ella mientras hablan, tan cerca, tan cómodo. Como si no hubiera pasado nada entre nosotros.

Cojo mi copa con más fuerza de la necesaria y me obligo a girarme hacia el grupo, fingiendo que estoy muy interesada en la conversación. Pero mi mente no para de volver a ellos. A la forma en que Nash sonríe. A cómo la rubia lo mira.

Chloe me da un codazo suave.

—¿Todo bien? Estás muy callada de repente.

—Perfectamente —miento, forzando una sonrisa—. Solo un poco cansada.

Nash y la tal Claire siguen hablando. Ella le toca el brazo otra vez. Él no se aparta.

Algo dentro de mí se retuerce.

Y lo peor es que sé que esto es culpa mía. Yo le pedí que parara. Yo le dije que no podía. Y ahora que lo está haciendo... me siento peor que nunca.

Termino mi copa de un trago y me levanto.

—Chicos, yo me voy ya —digo, forzando una sonrisa—. Ha sido un placer, pero estoy agotada. Nos vemos el lunes.

Chloe intenta convencerme de que me quede un rato más, pero niego con la cabeza. Me despido rápidamente del grupo y salgo del Ocean Bar sin mirar atrás.

El aire fresco de la noche me golpea en la cara mientras camino por el sendero iluminado hacia mi villa. El sonido de las olas al fondo debería tranquilizarme, pero solo consigo sentir un nudo en el estómago.

Es lo mejor, me repito una y otra vez.

Es lo mejor que podía pasar.

Nash por fin ha entendido el mensaje. Va a dejar de insistir. Va a tratarme como lo que soy: su consultora. Nada más. Y eso es exactamente lo que yo le pedí.

Entonces, ¿por qué me siento como si acabara de perder algo importante?

12



Mila

Cuando me despierto a la mañana siguiente, me siento mal.

No es resaca. Es algo peor: culpa.

Me quedo mirando el techo de la villa durante varios minutos, reproduciendo una y otra vez la conversación de anoche con Nash. Sus ojos dolidos cuando le dije que me estaba haciendo sentir acosada. La forma en que retrocedió, como si le hubiera dado un golpe. La seriedad con la que aceptó apartarse.

Quizás fui demasiado dura.

Tenía razón al decir que mis señales eran contradictorias. Le pedí que parara... pero luego me abrí de piernas en su despacho. Le dije que no podía... pero gemí su nombre mientras me comía. Le pedí espacio... pero una parte de mí se derritió cada vez que me tocaba.

Suspiro y me tapo la cara con las manos.

Soy un desastre.

Es sábado, así que decido que voy a aprovechar para desconectar del todo. Nada de Nash, nada de trabajo, nada de pensar. Solo yo, el mar y un poco de paz.

Me levanto, me pongo el bikini (un dos piezas azul marino que me compré en Nueva York y que todavía no había estrenado), y me cubro con un pareo blanco. Cojo una toalla, una botella de agua, el móvil y el libro que tengo a medio leer. El plan es sencillo: pasar el día tumbada en la playa privada del resort, tomar el sol, leer y olvidarme de todo.

La playa del Golden Dolphin es, como todo en este lugar, espectacular. La arena es blanca y suave, el agua tiene un tono turquesa que parece sacado de una postal, y las tumbonas están perfectamente alineadas bajo grandes sombrillas de tela beige. Hay pocos huéspedes a estas horas, la mayoría deben estar desayunando o en el spa, así que el ambiente es tranquilo y silencioso.

Busco un sitio cerca del agua, extendiendo la toalla y me tumbo boca arriba, cerrando los ojos. El sol calienta mi piel y el sonido de las olas empieza a relajarme.

Hasta que oigo una vocecita familiar.

—¡Mila! ¡Mila!

Abro los ojos y veo a Imogen corriendo hacia mí por la orilla, con un bañador de flores, un flotador de unicornio en la mano y una sonrisa enorme en la cara. Lleva el pelo mojado y las mejillas sonrosadas por el sol.

—Hola, pequeña —la saludo, incorporándome y devolviéndole la sonrisa—. ¿Qué haces tú aquí tan temprano?

—¡Vine a jugar a la playa con María! —responde señalando hacia atrás.

Sigo su mirada y veo a una chica joven, de unos veintipocos años, que camina hacia nosotras con una bolsa de playa al hombro y

una sonrisa amable. Tiene el pelo recogido en una coleta alta y lleva un pareo colorido sobre el bikini.

Imogen se acerca a mí y baja la voz, como si fuera a contarme un secreto importante.

—Mila, te presento a María. Es mi niñera. Es de El Salvador.

—Hola, María —la saludo con una sonrisa—. Soy Mila, trabajo aquí en el resort.

—Encantada —responde ella, con un acento suave y cálido—. Imogen no para de hablar de usted. Dice que es muy guapa y que el tío Nash la mira mucho.

Siento que el calor me sube a las mejillas. Imogen se ríe, claramente orgullosa de su confesión.

De pronto, pienso en Nash y miro alrededor con disimulo, buscándolo. No lo veo por ninguna parte y siento un alivio mezclado con algo que prefiero no analizar.

—¿Has venido solo con María?

—¡No! —exclama mirando hacia la playa—. He venido con papá. Mira, ¡ahí está

Kai está en el agua, montado en una tabla de surf, remando con fuerza hacia una ola que se acerca. Cuando la ola empieza a formarse, se pone de pie con una facilidad asombrosa.

Me quedo boquiabierta. Kai está surfeando como un auténtico profesional. Monta la ola con una elegancia y una seguridad impresionantes. Se desliza por la pared del agua con total control, haciendo giros rápidos y precisos mientras la espuma blanca se levanta a su alrededor.

—¿Kai sabe surfear así? —pregunto, sin poder disimular mi asombro.

Imogen se ríe, orgullosa.

—¿A qué es genial? —grita—. ¡Mi papi es el mejor!

Termina la ola con un giro limpio, rema hacia la orilla y, al verme, levanta la mano con una sonrisa. Sale del agua con la tabla bajo el brazo.

—Buenos días, Mila —dice al acercarse, claramente contento de verme—. No esperaba encontrarte por aquí.

—Decidí tomarme el fin de semana para desconectar un poco —respondo, intentando no mirar demasiado sus abdominales marcados. No sé qué les dan de comer a los hombres de California, pero entre él y Nash voy a acabar pensando que aquí el gimnasio es una asignatura obligatoria.

Porque Nash es atractivo, pero Kai no se queda atrás, solo que es algo más alto y tiene el pelo más oscuro.

—Buena idea. ¿Te importa si me siento un rato? —pregunta, señalando la arena al lado de mi toalla.

—Claro que no.

Kai deja caer la tabla de surf y se sienta encima de ella, estirando las piernas. Imogen y María vuelven a la orilla para seguir jugando.

—Surfeas muy bien —le digo, sincera—. Me has impresionado.

Kai sonríe con modestia, pasándose una mano por el pelo mojado.

—Gracias. Fui profesional durante varios años. Competía a nivel nacional, viajaba por todo el mundo... Hawái, Australia, Indonesia, Sudáfrica. El surf era mi vida.

Abrí los ojos, sorprendida.

—¿En serio?

—Sí, pero todo cambió cuando nació Imogen. —Su mirada se suaviza, mirando a su hija que corretea por la orilla con María—. Cuando mi ex pareja se quedó embarazada, me di cuenta de que no podía seguir viajando nueve meses al año. Que tenía que estar

presente. Que ser padre significaba estar ahí para las pequeñas cosas: los primeros pasos, las primeras palabras, las noches de fiebre. El surf me había dado todo, pero Imogen... ella me dio algo mucho más importante.

Asiento, interesada. Intuía que Kai era padre soltero, pero por lo que parece es padre divorciado.

—¿Y cómo acabaste aquí, en el resort?

—Pues cuando decidí dejar el surf profesional y no sabía muy bien qué hacer con mi vida, Nash fue quien me tendió la mano. Su abuelo había fundado el Golden Dolphin hacía décadas, y Nash estaba empezando a hacerse cargo. Me dijo que necesitaba un socio, alguien de confianza que entendiera el negocio y que estuviera dispuesto a apostar por el resort. Yo no tenía ni idea de hotelería, pero él confió en mí. Me enseñó todo lo que sé.

—Vaya... —murmuro, sorprendida—. No sabía que vuestra amistad venía de tan lejos.

Kai asiente, con una sonrisa cálida.

—Nash es como un hermano para mí. Hemos pasado por todo juntos: la muerte de su abuelo, la crisis del resort hace unos años, mi divorcio... y la llegada de Imogen, que para él es como una sobrina. Por eso —me mira fijamente—, me preocupo por él y sus cagadas inconscientes. Es buena persona, pero a veces peca de ser demasiado impulsivo.

El silencio se hace entre nosotros. La forma en la que me mira me pone en tensión. Kai se gira ligeramente hacia mí, apoyando los codos en las rodillas, y su expresión se vuelve más seria.

—¿Está todo bien con él? —pregunta, con una voz más baja.

—Ehhh... —dudo, sin saber muy bien qué responder.

Kai inclina la cabeza, observándome con complicidad.

—Sé que ayer pasó algo entre vosotros. Nash no me ha querido dar detalles, pero ha venido a casa esta mañana con cara de desastre absoluto, y eso solo puede significar que ha metido la pata. —Hace una pausa, y su tono se vuelve más suave—. Sea lo que sea que haya hecho, discúlpale por favor.

La petición me pilla desprevenida. Esperaba que Kai me preguntara, que me presionara para saber qué había pasado. No que me pidiera que perdonara a Nash sin siquiera conocer los detalles.

Debería negarlo todo. Debería sonreír y decir que no ha pasado nada, que todo está bien, que Nash no ha hecho nada malo. Proteger mi carrera, mi reputación, mi puesto. No dejar pruebas de lo que ha pasado entre nosotros.

Pero cuando abro la boca, las palabras que salen son muy diferentes.

—En realidad... parte de la culpa también ha sido mía. —Y no se muy bien, ni por qué, acabo contándole a este desconocido todo lo que ha pasado desde que Nash me rescató desnuda de detrás de las rocas.

Le explico que terminé invitándolo a la habitación de mi hotel, que pasamos una noche absolutamente increíble y que, a la mañana siguiente, descubrí que el desconocido con el que me había acostado era, precisamente, uno de mis clientes. También le cuento cómo he intentado mantener las distancias desde entonces, los regalos absurdos de Nash, mis intentos desesperados por evitarlo durante toda la semana y cómo todo terminó estallando anoche, cuando por fin le dije que no podía seguir insistiendo porque tenía demasiado que perder.

—... Y bueno, terminé diciéndole que me estaba haciendo sentir acosada. En cuanto vi la cara que puso supe que esa palabra le había hecho muchísimo daño. Y, aunque sigo pensando que necesitaba poner límites, desde anoche no dejo de preguntarme si fui demasiado dura con él.

Kai asiente despacio y deja escapar una pequeña risa, como si toda la historia hubiera confirmado algo que ya imaginaba.

—Debes gustarle muchísimo.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Que debes gustarle muchísimo, Mila. Porque Nash no es de los que insisten.

Lo miro sorprendida.

—Pues no lo parece.

Kai niega con una sonrisa.

—Créeme. Llevo quince años siendo su mejor amigo y puedo contar con los dedos de una mano las veces que lo he visto perseguir a una mujer. Normalmente es al revés. Si una relación no funciona o la otra persona le deja claro que no está interesada, da un paso atrás y asunto terminado.

No puedo evitar acordarme de la rubia del Ocean Bar.

—Ya... —murmuro, desviando la vista hacia el mar—. Yo pensaba que debía de ser un ligón.

Kai suelta una carcajada.

—¿Nash? No exageremos. Ha estado casi diez años con la misma mujer. Si hacemos números, ha pasado prácticamente toda su vida adulta en una única relación. No es precisamente el currículum de un mujeriego.

Parpadeo, sorprendida.

—¿Diez años?

—Nueve y medio, para ser exactos. Lo dejaron hace unos seis meses.

Me quedo unos segundos en silencio. No sé por qué, pero esa información me descoloca. Por la forma en que se comporta, siempre había dado por hecho que Nash era el típico hombre acostumbrado a ligar con facilidad, de esos que cambian de mujer cada fin de semana porque saben perfectamente el efecto que provocan.

Kai parece leerme el pensamiento.

—Es verdad que desde que rompieron ha salido alguna vez, ha tenido alguna cita y supongo que alguna aventura. Sería absurdo negarlo. Pero más por intentar pasar página que porque esa sea su forma de vivir. De hecho, si me preguntas a mí, creo que todavía estaba bastante tocado por esa ruptura.

Me quedo sin saber muy bien qué decir. La imagen que me había formado de Nash empieza a tambalearse y, antes de que pueda hacerle una sola pregunta más, Imogen aparece corriendo hacia nosotros con una enorme sonrisa, sujetando entre las dos manos un puñado de conchas de todos los tamaños.

—¡Papá, mira todo lo que he encontrado! —exclama, dejándose caer de rodillas sobre la arena delante de nosotros para enseñárnoslas como si acabara de descubrir un tesoro pirata—. ¡Hay un montón! Esta tarde podremos hacer collares.

Kai observa las conchas con expresión muy seria durante un par de segundos, como si estuviera valorando una propuesta de negocios.

—Fantástico. Justo lo que cualquier hombre de treinta y tantos sueña hacer un sábado por la tarde: fabricar collares de conchas.

Imogen pone los ojos en blanco con una paciencia impropia de una niña de siete años.

—Papá...

—¿Qué? Solo digo que voy a convertirme en la envidia de todos mis amigos.

La pequeña suelta una risita y le da un abrazo fugaz antes de volver a recoger cuidadosamente todas las conchas.

Kai se incorpora, sacudiéndose la arena de las piernas.

—Si no te importa, voy a aprovechar para coger un par de olas más antes de que cambie el viento.

—Claro. No te preocupes.

Me dedica una sonrisa, coge la tabla y vuelve a dirigirse hacia el agua.

Imogen se sienta a mi lado y empieza a colocar su pequeño tesoro sobre la toalla, clasificando las conchas por tamaños con una concentración absoluta mientras me explica para cuál será cada collar.

Yo asiento y la escucho, pero apenas soy capaz de seguir la conversación.

Mi cabeza continúa atrapada en las últimas palabras de Kai.

Ha estado casi diez años con la misma mujer.

Todavía estaba bastante tocado por esa ruptura.

Por algún motivo, descubrir esa parte de Nash cambia por completo la imagen que me había hecho de él. Hasta ese momento había dado por sentado que era el típico hombre atractivo acostumbrado a conseguir a cualquier mujer que quisiera. Un ligón incorregible que simplemente había puesto sus ojos en mí durante unas semanas.

Y, sin embargo, la realidad parecía ser muy distinta.

13



Nash

El domingo me levanto hecho una mierda.

Han pasado dos días desde el viernes por la noche y todavía no he podido quitarme de la cabeza las palabras de Mila.

Acosada. Me dijo que la había hecho sentir acosada.

Joder.

Me siento como un cabrón. Un cabrón insistente y ciego que no supo leer las señales.

Me pongo las zapatillas de correr y salgo de la villa sin desayunar. Necesito quemar esta sensación de mierda que llevo dentro.

El sol de la mañana ya calienta fuerte cuando llego al paseo marítimo. Me coloco los auriculares, subo el volumen y empiezo a correr.

La adrenalina poco a poco va haciendo su trabajo. Corro con fuerza, intentando que el ritmo de mis pasos y el latido de mi corazón ahoguen los pensamientos. Pero no lo consiguen del todo.

Sigo dándole vueltas a lo del viernes.

Me quedé hablando con Claire en la barra porque no sabía cómo volver a la mesa sin que se notara lo incómodo que estaba. Incluso Mila se fue poco después, probablemente por mi culpa. Otra vez.

Desde que rompí con Jewel no había vuelto a sentir nada tan intenso. Ni siquiera con Jewel había sentido esa química tan brutal, esa compenetración casi perfecta durante el sexo. Con Mila fue diferente desde el principio. Fue... como si nuestros cuerpos se reconocieran.

Y yo lo he jodido todo.

Intento concentrarme en la música que truenan en mis oídos y acelero el ritmo. El sudor me cae por la espalda. Justo lo que necesito.

A lo lejos veo a una chica corriendo en la misma dirección. Buen culo. La coleta se mueve de un lado a otro con cada zancada. Poco a poco voy reduciendo la distancia.

Cuando estoy a pocos pasos, el reconocimiento me golpea como un puñetazo.

Es Mila.

Reconocería ese culo en cualquier parte. Y el hecho de que lo reconozca tan fácilmente es exactamente el tipo de pensamiento que me ha metido en problemas.

Durante una décima de segundo me planteo bajar el ritmo. Dar media vuelta. Cruzar al otro lado del paseo. Cualquier cosa con tal de no obligarla a soportar otro encuentro incómodo.

Pero ya es demasiado tarde.

La adelanto por la izquierda y, por pura educación, inclino ligeramente la cabeza.

—Buenos días —digo con voz neutra, sin detenerme.

Sigo corriendo unos metros más, con el corazón latiéndome ahora por algo muy distinto al ejercicio. No miro atrás.

Pero entonces, a pesar de la música alta en mis auriculares, escucho mi nombre.

—¡Nash!

Freno en seco y me giro.

Mila se acerca trotando los últimos metros. Lleva las mejillas sonrojadas por el esfuerzo y la respiración acelerada.

Se quita un auricular.

—¿Tienes un momento?

Parpadeo, sorprendido.

—Claro.

Vacila un instante.

—Quería... hablar contigo.

No hace falta que diga de qué. Lo sé.

—¿Ahora?

Mira alrededor y suelta una risa nerviosa.

—Pues... visto así, quizá no sea el sitio más apropiado.

Bajo la vista hacia nuestras camisetas empapadas de sudor.

—Probablemente no.

Se pasa una mano por la nuca.

—¿Podemos quedar luego? Invito yo al café.

La miro unos segundos. Desde luego, su invitación ha sido del todo inesperada.

—Me encantaría, pero tengo que ir a San Diego. Salgo dentro de un rato.

—¿Por trabajo?

Asiento.

—Todavía no conozco esa zona. —Se queda pensativa unos segundos y, cuando vuelve a levantar la vista, parece haber tomado una decisión—. ¿Te importaría que fuera contigo? Podemos hablar durante el camino... si a ti te parece bien.

No sé qué demonios pretende decirme. Solo sé que llevo dos días convencido de que no quería volver a verme. Y ahora me está pidiendo subirse a mi coche.

—Claro —respondo—. Pásate por recepción dentro de una hora. Saldré desde allí.

—Vale. Allí estaré.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

—Bueno... —dice ella, colocándose otra vez el auricular—. Será mejor que terminemos de correr.

—Nos vemos luego, Mila.

—Nos vemos, Nash.

Reanudo la carrera intentando concentrarme otra vez en la música, aunque ya sé que es inútil.

Por primera vez desde el viernes, tengo la sensación de que quizá todavía no esté todo perdido.

Cuando llego a recepción exactamente una hora después, ella ya está allí.

Y joder, está guapísima.

Se ha puesto un vestido veraniego de color azul cielo que se ajusta suavemente a su cuerpo, con un escote sutil que me cuesta no mirar. Lleva el pelo suelto, unas sandalias sencillas y un toque de maquillaje que resalta sus ojos.

—¿Vamos? —pregunto, señalando la puerta que conecta con el exterior.

Fuera ya está esperándome el coche. Le pedí a uno de los chicos del valet que me lo trajera. Es un Range Rover Sport negro.

Le abro la puerta del copiloto y ella sube. Cierro la puerta, rodeo el vehículo y me siento al volante.

El silencio dentro del coche es denso mientras arranco y salimos del resort. Miro de reojo a Mila. Ella tiene la vista fija en la ventanilla, pero noto que está nerviosa.

—¿Estás segura de esto? —pregunto en voz baja, rompiendo el silencio—. Si prefieres que te deje en el resort, todavía estamos a tiempo.

Mila gira la cabeza y me mira durante unos segundos.

—No —responde finalmente—. Quiero hablar. Necesito hacerlo.

Asiento y durante los primeros minutos ninguno dice nada.

La carretera serpentea junto a la costa y el océano aparece y desaparece entre las palmeras y las casas construidas sobre los acantilados. Normalmente conducir por aquí consigue relajarme.

Hoy no.

Soy demasiado consciente de que Mila está sentada a menos de un metro de mí.

Del perfume suave que lleva.

Del vestido azul cielo que deja al descubierto sus piernas cada vez que cambia ligeramente de postura.

Y del enorme esfuerzo que estoy haciendo por mantener los ojos donde deben estar: en la carretera.

Afortunadamente, ella rompe el silencio antes de que mi cabeza empiece a ir por caminos peligrosos.

—¿Qué asunto te lleva a San Diego un domingo?

Agradezco la pregunta casi tanto como si acabara de ofrecerme un salvavidas.

—Voy a reunirme con un viejo amigo de mi abuelo. Tiene una galería de arte en el centro de San Diego y quiere vender una colección de cuadros que pertenecieron a su mujer. Antes de ofrecérsela a nadie más, quiso enseñárnosla por si encaja con la remodelación que estamos haciendo en una de las alas del resort.

Ella asiente con interés.

—Así que también te encargas de la decoración.

—Un poco de todo. Cuando eres propietario de un resort acabas metiendo las narices en demasiadas cosas. —Eso le arranca una pequeña sonrisa—. ¿Y tú? ¿Por qué querías venir?

Mila observa unos segundos el paisaje antes de responder.

—Porque llevo una semana encerrada entre el resort y me apetecía conocer algo más de la zona. Y... —hace una pequeña pausa mientras juega con el cinturón de seguridad— también porque creo que nos debemos una conversación.

La observo de reojo. Parece nerviosa. Más de lo habitual.

Dejo pasar unos segundos antes de hablar.

—Vale, pues tú dirás.

Mila mira por la ventanilla mientras juega distraídamente con el cinturón de seguridad, como si estuviera ordenando las palabras antes de pronunciarlas.

—He estado dándole muchas vueltas a lo que pasó el viernes. Creo que te dije cosas que no eran del todo ciertas. O, mejor dicho, que utilicé las palabras equivocadas. Y quería pedirte perdón por eso.

La miro de reojo, sorprendido.

—No tienes por qué...

—Déjame terminar, por favor. —Asiento y vuelvo la vista a la carretera—. Cuando te dije que me estaba sintiendo acosada... exageré. Estaba asustada, frustrada y abrumada por todo lo que estaba pasando. Pero no era justo echarle toda la culpa a ti. Mis señales han sido confusas desde el principio. Te dije que solo sería una noche, luego te besé en tu despacho, me dejé tocar... y después salí corriendo. Debí ser mucho más clara y más coherente desde el principio. —Hace una pausa, mirando sus manos—. Así que lo siento. No quería hacerte sentir como un acosador. Porque no lo eres. Eres insistente, sí... pero nunca me has obligado a nada que no quisiera en ese momento.

El silencio se instala en el coche durante unos segundos. Solo se escucha el ruido del motor y el viento contra las ventanillas.

—Gracias por decirlo —respondo finalmente—. Me jodió bastante oír esa palabra. Pero entiendo por qué la usaste. Te prometí que respetaría tu decisión y, aun así, seguí buscando cualquier excusa para acercarme a ti porque estaba convencido de que, en el fondo, querías lo mismo que yo.

—Y lo quería —admite en voz baja—, pero no puedo permitirme dejarme llevar por mis impulsos. Soy una mujer muy diferente a la que conociste aquella noche tras las rocas. Puede que nuestro primer encuentro te diera una imagen completamente distorsionada de mí, pero la realidad es que soy una persona bastante racional. Me paso la vida planificándolo todo, pensando las cosas veinte veces antes de tomar una decisión y procurando no mezclar nunca el trabajo con mi vida personal.

Sonríe con cierta ironía.

—De hecho, si me hubieras conocido una semana antes, te habrías aburrido conmigo. No hago locuras, no improviso y jamás me habría acostado con un desconocido. Lo de aquella noche fue... una especie de crisis existencial provocada por mi ex. Quería demostrarme que también podía ser imprevisible. Y, mira qué casualidad, el único día que decido hacer algo completamente fuera de mi personalidad termino acostándome con uno de mis clientes.

No puedo evitar sonreír.

—Sí que tuviste mala suerte.

Ella resopla entre una risa.

—La peor del mundo. Pero, una vez pasó aquello, volví a ser la Mila de siempre. La que necesita tener el control. La que quiere hacer bien su trabajo. La que lleva años dejándose la piel para conseguir un ascenso. Por mucho que me tienta la idea de tener una aventura contigo, no puedo permitírmela.

Permanezco unos segundos en silencio, asimilando sus palabras.

Al final asiento despacio.

—Vale. Lo entiendo.

Frunce ligeramente el ceño.

—¿Así, sin más?

Esbozo una sonrisa cansada.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que vuelva a intentar convencerte? Creo que ya hemos comprobado que esa estrategia no terminó precisamente bien.

Una pequeña sonrisa asoma también en sus labios.

—No.

—No voy a volver a ponerte en esa situación, Mila. Me dices que no puedes permitírtelo y voy a respetarlo. No me gusta, pero lo

respeto.

Nos miramos durante un segundo largo. Es como si los dos estuviéramos firmando una tregua silenciosa. Sin palabras. Solo con una mirada.

El resto del trayecto transcurre más relajado. Hablamos de cosas banales: el resort, el clima, anécdotas tontas de Imogen. Pero debajo de cada frase sigue latiendo esa tensión que ninguno de los dos ignora.

Cuando llegamos a San Diego, el centro bulle de gente disfrutando del domingo soleado. Aparco cerca de la galería y apago el motor.

Mila se desabrocha el cinturón y coge su bolso.

—Gracias por traerme —dice con una sonrisa pequeña.

—De nada.

Ella se baja del coche y saca una pequeña guía turística del bolso. Nos quedamos de pie junto al vehículo, mirándonos sin saber muy bien cómo despedirnos.

—Que te vaya bien la reunión —dice finalmente.

—Gracias. Que disfrutes de la ciudad.

Doy unos pasos hacia la galería, pero a los pocos metros me detengo. Me giro.

—Mila.

Ella, que ya había empezado a caminar en dirección contraria, se detiene y se vuelve.

—¿Sí?

—Si quieres... cuando termine aquí, puedo enseñarte un poco la ciudad. Sin segundas intenciones. Solo como... amigos. O lo que sea que seamos ahora.

Mila me mira durante unos segundos. Luego asiente con una sonrisa suave.

—Me gustaría.

Sonríó, sintiendo algo cálido en el pecho.

—Te escribo cuando acabe.

—Vale.

Se da la vuelta y empieza a caminar. Me quedo un momento mirándola alejarse. El vestido azul cielo se mueve con cada paso, y el sol de San Diego brilla sobre su pelo suelto. Joder, qué guapa es.

Paso de imaginarla desnuda en mi cama a conformarme con enseñarle San Diego como un buen amigo.

La vida tiene un sentido del humor bastante retorcido.

14



Mila

Me alejo de Nash con sentimientos encontrados.

Al menos ha quedado todo aclarado. Los dos nos hemos pedido perdón, los dos hemos reconocido nuestros errores y, esta vez, él no ha intentado convencerme de nada. Ha aceptado mi decisión sin discutirla.

Era exactamente lo que quería.

Entonces... ¿por qué siento este vacío tan extraño?

Sacudo la cabeza.

No tiene sentido darle más vueltas. He venido hasta San Diego porque de verdad quería conocer la ciudad y pienso aprovechar la mañana.

Saco la pequeña guía turística que compré en el aeropuerto nada más llegar a California. Sé perfectamente que hoy en día resulta mucho más práctico buscar cualquier cosa en internet, pero siempre me ha gustado coleccionar guías de los lugares que visito. Me las llevo de recuerdo y, años después, me encanta volver a abrirlas y recordar cada viaje.

Paso las páginas mientras camino hasta encontrar un pequeño plano del centro. Gaslamp Quarter.

El barrio es precioso: edificios victorianos restaurados, fachadas coloridas, terrazas llenas de gente disfrutando del domingo soleado. Camino despacio, leyendo las descripciones de la guía y observando los detalles. Me compro un iced latte para llevar en una cafetería pintoresca y sigo paseando, sorbiendo el latte mientras miro escaparates y edificios históricos.

Cuando llego a una pequeña plaza llena de bancos y palmeras, decido sentarme un rato a descansar, disfrutando del ambiente y viendo pasar a la gente.

En algún momento, mi móvil vibra con la llegada de una llamada.

Es Nash.

El corazón me da un pequeño salto cuando veo su nombre en la pantalla. Descuelgo.

—¿Dónde estás? —pregunta con voz relajada.

Miro a mi alrededor para orientarme.

—Estoy en una plaza muy cerca de Gaslamp Quarter. Hay una fuente en el centro.

—Perfecto. Quédate ahí. Llego en cinco minutos.

—Vale.

Cuelgo la llamada y guardo el móvil.

Mientras espero, doy otro sorbo al café y observo el ir y venir de la gente por la calle.

No puedo evitar sonreír un poco.

Quién me iba a decir hace una semana que terminaría esperando a un hombre en mitad de San Diego... después de haber decidido que solo podíamos ser amigos.

Unos minutos después lo veo aparecer caminando entre la gente.

Y se me olvida respirar.

Dios mío, qué atractivo es.

Lleva unos vaqueros oscuros que se ajustan perfectamente a sus piernas, una camiseta blanca que se pega a sus hombros y su pecho de una forma que debería ser ilegal, y unas gafas de sol que le dan un aire peligroso que me revuelve el estómago. El sol de California se refleja en su piel bronceada, y su pelo castaño, ligeramente despeinado, cae sobre su frente con despreocupación.

Camina con esa seguridad tranquila que parece acompañarlo a todas partes, como si el mundo fuera suyo y él solo estuviera paseando por él. Cada zancada es un recordatorio de las piernas que me rodearon aquella noche, de la fuerza de sus muslos contra los míos, de cómo me sujetaba las caderas mientras...

Cierro los ojos un segundo.

No. No puedo seguir por ahí.

Pero cuando los abro, él se ha quitado las gafas de sol y me está mirando con una sonrisa que podría derretir el Polo Norte.

Y sé que me ha pillado mirándolo.

Se detiene frente a mí.

—Hola.

—Hola —respondo, y odio lo temblorosa que suena mi voz.

Durante un instante ninguno dice nada.

Es extraño.

Nos observamos como si los dos estuviéramos aprendiendo de nuevo cómo relacionarnos.

Nash rompe el silencio el primero.

—¿Lista para que te enseñe un poco la ciudad?

Asiento, levantándome del banco.

—Lista.

Nash echa a andar y yo me coloco a su lado.

Al principio ninguno de los dos habla. Caminamos despacio entre las calles del centro, rodeados de turistas, familias y parejas que aprovechan el buen tiempo para pasear. Poco a poco dejamos atrás Gaslamp Quarter y las fachadas victorianas dan paso a avenidas más abiertas.

A los pocos minutos empiezo a notar el olor a sal.

El puerto aparece ante nosotros de repente.

Decenas de veleros se balancean suavemente sobre el agua, varias embarcaciones turísticas entran y salen del muelle y, a lo lejos, un enorme portaaviones convertido en museo domina el horizonte. Las gaviotas sobrevuelan el paseo mientras un músico toca la guitarra junto a una hilera de palmeras.

No puedo evitar detenerme.

—Madre mía...

Nash sonrío al ver mi reacción.

—Bonito, ¿eh?

—Muchísimo más de lo que imaginaba.

Seguimos caminando por el paseo marítimo. A un lado se suceden pequeños restaurantes con terrazas frente al mar; al otro, bancos desde los que la gente contempla el puerto.

—Este es uno de mis sitios favoritos de toda la ciudad —dice de pronto.

Lo miro con curiosidad.

—¿Sí? ¿Por qué?

Él tarda unos segundos en responder.

—Porque mi abuelo me traía aquí muy a menudo cuando era pequeño.

Sonríe con cierta nostalgia.

—Decía que, si quería entender cómo funcionaba un negocio, primero tenía que aprender a observar a las personas. Así que nos sentábamos en uno de esos bancos durante horas.

Señala uno situado junto al agua.

—¿Y qué hacíais? —pregunto.

—Mirar.

No puedo evitar reírme.

—¿Solo mirar?

Él también sonríe.

—Solo mirar. Él iba señalando a la gente y me hacía preguntas. «¿A qué crees que se dedica ese hombre?», «¿Quién paga la primera cita de esa pareja?», «¿Cuál de esas dos familias crees que está disfrutando más de las vacaciones?». Después me obligaba a justificar cada respuesta.

Lo miro divertida.

—Eso suena más a una clase de psicología que a un paseo.

—Puede ser. Pero gracias a él aprendí que, si prestas suficiente atención, la mayoría de las personas cuentan su historia sin necesidad de abrir la boca.

Frunzo ligeramente el ceño.

—¿Y acertabas?

Nash se ríe.

—Casi nunca. Mi abuelo decía que mi imaginación era maravillosa... pero que mis deducciones eran una auténtica mierda.

La carcajada se me escapa antes de poder contenerla.

—Pobre niño.

—Era bastante desesperante. Cada vez que creía haber acertado, él encontraba cinco detalles que se me habían pasado por alto.

Durante unos segundos guarda silencio, contemplando el agua.

—Echo mucho de menos estos paseos con él.

Lo observo en silencio.

Hay algo en la forma en que habla de su abuelo que me entenece. Hasta ahora solo había conocido al Nash seguro de sí mismo, al hombre que siempre parece tener una respuesta para todo. Este, en cambio, es distinto.

Más cercano.

Más humano.

Seguimos caminando junto al puerto sin prisa. A nuestro alrededor, familias enteras pasean disfrutando del domingo, los barcos se balancean suavemente sobre el agua y las gaviotas sobrevuelan el muelle en busca de algún turista despistado que deje caer un trozo de comida.

Al pasar junto a una heladería artesanal, Nash se detiene.

—Es tradición.

Lo miro extrañada.

—¿El qué?

Señala el escaparate.

—Mi abuelo nunca venía al puerto sin comprar un helado. Decía que el paseo no sabía igual si no terminabas con uno en la mano.

No puedo evitar sonreír.

—Entonces habrá que mantener viva la tradición.

Entramos en la heladería y nos colocamos al final de la cola.

Mientras esperamos, observo la enorme pizarra llena de sabores.

—Tienen demasiados. Soy incapaz de decidirme.

—Yo lo tengo fácil.

—¿Siempre pides el mismo?

Asiente con total naturalidad.

—Vainilla con chocolate.

Lo miro divertida.

—Qué aburrido.

—No es aburrido. Es un clásico.

—Eso es exactamente lo que diría alguien aburrido.

Nash se ríe.

—¿Y tú cuál vas a pedir?

Recorro la lista con el dedo hasta detenerme en uno.

—Caramelo salado.

Él arquea una ceja.

—Lo sabía.

—¿El qué?

—Que no ibas a escoger uno normal.

Pongo cara de indignación.

—¿Desde cuándo el caramelo salado no es normal?

—Desde que existe el chocolate.

Le doy un pequeño codazo. Por un segundo, su mano se posa sobre mi cintura para estabilizarme. Un segundo. Nada más. Pero el

calor de sus dedos se queda grabado en mi piel mucho después de que él la retire.

Cuando salimos de la heladería, seguimos caminando por el paseo marítimo sin un rumbo fijo.

Nash me va señalando algunos de sus rincones favoritos de la ciudad: el viejo carrusel que siempre visitaba con su abuelo cuando era niño, el embarcadero desde el que salen los barcos turísticos y un pequeño mirador donde, según él, se ven los mejores atardeceres de San Diego.

También me habla de algunas anécdotas de su infancia. De las veces que intentó aprender a pescar y terminó enredando los sedales, de cómo convencía a su abuelo para comprar un segundo helado aunque luego acabara arrepintiéndose a la mitad, o de las tardes que pasaban simplemente sentados viendo entrar y salir los barcos del puerto.

Yo también termino contándole cosas de Nueva York. De mi trabajo, de la universidad y de Wendy. Incluso nos reímos cuando le cuento la cantidad de listas absurdas que soy capaz de hacer antes de tomar una decisión importante.

Las horas pasan sin que apenas nos demos cuenta.

Y es entonces cuando caigo en algo que me descoloca.

Durante toda la mañana Nash no ha intentado tocarme ni una sola vez.

No ha buscado excusas para rozar mi mano.

No ha hecho ningún comentario insinuante.

Ni una sola mirada descarada.

Simplemente... ha sido él.

Y, curiosamente, esa versión de Nash me gusta casi más que la otra.

Porque descubro a un hombre divertido, atento y sorprendentemente buen conversador. Uno capaz de hablar durante veinte minutos sobre barcos antiguos o sobre el mejor sitio de la ciudad para ver la puesta de sol con el mismo entusiasmo con el que otros hablan de fútbol.

Empiezo a comprender por qué Kai dice que todo el mundo termina cogiéndole cariño.

Y eso, probablemente, sea un problema todavía mayor que la atracción física que siento por él.

Cuando quiero darme cuenta, la mañana ha dado paso a la tarde sin que apenas nos hayamos percatado.

Seguimos paseando por el puerto, entramos en un par de tiendas de recuerdos y terminamos almorzando en un pequeño restaurante con terraza frente al mar, donde Nash insiste en que pruebe una de las especialidades locales.

Hablamos de mil cosas distintas.

De los viajes que todavía nos gustaría hacer.

De los libros que nos marcaron de pequeños.

De nuestras familias.

De las trastadas de Imogen.

Incluso descubro que los dos tenemos una extraña afición por los documentales de naturaleza, aunque por motivos completamente distintos.

Cuando volvemos al coche para regresar al resort, me doy cuenta de que llevo horas sin pensar en el trabajo.

Ni en Harper & Brooks.

Ni en el ascenso.

Y, sorprendentemente, tampoco en la noche que pasamos juntos.

Hoy no ha sido el hombre que me desestabilizaba con una mirada o un comentario insinuante.

Ha sido simplemente Nash.

Y creo que esa versión me resulta todavía más peligrosa.

El trayecto de vuelta transcurre con la misma naturalidad que el resto del día. La música suena bajita y la conversación aparece y desaparece sin esfuerzo, como si nos conociéramos desde hace mucho más tiempo del que realmente hace.

Cuando el Range Rover se detiene frente a la recepción del resort, el silencio vuelve a instalarse entre los dos.

Me desabrocho el cinturón y giro ligeramente la cabeza hacia él.

—Gracias por enseñarme San Diego.

Nash sonríe.

—¿Ha merecido la pena?

Asiento sin pensarlo.

—Mucho.

Durante un instante ninguno de los dos dice nada.

No es un silencio incómodo.

Es de esos que no necesitan llenarse con palabras.

—Bueno... —murmuro finalmente mientras abro la puerta—. Nos vemos mañana.

—Nos vemos mañana, Mila.

Bajo del coche y cierro la puerta con suavidad.

Empiezo a caminar hacia la recepción, pero antes de entrar no puedo evitar girarme.

Nash sigue allí.

Apoyado sobre el volante.

Mirándome.

Cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, los dos sonreímos casi al mismo tiempo.

Después él arranca el coche y yo entro en el resort con una sensación extraña revoloteándome en el estómago.

Porque, sin darme cuenta, ya no solo me gusta besar a Nash.

Empieza a gustarme pasar tiempo con él.

15



Nash

En lugar de volver a mi villa, me dirijo directamente hacia la de Kai.

No me apetece estar solo esta noche. Todavía tengo la cabeza llena de Mila: su risa en el muelle, la forma en que me miró cuando le conté lo de mi abuelo, cómo se mordía el labio cuando pensaba que no la veía. Necesito distraerme.

Llamo a la puerta y, como siempre, Imogen es la que abre.

—¡Tío Nash! —grita, lanzándose a mis brazos.

La cojo en volandas y le doy una vuelta en el aire mientras ella se ríe.

—Hola, princesa. ¿Qué tal el día?

—He estado pintando con María. ¡Mira!

Me arrastra al salón, donde María está sentada en el suelo con ella, rodeadas de papeles, pinturas y un desastre de colores.

—Hola, Nash —me saluda María con una sonrisa.

—Hola.

Kai aparece desde la cocina, con un trapo sobre el hombro y una cerveza en la mano.

—Vaya, mira quién ha aparecido. ¿Quieres una?

—Claro.

Me pasa una cerveza fría y me hace un gesto para que pase a la cocina.

—Estoy preparando la cena. ¿Te quedas?

—Depende. ¿Qué estás haciendo? —pregunto, apoyándome en la isla.

—Pasta con salsa de tomate casera, albahaca fresca y un poco de parmesano. Nada del otro mundo.

Lo miro arqueando una ceja.

—No entiendo por qué cocinas pudiendo pedir que te traigan los mejores platos del resort. Tienes chefs de primera que matarían por cocinar para ti.

Kai se ríe mientras remueve la salsa.

—Porque a veces me gusta recordar que soy un padre normal. No solo el socio de un resort de lujo. Además, Imogen prefiere mi pasta a la del restaurante. Dice que la mía tiene «magia de papá».

Sonrío.

—Esa niña te tiene completamente dominado.

—Totalmente —admite sin vergüenza—. ¿Te quedas entonces?

—Sí. Me quedo.

—Pues ayuda a poner la mesa, vago.

Pongo la mesa mientras Imogen me enseña orgullosa sus dibujos.

Cuando vuelvo a la cocina, Kai está sirviendo la pasta en los platos. Me mira de reojo y arquea una ceja.

—¿Qué has estado haciendo hoy? Pareces... ansioso.

Me apoyo en la encimera y doy un trago a la cerveza.

—Fui a San Diego esta mañana. Tenía que ver a un amigo de mi abuelo por lo de la galería de arte.

Kai asiente, pero no parece convencido.

—¿Y?

—Y... Mila vino conmigo.

Kai salta como un resorte, dejando el cucharón de madera sobre la encimera con un golpe seco.

—¿Has estado molestándola otra vez? —pregunta, con tono claramente molesto—. El sábado me la encontré en la playa y parecía incómoda con todo lo que ha pasado entre vosotros.

—Yo no la he molestado. ¿Y cómo que hablasteis? No me habías dicho nada.

—Fue a la playa mientras estaba surfeando y nos encontramos por casualidad —responde Kai, cruzándose de brazos—. Me lo contó todo.

—¿Todo... todo? —pregunto, genuinamente sorprendido.

Kai asiente, serio.

—Todo. Lo de la noche que pasasteis juntos, lo del despacho, cómo te dijo que se sentía acosada... se sentía fatal con eso. —Suspira—. ¿En serio sigues persiguiéndola después de todo?

—No la persigo —respondo, algo molesto—. Nos encontramos cuando estaba corriendo y me pidió hablar. Yo tenía que ir a San Diego, se lo dije, y ella se apuntó. Fin de la historia. No fue algo que yo planease.

Kai me mira durante unos segundos, evaluándose.

—¿Y cómo fue?

—Bien. Muy bien. Hablamos de verdad. Se disculpó por haberme llamado acosador, yo me disculpé por haber sido un pesado... y quedamos en que seríamos amigos.

Kai me mira con esa expresión de «te conozco mejor que tú mismo» que tanto odio. Remueve la salsa una última vez, apaga el fuego y se gira completamente hacia mí.

—¿Amigos? ¿Tú y Mila? ¿Después de todo lo que ha pasado?

—Sí, amigos —insisto, aunque hasta yo noto que suena a excusa—. Hablamos claro en el coche de ida. Se disculpó, yo me disculpé. Pasamos el día en San Diego paseando, hablando de todo y de nada... y fue fácil. Cómodo. No intenté nada.

Kai suelta una carcajada baja mientras sirve la pasta en los platos.

—Claro. Y yo soy monje. Nash, te vi la cara cuando te hablé de ella el otro día. Esa mujer te tiene pillado.

—No me tiene pillado —miento a medias—. Me gusta. Mucho. Pero le dejé claro que respeto su decisión. No voy a presionarla más.

Kai me mira con escepticismo, pero no insiste con más preguntas.

La cena transcurre entre risas de Imogen y anécdotas de María. Pero cada pocos minutos mi mente vuelve a Mila. A su risa en el muelle. A cómo se mordía el labio cuando pensaba que no la veía. A esa versión tranquila y curiosa que descubrí hoy en San Diego.

Después de cenar, mientras Kai acuesta a Imogen, me quedo en la terraza con la cerveza casi vacía. El sonido de las olas llega lejano

y el aire está fresco. Kai sale poco después y se sienta a mi lado en una de las sillas de madera, con otra cerveza en la mano.

—Solo te digo una cosa —murmura, mirándome de reojo—. Si de verdad quieres intentar lo de «solo amigos», hazlo bien. Deja de desnudarla con la mirada en las reuniones, porque resulta demasiado obvio.

—Que te jodan —respondo riendo, dándole un empujón en el hombro.

—Ojalá —contesta con una carcajada seca—. Pero llevo meses sin echar un polvo. Aunque, si te refieres a que me amarguen la existencia, no te preocupes. De eso, Olivia siempre se encarga.

Me pongo serio. Olivia es la ex de Kai, una violinista de renombre que se pasa la mayor parte del año de gira, saltando de concierto en concierto por Europa y Asia. Su relación fue intensa pero caótica, y cuando nació Imogen todo se complicó hasta romperse.

—¿Qué ha pasado esta vez? —pregunto.

Kai suspira, pasándose una mano por la cara.

—Me llamó esta tarde para decirme que no podrá pasar las dos semanas que tenía planeadas con Imogen este verano. Inventó una excusa sobre unas fechas nuevas en Berlín y un festival en Italia. Aún no se lo he dicho a Imogen, pero lo va a pasar fatal. Cada año es la misma historia, y en lugar de reconocerlo, me deja a mí cargar con el muerto.

—Lo siento, tío. Eso es una mierda.

Kai asiente, mirando hacia el jardín oscuro.

—Imogen la adora. Cada vez que Olivia cancela, se pasa días preguntando si hizo algo mal. Y yo tengo que mentirle diciendo que su madre está «muy ocupada salvando la música clásica mundial».

—Da un trago largo a la cerveza—. A veces pienso que sería más fácil si desapareciera del todo, pero no puedo hacerle eso a mi hija.

El silencio se instala entre los dos durante unos instantes. Solo se oye el romper de las olas y el zumbido lejano de los aspersores del jardín.

Vació el último trago de cerveza y dejó la botella sobre la mesa.

Hablar de los problemas de Kai me ha distraído un rato, pero no lo suficiente. Mi cabeza vuelve a donde lleva todo el fin de semana. A Mila.

—¿Sabes qué es lo peor?

Kai me mira de reojo.

—¿El qué?

—Que hoy ha sido el mejor día que he pasado con ella desde que la conozco.

Frunce ligeramente el ceño.

—¿Mejor que el sexo?

Me quedo pensándolo unos segundos.

—Sí.

Kai silba por lo bajo.

—Hostia...

Sonríó sin apartar la vista del jardín.

—Eso mismo pensé yo.

Se recuesta en la silla y deja escapar una risa incrédula.

—Estás jodido.

—Lo sé.

—No, creo que no lo sabes. Cuando un tío empieza a preferir una conversación, un paseo o un helado a echar un polvo con una mujer... ya no está pensando con la polla.

No puedo evitar reírme.

—Qué poeta eres cuando te lo propones.

—Llevo cuarenta años estudiando el comportamiento masculino.

Lo miro arqueando una ceja.

—Tienes treinta y cuatro.

—Precisamente. Empecé pronto.

Los dos nos echamos a reír.

El sonido de las olas llena el silencio.

Y, por primera vez en días, no siento la necesidad de perseguir a Mila.

Solo espero que mañana vuelva a sonreírme.

16



Mila

Los días siguientes son una extraña mezcla de profesionalidad y tortura silenciosa.

Nash cumple su palabra al pie de la letra. Es cortés, profesional y mantiene una distancia respetuosa. En las reuniones habla con claridad, propone ideas sólidas y me trata exactamente como a la consultora que soy. Nada de miradas cargadas, nada de roces «accidentales», nada de mensajes provocadores.

Está haciendo justo lo que le pedí.

Eso debería aliviarme.

Sin embargo... no es exactamente alivio lo que siento.

Cada vez que entra en una sala y me saluda con esa sonrisa neutra y educada, algo dentro de mí se retuerce. Echo de menos al Nash provocador, al que me hacía arder con una sola mirada. Pero también echo de menos al Nash de San Diego: el que hablaba de su abuelo con nostalgia, el que se reía de mis listas absurdas, el que me hacía sentir vista de verdad. Esta versión correcta y contenida es peor que cualquiera de las anteriores, porque me demuestra que

puede controlarse... y yo, en cambio, estoy fallando estrepitosamente en hacerlo.

Lo peor es que cuanto más se aleja, más quiero acercarme.

Hoy jueves me despierto con el sonido de la vibración de mi móvil sobre la mesita. Son las seis de la mañana. Aún está oscuro fuera. Al desbloquear la pantalla veo que son varios mensajes de Nash, enviados hace apenas unos minutos.

NASH

Mila, nos están atacando fuerte por redes sociales. Fotos falsas. Cucarachas en las habitaciones, supuestos restos de comida en los platos, baños sucios... Está muy coordinado. Ya hay varios perfiles grandes compartiéndolo. Avísame cuando despiertes.

Me incorporo de golpe, el sueño desaparece al instante. Abro Instagram y Twitter primero. El golpe es brutal.

Docenas de publicaciones nuevas. Fotos que parecen tomadas dentro del Golden Dolphin pero que claramente no lo son: cucarachas en las sábanas, moho en las duchas, platos con insectos. Los textos son demoledores: «Nunca más volveré a este sitio», «Eviten este resort a toda costa», «Lujo falso y sucio». Los hashtags están perfectamente elegidos y los perfiles que los comparten parecen reales, con historial.

Es un ataque sistemático. Profesional. Alguien está invirtiendo dinero y tiempo serio en hundirnos.

Me levanto de la cama rápidamente, me pongo una bata y abro el portátil sobre la mesa del salón. Mientras espero a que cargue,

respondo:

MILA

Ya estoy despierta. Lo estoy viendo ahora. Es grave. ¿Reunión en tu despacho en 30 minutos?

NASH

Te espero. Gracias, Mila.

Me ducho en tiempo récord, me pongo unos pantalones y una blusa sencilla y salgo hacia el edificio administrativo mientras el sol empieza a asomar sobre el Pacífico. El resort sigue precioso, tranquilo, pero siento que una tormenta se está formando justo encima de nosotros.

Cuando entro en el despacho de Nash, él y Kai ya están allí. Nash tiene el pelo húmedo de la ducha y cara de haber dormido poco. Nuestras miradas se cruzan un segundo y, por primera vez en días, veo un destello del Nash real debajo de la fachada profesional.

—Esto ya no es solo dañar la reputación —digo nada más cerrar la puerta—. Esto es un intento de destruir el Golden Dolphin. Y quien esté detrás sabe exactamente lo que hace.

Nash asiente, serio.

—Necesitamos contraatacar ya. ¿Qué propones?

Me siento a la mesa y abro mi portátil.

—Primero, identificación y denuncia masiva. Segundo, contenido real y verificable de huéspedes actuales. Tercero... vamos a necesitar ser más agresivos.

Kai se pasa una mano por la cara.

—¿En qué estás pensando?

Me muerdo el labio, pensativa. Tengo ideas, pero necesito un poco de tiempo para comprobar que sean viables.

—¿Os parece si nos reunimos en un par de horas con el equipo de Marketing y os propongo un plan de acción completo?

Ambos asienten.

—Perfecto —dice Nash—. Yo me encargo de reunir a todo el mundo. ¿En la sala grande?

—Sí.

Kai se marcha primero para empezar a mover hilos con el equipo legal. Nash y yo nos quedamos solos un momento más. Recojo mis cosas en silencio, pero siento su mirada sobre mí.

—Mila —dice en voz baja cuando ya estoy en la puerta.

Me giro. Su expresión es seria, pero hay algo más suave debajo.

—Gracias por levantarte tan temprano. Sé que esto no es fácil.

—Forma parte del trabajo.

Él asiente lentamente, como si quisiera decir algo más, pero al final solo añade:

—Te veo en un par de horas.

La reunión con el equipo de Marketing es intensa. Expongo la estrategia con claridad y, cuando llego a la parte más arriesgada, me inclino ligeramente hacia delante.

—Además del comunicado oficial y la recopilación de testimonios reales, propongo contactar con influencers de viajes de tamaño

medio a grande. Gente con credibilidad, no los más comerciales. Les ofreceremos una estancia de cortesía este fin de semana a cambio de que hagan directos desde el resort: recorriendo habitaciones, restaurantes, la playa, el spa... En vivo. Sin guion. Eso demostraría de forma contundente que las acusaciones son falsas.

Chloe abre mucho los ojos, pero asiente con entusiasmo. El resto del equipo murmura, sopesando la idea.

Nash me mira directamente. Hay un brillo de aprobación en sus ojos.

—Es arriesgado —dice—, pero inteligente. Si elegimos bien a los influencers, puede generar mucha credibilidad rápida.

Kai se frota la barbilla, pensativo.

—Puede salirnos caro si no funciona, pero entiendo la lógica. Las fotos falsas se desmontan con imágenes reales en tiempo real.

La reunión termina con tareas repartidas: Chloe se encarga de hacer la lista corta de influencers, yo revisaré los contratos y mensajes personalizados, y Nash se ocupará de coordinar la logística del evento del fin de semana.

Todos abandonan la sala hablando del plan para el fin de semana. Nash es el último en salir.

Al llegar a la puerta, se gira un instante.

—No te quedes hasta muy tarde.

Esbozo una sonrisa.

—Lo intentaré.

Él asiente y desaparece por el pasillo.

Yo vuelvo a abrir el portátil.

Alguien tiene que asegurarse de que todo esté listo para el sábado.

No sé cuántas horas llevo encerrada en este despacho. Solo sé que fuera ya es noche cerrada, que el océano se ve como un manto negro brillante bajo la luna y que mi estómago acaba de rugir de forma vergonzosa, recordándome que no he comido nada decente en todo el día.

Me froto los ojos, agotada. El escritorio es un desastre de papeles, capturas de pantalla, contratos a medio revisar y tazas de café vacías. Llevo desde primera hora trabajando sin parar: coordinando con influencers, redactando comunicados, revisando perfiles falsos y tratando de anticipar el siguiente golpe. Ni siquiera recuerdo la última vez que bebí agua.

Me levanto con la intención de ir hasta la máquina expendedora del pasillo. En cuanto me pongo de pie, todo da vueltas. Un mareo fuerte me golpea de repente. La visión se me nubla y las piernas me flaquean.

—Dios... —murmuro, apoyándome en el borde del escritorio.

Doy dos pasos tambaleantes hacia la puerta. El suelo parece moverse bajo mis pies. Siento que voy a desmayarme. El corazón me late demasiado rápido y un sudor frío me recorre la espalda.

Justo cuando las rodillas me fallan del todo, unos brazos fuertes me sujetan por la cintura y me sostienen contra un pecho sólido y caliente.

—Mila —La voz de Nash suena alarmada, baja y ronca—. ¿Qué coño haces aquí todavía?

Parpadeo, intentando enfocar su cara. Es él. Sudado, con una camiseta negra pegada al cuerpo y pantalones de correr. Debía haber pasado por el edificio de casualidad al volver de su ruta nocturna.

—Nash... —susurro, todavía mareada, apoyada contra él—. Solo iba... a por algo de agua.

Él maldice entre dientes. Sin decir nada más, me levanta en brazos como si no pesara nada y me lleva de vuelta al interior del despacho, sentándome con cuidado en el sofá.

Se arrodilla frente a mí, con una mano en mi rodilla y la otra sujetándome suavemente la cara para mirarme a los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas sin comer ni beber? —pregunta, con una mezcla de preocupación y enfado.

—No lo sé... —admito en voz baja, avergonzada—. Desde esta mañana.

Nash suspira con fuerza y se pasa una mano por el pelo despeinado. Se levanta un segundo, desaparece por el pasillo y regresa con una botella de agua fría y una barrita de cereales.

—Bebe despacio —murmura, acercándome la botella a los labios.

Obedezco. El agua fría baja por mi garganta y me sienta como un bálsamo. Mientras bebo, Nash no aparta la mirada de mí. Su mano vuelve a mi rodilla, caliente, pesada. La cercanía de su cuerpo, su olor a sudor y piel, me golpea con fuerza.

—Joder, Mila... —dice en voz baja, casi para sí mismo—. Por muy importante que sea lo que haces, no puedes olvidarte de ti. ¿Qué habría pasado si no te hubiera visto desde fuera?

Lo miro. Tenerlo arrodillado frente a mí, tan cerca, con esa expresión protectora y frustrada... hace que algo dentro de mí se derrita. Mi cuerpo, traicionero, reacciona a su tacto. Siento calor subiendo por los muslos.

Nash parece notarlo también. Su respiración se vuelve más pesada. Su pulgar acaricia lentamente el lateral de mi rodilla, en un gesto casi inconsciente.

Durante unos segundos eternos, ninguno de los dos habla. Solo nos miramos. El deseo flota entre nosotros, denso, familiar, peligroso.

Nash traga saliva y, con visible esfuerzo, retira la mano.

—Come algo —dice tendiéndome la barrita, poniéndose de pie—. Y luego te acompaño a tu villa. No voy a dejarte volver sola así.

Asiento, mordiéndome el labio.

Mientras mordisqueo la barrita, no puedo dejar de pensar en lo fácil que sería tirar de él hacia mí y besarlo. Olvidarme de todo por una noche más.

Y por la forma en que Nash me mira, sé que él está pensando exactamente lo mismo.

Nash no me deja discutir. En cuanto termino la barrita y bebo un poco más de agua, se levanta y me ofrece su mano para ayudarme a ponerme en pie.

—Vamos. Te acompaño.

No protesto. Todavía me siento débil y, aunque me cueste admitirlo, tenerlo cerca es exactamente lo que necesito ahora.

Salimos del edificio administrativo en silencio. El resort está completamente en calma, solo se oye el rumor constante de las olas y el crujido suave de la grava bajo nuestros pasos.

Nash camina a mi lado, cerca pero sin tocarme.

De vez en cuando me lanza una mirada de reojo, como si quisiera asegurarse de que no voy a desmayarme otra vez.

Siento su presencia con cada célula de mi cuerpo: el calor que desprende, su respiración, esa tensión silenciosa que siempre flota entre nosotros.

Cuando llegamos a mi villa, saco la tarjeta con dedos torpes. Nash me la quita suavemente y abre la puerta. Entra primero,

enciende las luces suaves del salón y mira alrededor, como si necesitara comprobar que todo está bien.

—Gracias —murmuro, cerrando la puerta detrás de nosotros—. De verdad. No hacía falta que...

—Sí hacía falta —me interrumpe, girándose hacia mí.

Estamos en medio del salón, con la enorme ventana muestra el océano iluminado por la luna. Nash me mira de arriba abajo, deteniéndose un segundo de más en mis labios. La distancia que ha mantenido estos días parece resquebrajarse por momentos.

—Mila... —dice en voz baja, ronca—. No vuelvas a hacer una tontería como esta. Sé que es importante. Pero tú también lo eres.

Nash levanta una mano y, casi con timidez, me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. El roce de sus dedos en mi piel me provoca un escalofrío.

El silencio que sigue es denso, cargado. Nos miramos sin decir nada. Puedo sentir su deseo, el mismo que yo llevo reprimiendo desde San Diego. Su mirada baja a mis labios. Se inclina ligeramente... y se detiene.

Exhala con fuerza y da un paso atrás, como si le costara esfuerzo físico.

—Deberías descansar —dice, con la voz tensa—. Come algo más antes de dormir. Mañana será un día largo.

Asiento, tragando saliva. La decepción y el alivio se mezclan en mi pecho de forma extraña.

—Buenas noches, Nash.

—Buenas noches, Mila.

Se dirige hacia la puerta, pero antes de abrirla se gira una última vez. Sus ojos azules brillan con algo intenso.

—Si necesitas cualquier cosa... lo que sea... llámame. A cualquier hora.

Y con eso, sale.

Me quedo sola en la villa, con el corazón acelerado y el cuerpo todavía temblando por su cercanía. Me dejo caer en el sofá y cierro los ojos.

Esto ya no es solo deseo.

Estoy perdida.



Nash

A la mañana siguiente estamos en la sala de reuniones. El sol entra por los ventanales y baña la mesa larga donde estamos sentados. Escucho a Mila hablar con esa voz clara y segura que tiene cuando está en modo profesional, y no puedo dejar de mirarla.

—Los tres influencers principales han confirmado —dice, repasando sus notas—. Llegan mañana por la tarde. Ya tenemos preparado el itinerario de directos: uno desde la playa al atardecer, otro desde el restaurante principal y el tercero desde una de las villas. Todo en vivo, sin edición. Eso debería contrarrestar las fotos falsas de forma bastante efectiva.

Chloe y el equipo de Marketing asienten, impresionados. Kai también. Yo solo puedo pensar en una cosa.

Dios... cómo la admiro.

Es la primera vez que admiro tanto a una mujer por su profesionalidad. No es solo que sea guapa, inteligente o que me vuelva loco en la cama. Es la forma en que se levanta después de casi desmayarse anoche, cómo se pone al frente de una crisis que no es suya, cómo toma decisiones rápidas y valientes sin perder la

calma. Nunca había sentido esto por nadie. Ni siquiera por Jewel, con quien estuve casi diez años.

Mila termina su exposición y me mira un segundo. Le sostengo la mirada un poco más de lo necesario. Ella aparta la vista primero, con las mejillas ligeramente sonrosadas.

La reunión termina y salimos juntos de la sala. Apenas damos unos pasos por el pasillo cuando oímos una vocecita familiar.

—¡Tío Nash!

Imogen viene corriendo hacia nosotros, pero su cara no tiene la alegría de siempre. Está malhumorada, con el ceño fruncido y los ojos un poco rojos. María camina detrás de ella con expresión comprensiva. Kai y yo cruzamos una mirada rápida. Ya se lo ha dicho. Lo de Olivia.

Imogen se detiene delante de nosotros... y entonces ve a Mila. Sin pensarlo dos veces, corre hacia ella y la abraza fuerte por la cintura.

—¡Mila! —exclama, hundiendo la cara en su blusa.

Mila, sorprendida, le devuelve el abrazo y le acaricia el pelo.

—Hola, princesa —dice con voz suave.

Imogen levanta la cabeza, todavía abrazada a ella.

—Vamos a comer todos juntos ahora. ¡Tienes que venir! Porfi, porfi...

Miro a Kai, que suspira resignado. Intento intervenir.

—Imogen, no insistas, cariño. Mila tiene mucho trabajo...

Pero Mila ya está sonriendo, acariciando la mejilla de la niña.

—Claro que me apunto —responde, mirándome de reojo un segundo—. Me vendrá bien desconectar un rato.

Imogen suelta un grito de alegría que sustituye la anterior de enfado y la coge de la mano, tirando de ella hacia el restaurante

más cercano. Kai y yo las seguimos. María se disculpa con una sonrisa y se marcha a hacer otras cosas.

Nos sentamos en una mesa apartada de la terraza, con vistas al acantilado. Imogen se pega a Mila como si fuera su nueva mejor amiga y empieza a contarle todo lo que ha hecho esa mañana. Mila la escucha con atención, riendo en los momentos adecuados y haciéndole preguntas.

Yo me quedo callado la mayor parte del tiempo, observándolas. Ver a Mila con Imogen hace algo raro en mi pecho. Se ve natural. Cálida. Como si encajara aquí, con nosotros.

Y eso me aterra y me encanta al mismo tiempo.

—...y entonces pinté un unicornio rosa con alas doradas —le explica Imogen con seriedad, como si estuviera contando el secreto mejor guardado del mundo—. Pero papá dice que los unicornios no existen. ¿Tú crees que existen, Mila?

Mila sonríe.

—Yo creo que sí existen —responde, bajando la voz como si compartiera un secreto—. Pero solo se dejan ver por las personas que creen en ellos. Como tú.

Imogen abre mucho los ojos, encantada, y se abraza de nuevo a su brazo. Kai me lanza una mirada divertida por encima de la mesa, pero yo apenas puedo apartar los ojos de Mila. Verla así, paciente, cariñosa y natural con Imogen, hace que algo se me remueva por dentro. No es solo atracción. Es más profundo. Más... peligroso.

El camarero trae los platos: ensalada de mariscos para Mila, pescado a la plancha para Kai y para mí, y macarrones con queso para Imogen (su petición innegociable). Durante unos minutos comemos en relativo silencio, roto solo por las anécdotas de Imogen.

Pero entonces la niña se pone más seria. Pincha un macarrón con el tenedor y murmura:

—Mamá no me quiere.

El silencio cae pesado sobre la mesa. Kai se tensa visiblemente, con la mandíbula apretada. Yo miro a mi amigo con empatía. Mila parece desconcertada un segundo.

—Cariño, eso no es verdad —dice con voz suave—. Mamá te quiere mucho. Lo que pasa es que su trabajo es muy complicado y viaja todo el tiempo. A veces eso hace que no pueda estar tanto como querría.

Imogen levanta la vista, con los ojos brillantes.

—Pero siempre dice que va a venir y luego no viene...

Kai asiente, con expresión dolida.

—Lo sé. Y duele. Pero eso no significa que no te quiera. Yo estoy aquí siempre, y el tío Nash también. Y Mila está aquí ahora con nosotros. ¿Verdad?

Mila sonríe con calidez y asiente.

—Claro que sí.

Imogen se queda callada un momento.

—Prometió llevarme a Legoland este fin de semana. No es justo que me quede sin ir.

Kai asiente, con expresión dolida.

—Lo sé. Y es normal que eso te ponga triste.

Mila interviene con suavidad, mirando a la niña con cariño.

—Este fin de semana también va a ser muy chulo aquí en el resort, ¿sabes? Va a haber música, luces bonitas, muchas actividades y un montón de gente. Yo voy a estar trabajando, pero seguro que nos vemos por ahí. Podemos hacer muchas cosas todos juntos. Te lo vas a pasar genial, ya verás.

Imogen la mira con los ojos muy abiertos, claramente interesada.

—¿De verdad? ¿Habrá fuegos artificiales?

Mila se ríe suavemente.

—Todavía no lo sé, pero si no los hay, le pediré al tío Nash que los ponga solo para ti.

La niña suelta una risita y se abraza de nuevo a Mila, mucho más animada. Yo observo la escena sin poder evitar sonreír.

—Además —añado, inclinándome un poco hacia Imogen—, este domingo tenemos la gala anual de la Fundación Ocean Hearts. Al final no vas a perdértela.

Mila frunce ligeramente el ceño.

—¿La gala de la Fundación Ocean Hearts?

Asiento.

—Es un evento benéfico que se organiza todos los veranos para recaudar fondos para niños hospitalizados. Cada año cambia de anfitrión, pero esta vez se celebra en una mansión histórica de Santa Bárbara. Acude bastante gente conocida de California: empresarios, deportistas, artistas... y todo el dinero que se recauda va destinado a financiar tratamientos, investigación y programas para las familias.

Imogen levanta la cabeza inmediatamente.

—¡Es mi fiesta favorita!

Mila sonríe.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—¡Porque puedo ponerme mi vestido de princesa! —responde sin dudar—. Y bailamos. Hay música, un jardín enorme lleno de luces, un montón de postres y siempre organizan juegos para los niños.

Kai se ríe.

—Lo de recaudar fondos parece importarle bastante menos.

—¡Porque eso es cosa de mayores! —protesta Imogen con toda la lógica del mundo.

No puedo evitar sonreír.

—Y además este año va a haber un espectáculo de magia antes de la cena. Seguro que te encanta —informo yo.

La niña se gira hacia Mila con cara de súplica absoluta.

—Oh, ¿puede acompañarnos Mila? ¡Por favor! ¡Por favor! Puedes ponerte un vestido muy bonito y bailar con nosotros.

Mila parpadea, sorprendida, y me mira un segundo. Yo me encojo de hombros con una sonrisa, aunque por dentro la idea de verla vestida de gala en Santa Barbara me golpea con fuerza.

—Si Mila quiere y no tiene demasiado trabajo... —digo, sin presionarla.

Kai me mira un instante antes de responder.

—Por mí no hay ningún problema. La fundación siempre vende entradas para invitados y todavía quedan unos días.

Mila niega con una pequeña risa.

—No creo que pinte mucho en una gala benéfica llena de empresarios.

—¿Por qué no? —pregunta Kai encogiéndose de hombros—. Además, este año prácticamente formas parte del equipo. Has hecho más por este resort en dos semanas que mucha gente en años.

Mila duda.

La conozco lo suficiente para saber qué está pasando por su cabeza. No quiere sentirse comprometida.

Espero unos segundos antes de intervenir.

—No te sientas obligada —digo con calma—. Si te apetece venir, genial. Y si prefieres descansar, nadie va a tomárselo mal.

Mila sostiene mi mirada unos instantes.

Después baja la vista hacia Imogen.

La niña la observa con esos ojos enormes, llenos de ilusión, como si de aquella respuesta dependiera el resto de su verano.

Mila suspira con una pequeña sonrisa.

—Está bien... iré.

—¡¡Sí!! —grita Imogen, levantándose de la silla para abrazarla por enésima vez.

Mila se ríe mientras le devuelve el abrazo.

—Pero con una condición.

Imogen se aparta lo justo para mirarla.

—¿Cuál?

—Que me prometas que bailaremos al menos una canción juntas.

La niña asiente con tanta fuerza que las coletas le rebotan sobre los hombros.

—¡Prometido! ¡Y luego también tienes que bailar con el tío Nash!

Mila suelta una risa y me dedica una mirada fugaz.

—Veo que ya tienes todo el plan organizado.

—¡Claro! —responde Imogen con total naturalidad—. Así nadie se queda solo.

Kai resopla entre risas.

—No le hagas mucho caso. Lleva semanas intentando emparejar a todo el mundo.

—¡Es mentira!

—La semana pasada quería casar al jardinero con la socorrista.

—¡Porque hacían buena pareja!

Las carcajadas llenan la mesa.

Yo también me río, aunque apenas puedo concentrarme en la conversación.

Mila acaba de aceptar venir.

Y, por primera vez desde que empezó todo este caos, el domingo deja de ser solo una gala benéfica.

Se convierte en algo que espero con ganas.

18



Mila

El sábado amanece con un cielo despejado y una brisa suave que agita las palmeras. El resort está en alerta máxima. Los tres influencers llegan al mediodía, y yo llevo desde las seis de la mañana coordinando cada detalle: las habitaciones preparadas, los itinerarios revisados, los equipos de producción listos para grabar los directos.

A las once, estoy en recepción con Chloe y el equipo de Marketing, repasando los últimos ajustes. Nash aparece unos minutos después, con una camisa blanca impecable y el pelo ligeramente despeinado. Nuestras miradas se encuentran y, por un segundo, el ruido del vestíbulo parece desvanecerse.

—¿Todo listo? —pregunta, acercándose.

—Todo listo —respondo, forzando una sonrisa profesional.

Al mediodía llegan los influencers siguiendo el planning inicial. Los recibo personalmente junto a Chloe. Son profesionales, amables y están claramente impresionados por el resort. Les enseño sus villas, les explicamos el plan y les damos total libertad para los

directos. Nash se une un rato y su carisma natural ayuda a que se sientan cómodos.

Mientras les muestro la playa privada, siento su mirada sobre mí. No dice nada, pero la tensión entre nosotros es palpable.

El primer directo es al atardecer, desde la playa. El influencer principal, Erik, (un chico con más de ochocientos mil seguidores) empieza a grabar. Yo estoy un poco apartada, coordinando con el equipo, cuando Nash se acerca por detrás.

—Está funcionando —murmura él, mirando el móvil donde el número de espectadores no para de subir—. Ya van por los veinte mil.

—Solo es el principio —respondo, sin apartar la vista de Erik—. Espera a que haga el directo desde la villa esta noche. Las vistas del acantilado con la luna son imbatibles.

Nash se gira hacia mí. Por un momento, el ruido de las olas y las voces del equipo parecen desaparecer.

—Eres increíble, Mila. De verdad. Haces que todo parezca fácil.

El cumplido me pilla desprevenida.

—Solo estoy haciendo mi trabajo —digo, bajando la mirada.

El atardecer tiñe todo de naranja y dorado. Por un instante, solo existimos él y yo. El directo sigue detrás, pero el mundo parece reducirse a nosotros dos.

—¡Mila! —la voz de Chloe nos interrumpe—. Erik quiere saber si puede grabar también el spa.

—Ahora mismo voy —respondo, apartándome de Nash con un nudo en la garganta.

El resto de la tarde es un torbellino. Los otros dos directos salen igual de bien. Los comentarios en redes empiezan a cambiar. La gente ve la belleza real del resort, las instalaciones impecables, el personal atento. Las menciones positivas crecen exponencialmente.

Estoy exhausta pero eufórica.

Al final del día, cuando los influencers se retiran a sus villas y el equipo de Marketing se va a descansar, me encierro en mi despacho para revisar las métricas. Estoy agotada, pero el resultado merece la pena.

No sé cuánto tiempo llevo así cuando oigo pasos en la entrada.

—¿Sabes que son casi las once? —la voz de Nash me sobresalta.

Me giro. Está apoyado contra el marco de la puerta, con las mangas de la camisa remangadas y el primer botón desabrochado. Parece tan cansado como yo, pero sus ojos brillan con satisfacción.

Sin decir nada, entra en el despacho y deja sobre mi escritorio una bolsa de papel y un vaso de cartón.

Frunzo el ceño.

—¿Qué es eso?

—Un sándwich y un café.

Lo miro confundida.

—¿Cómo sabías que no había cenado?

Se encoge de hombros con total naturalidad.

—Porque llevo viéndote correr de un lado para otro desde las seis de la mañana y no te he visto parar ni cinco minutos.

Bajo la vista hacia la bolsa.

En ese momento me doy cuenta de que tiene razón.

No solo no he cenado.

Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que bebí agua.

Una sonrisa involuntaria se dibuja en mis labios.

Es un gesto pequeño.

Probablemente para él no signifique gran cosa.

Pero no puedo evitar pensar que, aunque haya dejado de insistir, Nash sigue encontrando formas de cuidar de mí.

—Gracias.

Él me dedica una pequeña sonrisa.

—Ahora sí puedes seguir salvando el resort.

Me río por lo bajo antes de desenvolver el sándwich.

—Los números son buenos. Muy buenos —le digo, señalando la pantalla.

Nash se acerca y se sitúa detrás de mí, mirando la pantalla por encima de mi hombro. Está tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo y su olor.

—Más de cien mil espectadores acumulados en los tres directos —dice, silbando bajito—. Es impresionante.

Asiento, incapaz de apartar la vista de la pantalla.

—Y eso que todavía falta que se publiquen los resúmenes de mañana. Si todo sigue así, las búsquedas del resort deberían dispararse durante la semana.

Nash guarda silencio unos segundos, observando las cifras.

—¿Sabes cuál es la mejor parte?

Giro ligeramente la silla para mirarlo.

—¿Cuál?

Una sonrisa satisfecha se dibuja en sus labios.

—Que por primera vez en semanas no tengo la sensación de que estamos perdiendo esta guerra.

Bajo la vista hacia el ordenador.

Tiene razón.

Durante los últimos días hemos estado apagando incendios constantemente, reaccionando a cada nuevo ataque, intentando contener una crisis que parecía no tener fin.

Esta noche, somos nosotros quienes llevamos la iniciativa.

No puedo evitar sonreír.

—Todavía es pronto para cantar victoria.

—Lo sé. Pero déjame disfrutar de este momento durante cinco minutos.

Una risa se me escapa sin querer.

—Cinco minutos. Ni uno más.

Nash mira el reloj y niega con la cabeza.

—En realidad, yo diría que ni cinco.

Frunzo el ceño.

—¿Perdón?

—Llevas despierta desde las seis de la mañana y tienes unas ojeras bastante más grandes de lo que te gustaría admitir. Es hora de irte a descansar.

Sonrío con resignación.

—Qué mandón eres.

Nash se ríe bajito y me ofrece su mano para ayudarme a levantarme. Cuando nuestros dedos se tocan, siento esa corriente familiar que siempre hay entre nosotros.

—Vamos. Te acompaño a tu villa.

Salimos juntos del edificio administrativo. El resort está en silencio, solo iluminado por las luces suaves de los senderos.

Caminamos sin prisa, y el silencio entre nosotros no es incómodo. Es... cómodo.

Cuando llegamos a la puerta de mi villa, Nash se detiene.

—Descansa, Mila —murmura—. Mañana nos espera Santa Barbara.

Asiento, con el corazón laténdome fuerte.

—Buenas noches, Nash.

—Buenas noches, Mila.

Se queda ahí un segundo, como si quisiera decir algo más. Al final solo sonríe y se da la vuelta.

Lo veo alejarse por el sendero y cierro la puerta con un suspiro largo. El día ha sido un éxito, pero mi cuerpo y mi mente están al límite. Me quito los zapatos, me dejo caer en el sofá y cojo el móvil. Llamo a Wendy por videollamada. Necesito una voz amiga que me devuelva a la tierra.

Responde al tercer tono. Aparece con el pelo recogido en un moño desordenado y una camiseta vieja, sentada en su sofá de Manhattan.

—¡Por fin! —exclama nada más verme—. Llevo todo el día esperando tu resumen. ¿Cómo ha ido?

Me froto la cara con una mano y sonrío, agotada.

—Ha ido bien. Muy bien, la verdad. Los tres directos han sido un éxito. Más de cien mil espectadores acumulados y los comentarios están cambiando radicalmente. La gente está empezando a defender el resort.

Wendy silba.

—Joder, Mila. Eres una máquina. ¿Y Nash? ¿Cómo se ha portado?

Dudo un segundo. Wendy arquea una ceja, sospechando inmediatamente.

—Ha sido... profesional —digo al final—. Pero también... atento. Me trajo comida esta noche porque se dio cuenta de que no había cenado. Y me acompañó a la villa.

—Entonces ¿no ha vuelto a intentar nada?

Niego con la cabeza. Y el gesto me sale extrañamente contradictorio, porque, si soy completamente sincera conmigo misma, una parte de mí se siente aliviada... y otra echa de menos que lo haga.

—No. Está siendo todo un caballero.

Wendy me observa unos segundos en silencio.

—¿Y por qué no pareces contenta? ¿No era exactamente eso lo que querías?

Bajo la mirada hacia mi regazo..

—Sí... pero, no sé, estos días... he conocido a otra versión de Nash. Y me encanta como es. Es paciente, se preocupa de verdad, admira mi trabajo, es cariñoso, divertido, atento, protector sin ser asfixiante. Y si a eso le sumas el sexo perfecto que tuvimos aquella primera noche... es el pack completo. Me está volviendo loca, Wendy. Porque cuanto más lo conozco, más me gusta. Vamos, que el universo ha decidido ponerme delante al hombre perfecto justo cuando menos me conviene.

Wendy se queda callada durante unos segundos, observándome con una expresión que conozco demasiado bien.

—¿Y si le hicieras caso?

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A lo que lleva diciéndote desde el principio. Nadie tiene por qué enterarse. Podríais ser discretos mientras estés allí.

Niego inmediatamente con la cabeza.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué?

La miro como si la respuesta fuera evidente.

—Porque es mi cliente. Y porque no soy el tipo de persona que se deja llevar sin un plan.

Wendy me sostiene la mirada unos segundos antes de arquear una ceja.

—¿Perdona? ¿Estamos hablando de la misma mujer que hace dos semanas se bañó desnuda en el océano Pacífico y, media hora después, se acostó con un completo desconocido?

Abro la boca para protestar, pero, mierda, tiene razón.

Wendy sonrío con dulzura.

—No te estoy diciendo que tires tu carrera por la borda, Mila. Solo que lo pienses. Después de todo lo que pasaste con Louis, te mereces volver a sentirte feliz. Aunque al final no salga bien. Aunque solo sea una aventura de verano que recuerdes con una sonrisa cuando vuelvas a Nueva York.

Bajo la mirada hacia el sofá.

Ni siquiera debería planteármelo.

Sin embargo, las palabras de Wendy no me parecen una locura. No porque haya decidido hacerle caso, sino porque una parte de mí agradece que alguien me diga que no estoy siendo una irresponsable por sentir todo esto.

Decido que ya he pensado suficiente en Nash por hoy.

—Bueno, cambiando de tema... —digo, apoyando la espalda en el sofá—. ¿Y tú qué? ¿Cómo siguen las cosas con Ray?

La sonrisa de Wendy desaparece al instante.

—Mal.

Frunzo el ceño.

—¿Tan mal?

Suspira mientras se recoge un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sigue rarísimo. Apenas hablamos. Llega tarde casi todos los días, está distante y cada vez que intento preguntarle qué le pasa me dice que está cansado o cambia de tema. No sé... tengo un presentimiento horrible.

Intento convencerla de que está equivocada. Que Ray lleva años loco por ella, que seguramente solo está pasando una mala racha en el trabajo y que, si hay una pareja que siempre he visto sólida, esa es la suya.

Pero, mientras hablo, ni yo misma termino de creerme mis propias palabras.

Después de lo de Louis, he dejado de pensar que el amor, por sí solo, basta para que una relación funcione.

Nos despedimos y cuelgo la llamada.

Me quedo un rato más en el sofá, mirando al techo. Las palabras de Wendy dan vueltas en mi cabeza.

Quizá tenga razón.

Quizá, por una vez, merezca la pena dejarme llevar.

19



Nash

El domingo termina siendo casi tan intenso como el sábado. Los influencers pasan el día recorriendo el resort con total libertad, grabando vídeos espontáneos, respondiendo preguntas de sus seguidores y enseñando rincones que ni siquiera se nos había ocurrido destacar en la campaña.

Mila no para ni un segundo. La veo ir de un lado para otro coordinando al equipo, resolviendo imprevistos y asegurándose de que todo salga según lo previsto. Y, como siempre, consigue que lo imposible parezca sencillo.

Cuando los despedimos a primera hora de la tarde, las cifras hablan por sí solas. Las publicaciones positivas ya superan con creces a las negativas, las reservas vuelven a entrar con normalidad y el teléfono de recepción no deja de sonar. Todavía queda trabajo por hacer, pero todos respiramos un poco más tranquilos.

Con la crisis, al menos de momento, bajo control, solo nos queda un compromiso antes de dar por terminado el fin de semana: la gala anual de la Fundación Ocean Hearts.

Llego a recepción cinco minutos antes de la hora acordada.

Kai e Imogen salieron hace un rato. Él quería pasar por Santa Bárbara con calma y enseñarle un par de sitios antes de la gala. Yo preferí quedarme terminando unas llamadas pendientes y aprovechar para recoger a Mila.

Estoy apoyado contra el capó del Range Rover, revisando el móvil sin prestarle mucha atención, cuando la veo salir por la puerta principal.

Y el mundo se detiene.

Mila camina hacia mí con un vestido negro largo que se ajusta a su cuerpo como si estuviera hecho exclusivamente para ella. La tela cae con elegancia, dejando la espalda completamente descubierta hasta la base de la columna. Lleva el pelo suelto en ondas suaves, un maquillaje sutil que resalta sus ojos y unos tacones que hacen que sus piernas parezcan infinitas. Está espectacular. Elegante, sexy y absolutamente arrebatadora.

Trago saliva. Por un segundo olvido cómo se respira.

Ella se detiene a unos metros, claramente nerviosa, y me mira de arriba abajo. Llevo un esmoquin negro clásico, camisa blanca impecable y pajarita. Nada demasiado extravagante, pero sé que me queda bien.

—Guau... —murmuro sin poder contenerme.

Mila sonríe, algo tímida, y se acerca.

—Tú tampoco estás nada mal.

Le abro la puerta del copiloto y espero a que entre. Cuando pasa a mi lado, su perfume me envuelve: algo floral y cálido que me golpea directamente en el pecho. Cierro la puerta con cuidado y rodeo el coche, intentando recuperar el control.

En cuanto arranco y salimos del resort, el silencio dentro del coche es denso, pero no incómodo. La carretera hacia Santa Barbara serpentea junto al océano, con el sol poniéndose a nuestra izquierda.

—Estás muy guapa —digo al fin, mirándola de reojo—. De verdad. Ese vestido... joder, Mila.

Ella se ríe bajito y se alisa la falda sobre los muslos.

—Gracias. Tú también estás muy elegante. El esmoquin te queda... peligrosamente bien.

Sonrío y aprieto el volante. Pienso en lo que llevo: la camisa blanca, los gemelos que fueron de mi abuelo, el reloj que me regaló cuando cumplí dieciocho. Esta noche todo parece tener más peso.

Mila se queda callada unos segundos, mirando el paisaje.

—Tengo curiosidad... ¿Cómo empezó vuestra relación con la fundación? —pregunta finalmente.

Respiro hondo.

—Mi abuelo empezó a colaborar con ella hace muchos años. Cuando era niño estuve hospitalizado varias veces por problemas respiratorios graves. Neumonías recurrentes... Pasé mucho tiempo entrando y saliendo de hospitales. La fundación ayuda al ala pediátrica del hospital de Santa Barbara. La gala anual es su evento más importante. Yo solo participo. Intento seguir el legado de mi abuelo y aportar lo que puedo.

Mila me mira con ternura.

—Es bonito —dice ella, con la voz suave—. Que sigas haciéndolo, quiero decir. Podrías simplemente firmar un cheque y ya.

—Podría. Pero no sería lo mismo.

La carretera se abre en una curva y, por un instante, las luces de Santa Bárbara aparecen a lo lejos, parpadeando contra el cielo que empieza a teñirse de naranja y morado.

La gala se celebra en la mansión histórica de los Harrington, una imponente residencia de estilo mediterráneo construida sobre un acantilado con vistas directas al océano. Es uno de los lugares más emblemáticos de la zona, con jardines iluminados, fuentes y una gran terraza que se abre al mar. Cada año, la fundación la alquila para esta noche especial.

Cuando llegamos, el valet toma el coche y entramos juntos. Nada más cruzar la entrada principal, nos encontramos con Kai e Imogen. La niña lleva un vestido rosa con brillos y una diadema a juego. En cuanto nos ve, su cara se ilumina.

—¡Mila! —exclama, corriendo hacia ella.

Imogen coge a Mila de la mano y tira de ella con entusiasmo.

—¡Ven! Está a punto de empezar el espectáculo de magia. Te he guardado un sitio, casi te lo pierdes.

Mila se ríe, sorprendida pero encantada, y se deja llevar.

—Voy, voy. No quiero perdérmelo.

Kai se acerca a mí con una sonrisa divertida mientras las vemos alejarse.

—Esa niña te ha robado a tu acompañante en menos de diez segundos.

Me encojo de hombros, sin poder borrar la sonrisa de mi cara.

—No me importa. Verlas juntas vale la pena.

Kai me da una palmada en la espalda.

—Estás perdido, hermano.

No respondo. No hace falta. Kai me conoce demasiado bien como para necesitar que se lo confirme.

Nos adentramos en el jardín principal, donde ya se ha reunido buena parte de los invitados. Camareros con bandejas de champán se mueven entre los grupos, la orquesta toca algo suave desde una

esquina de la terraza, y las luces cálidas cuelgan de los árboles como si fueran estrellas atrapadas. Al fondo, un pequeño escenario improvisado reúne a un corro de niños y adultos alrededor de un mago. Entre ellos, distingo a Imogen tirando de Mila hacia primera fila, y a Mila dejándose llevar, riendo.

Me quedo observándolas un momento. Mila se agacha ligeramente para escuchar algo que Imogen le susurra al oído y luego suelta una carcajada que llega hasta donde estoy. Ese sonido me golpea en el pecho de una forma que no esperaba.

Kai me pasa una copa de champán y bebe de la suya.

—¿Sabes qué es lo más curioso de todo esto?

Aparto la vista de Mila para mirarlo.

—¿El qué?

Señala discretamente hacia el escenario con la copa.

—Que Imogen no hace eso con cualquiera.

Frunzo ligeramente el ceño.

—¿El qué?

—Encariñarse tan deprisa. Es una niña muy sociable, pero cuando alguien le gusta de verdad... se pega a esa persona como una lapa.

Vuelvo la vista hacia ellas.

Imogen sigue completamente absorta en el espectáculo, aunque no deja de buscar la mano de Mila cada pocos segundos, como si necesitara asegurarse de que sigue ahí.

—Creo que hace mucho que no la veía conectar así con alguien
—continúa Kai.

—Supongo que a Mila se le dan bien los niños.

Kai sonríe.

—No. A Mila se le da bien Imogen. Hay diferencia.

No respondo.

Porque, por mucho que me fastidie admitirlo, también la veo.

Mila no la trata como si fuera una niña pequeña. Le habla de verdad. La escucha. Se ríe con ella en lugar de reírse de ella.

Y eso Imogen lo nota.

—¿Sabes qué me preocupa? —dice Kai de repente.

Lo miro.

—¿Qué?

—Que, si esto sigue así, dentro de una semana mi hija te va a pedir que te cases con ella.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—No seas idiota.

—No lo digo en broma. La conozco.

Vuelvo a mirar hacia el escenario.

Mila se inclina para susurrarle algo a Imogen. La niña rompe a reír y termina abrazándose a su brazo.

Una sonrisa se instala en mi cara sin que pueda evitarlo.

—Estás sonriendo como un imbécil —murmura Kai.

Bajo la vista hacia la copa de champán.

Mierda.

Ni siquiera me había dado cuenta.

El resto de la velada transcurre entre saludos a gente conocida: inversores, socios de la fundación, familias de la zona. Hablo con varios de ellos, pero mi atención siempre vuelve al escenario. Cuando termina el espectáculo de magia, Imogen se va corriendo con otros niños a una zona de actividades infantiles que han

preparado. Mila se despide de ella con un abrazo y camina de vuelta hacia nosotros.

Cuando llega a mi lado, tiene las mejillas ligeramente sonrosadas y una sonrisa que no le cabe en la cara.

—Esa niña es un torbellino —dice, riendo.

—Bienvenida al club —responde Kai, divertido.

Mila me mira. Yo le sostengo la mirada un segundo más de lo necesario.

Hoy está tan guapa que es difícil mantener los pensamientos indebidos a raya. No dejo de imaginar cómo sería llevarla a algún rincón más oscuro de esta mansión, subirle esa falda elegante y follármela contra la pared mientras la orquesta sigue tocando a lo lejos. La idea es tan vívida que tengo que apretar la copa de champán con más fuerza para no hacer ninguna estupidez.

Kai parece notar la tensión y carraspea.

—Voy a ver cómo está Imogen. Os dejo un rato.

Se marcha con una sonrisa cómplice. Nos quedamos solos.

Mila da un pequeño sorbo a su copa y me mira por encima del borde.

—Esto es precioso —dice, señalando los jardines iluminados y el mar al fondo—. Gracias por traerme.

—No hay nadie más con quien preferiría estar aquí.

El aire entre nosotros se carga. Ella se muerde el labio inferior y yo tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no besarla aquí mismo, delante de todo el mundo.

La orquesta empieza a tocar una melodía más lenta, más íntima. Varias parejas se dirigen hacia la pista de baile improvisada en la terraza.

Mila me mira, con un brillo travieso en los ojos.

—¿Bailas conmigo?

Le ofrezco mi mano sin dudar.

—Sería un honor.

Cuando sus dedos se entrelazan con los míos, siento esa corriente familiar que siempre hay entre nosotros. La llevo hacia la pista y, al rodearle la cintura, mi mano se posa en su espalda desnuda. Su piel está caliente. Suave. Perfecta.

Bailamos despacio, muy cerca. Su perfume me envuelve. Su aliento roza mi cuello.

Durante unos segundos consigo olvidarme de todo.

Del resort.

De la gala.

De la gente que nos rodea.

Solo existe ella.

Solo existe la forma en que su mano descansa sobre mi hombro y cómo encaja entre mis brazos con una naturalidad que me resulta peligrosamente adictiva.

Levanta la cabeza para mirarme.

—No sabía que bailabas tan bien.

Sonrío.

—Mi abuelo decía que un caballero debía saber defenderse en una pista de baile.

Ella suelta una risa baja.

—Tu abuelo era un hombre muy sabio.

—Lo era.

Nuestros pasos siguen el ritmo lento de la orquesta. Por primera vez en toda la noche siento que nada puede estropear este

momento.

Hasta que una voz femenina rompe la burbuja.

—Hola, Nash.

Mi cuerpo se queda completamente rígido.

Reconocería esa voz entre un millón.

Mila también lo nota. Se aparta apenas unos centímetros y gira la cabeza.

Yo hago lo mismo.

Jewel está a escasos metros de nosotros.

Lleva un vestido rojo de corte sirena que atrae todas las miradas de la terraza, el cabello rubio recogido en un elegante moño y una copa de champán en la mano. Sonríe, pero conozco demasiado bien esa sonrisa.

No tiene absolutamente nada de amable.

Sus ojos pasan de mí a Mila con una calma inquietante, evaluándola de arriba abajo sin el menor disimulo.

Después vuelve a mirarme.

—Cuánto tiempo.

El corazón me da un vuelco.

Porque de todas las personas que podían aparecer esta noche... Jewel era, probablemente, la última que esperaba encontrar aquí.

20



Mila

Bailamos despacio, muy cerca. Su mano en mi espalda desnuda me quema de la forma más deliciosa. Su perfume, su calor, la forma en que me mira... Todo es demasiado. Por unos segundos consigo olvidarme de todo: del trabajo, de las reglas, de las consecuencias. Solo existimos nosotros dos y esta melodía lenta que nos envuelve.

—No sabía que bailabas tan bien —susurro, levantando la cabeza para mirarlo.

Nash sonríe, esa sonrisa torcida que me desarma.

—Mi abuelo decía que un caballero debía saber defenderse en una pista de baile.

Me río bajito.

—Tu abuelo era un hombre muy sabio.

—Lo era.

Nuestros pasos siguen el ritmo. Su mano sube un poco más por mi espalda y un escalofrío me recorre. Estoy a punto de cerrar los

ojos y apoyar la cabeza en su pecho cuando una voz femenina, suave pero cortante, rompe el momento.

—Hola, Nash.

Siento cómo todo su cuerpo se tensa al instante. Su mano se detiene en mi espalda. Me aparto apenas unos centímetros y giro la cabeza.

Una mujer rubia espectacular está a escasos metros de nosotros. Lleva un vestido rojo intenso que se ajusta a su figura como una segunda piel, el cabello recogido en un moño elegante y una copa de champán en la mano. Es guapa de una forma casi intimidante. Y la forma en que mira a Nash... como si lo conociera muy bien... me pone en alerta inmediatamente.

—Cuánto tiempo.

Nash respira hondo y su brazo se aprieta un poco más alrededor de mi cintura, protector.

—Jewel —dice con voz neutra, pero noto la tensión en su cuerpo—. No esperaba verte aquí.

Ella sonríe, pero la sonrisa no llega a sus ojos.

—He venido contigo todos los años. ¿Por qué este iba a ser diferente? Al fin y al cabo, sigue siendo por una buena causa.

Sus ojos se deslizan lentamente hacia mí.

Me observa de arriba abajo con una calma que me resulta mucho más abrumador que cualquier gesto de desprecio.

Después vuelve a mirar a Nash.

—¿No vas a presentarnos?

Nash tarda apenas un segundo en responder.

—Claro. Jewel, ella es Mila Maddox, la consultora que está ayudándonos con la crisis de reputación del resort. Mila... ella es Jewel.

La forma en que pronuncia su nombre basta para que todas las piezas encajen de golpe.

Jewel.

La mujer con la que estuvo casi diez años.

La mujer de la que Kai me habló.

La mujer que, hasta hace unos meses, probablemente ocupaba el lugar donde ahora estoy yo.

Ella me tiende la mano.

—Encantada de conocerte.

Le estrecho la mano, esbozando una sonrisa forzada.

—Igualmente.

—El otro día me encontré a Kai y me habló de la crisis de reputación que estáis atravesando. Me dijo que habíais encontrado a una consultora brillante para ayudar con todo este lío.

Asiento.

—Eso intento.

—Y por lo que he oído, lo estás consiguiendo.

Su tono es sincero. O, al menos, lo parece. Después vuelve a mirar a Nash.

—No quiero entreteneros más. Solo quería saludar.

Se da la vuelta con elegancia y se aleja entre la gente, dejando tras de sí un rastro de perfume caro y una tensión que se me pega a la piel.

Nash exhala con fuerza y me acerca más contra él, como si quisiera borrar lo que acaba de pasar.

—Lo siento —murmura contra mi pelo—. No esperaba que estuviera aquí.

Me aparto lo suficiente para mirarlo a los ojos. Su mandíbula está tensa, y en su mirada hay una mezcla de fastidio y algo más que no consigo identificar.

—Ella es tu ex, ¿verdad? Con la que estuviste diez años.

Mi pregunta le pilla desprevenido.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Kai me habló de ella hace unos días. Estábamos en la playa con Imogen y... salió el tema.

Nash deja escapar el aire despacio, como si acabara de soltar una tensión que ni siquiera sabía que estaba acumulando.

—Sí. Jewel es mi ex. Rompimos hace seis meses.

El silencio que sigue es pesado. La música sigue sonando a nuestro alrededor, pero ya no me parece tan romántica. Ahora solo es un fondo para esta conversación que no esperaba tener esta noche.

—¿Por qué rompisteis? —pregunto en voz baja.

Nash tarda unos segundos en responder. Su pulgar acaricia distraídamente mi espalda desnuda.

—Porque ella quería una vida que yo ya no quería. Viajes constantes, eventos, vivir entre Nueva York, Londres y París... Yo, en cambio, quería quedarme en el resort. —Hace una breve pausa antes de continuar—. En nuestra última discusión me dijo que llevaba años sintiendo que competía contra el Golden Dolphin por mi atención. Que siempre había una reunión más importante, una reforma urgente o un problema que resolver. Y, si soy sincero... creo que tenía bastante razón.

—Entiendo.

Sonríe con tristeza.

—Supongo que ninguno de los dos era feliz viviendo la vida del otro. Ella acabó sintiendo que este lugar me importaba más que

nuestra relación y yo terminé sintiendo que, cada vez que me alejaba unos días, el resort se caía a pedazos. Intentamos encontrar un punto intermedio durante mucho tiempo, pero llegó un momento en el que los dos estábamos renunciando a cosas demasiado importantes. Al final entendimos que seguir juntos significaba pedirle al otro que dejara de ser quien era. Y eso nunca me habría parecido justo.

Asiento despacio. La canción cambia y nos alejamos de la pista de baile. Estoy un poco abrumada ahora mismo. No es que conocer a la ex de Nash cambie nada, pero oírlo hablar de ella con esa mezcla de nostalgia y alivio me remueve.

Justo entonces aparece Imogen corriendo hacia nosotros, con la cara iluminada de emoción.

—¡Mila! ¡Ven! Hay una actividad de hacer pulseras de flores y quiero que hagamos una juntas. ¡Por favor!

Me coge de la mano y tira de mí con esa energía imparable que tiene. Miro a Nash por encima del hombro. Él sonríe, resignado pero divertido.

—Ve —dice—. Yo te espero aquí.

Agradezco la interrupción más de lo que estoy dispuesta a admitir. Dejo que Imogen me arrastre hacia la zona de actividades infantiles, agradeciendo el respiro. Necesito unos minutos para procesar todo lo que acaba de pasar.

Pero mientras hago pulseras con Imogen y la oigo reír, no puedo dejar de pensar en Nash... y en la sombra de Jewel que, de repente, parece mucho más presente de lo que me gustaría.

No sé cuánto rato pasamos en la zona infantil. Después de las pulseras, Imogen insiste en hacer coronas de flores, luego pintamos pequeños cuadros con acuarelas y, finalmente, participamos en un taller de hacer pompas de jabón gigantes. La niña está en su elemento, riendo y manchándose las manos, y su alegría es contagiosa. Por unos minutos consigo desconectar de todo.

Cuando terminamos, Imogen se une a un grupo de niñas que están jugando a las escondidas y yo voy en busca de Nash.

Ahora me siento más tranquila. Pero entonces lo veo hablando con Jewel.

Están un poco apartados, cerca de una de las fuentes iluminadas. Jewel gesticula con elegancia mientras habla y Nash tiene las manos en los bolsillos, escuchándola con expresión seria. No parecen discutir, pero la cercanía entre ellos me produce un nudo incómodo en el estómago.

Me detengo a unos metros y decido cambiar de rumbo. Me dirijo hacia la barra y pido una copa de vino blanco. Necesito algo suave que me ayude a calmar los nervios.

Estoy dando el primer sorbo cuando el anfitrión de la gala sube al pequeño escenario. Las luces se atenúan ligeramente y la orquesta deja de tocar. Todos los invitados se giran hacia él.

El hombre, un señor mayor de aspecto distinguido, da un discurso emotivo sobre la importancia de la fundación, los niños a los que ayudan y el legado de su familia. La gente aplaude con calidez al final.

Cuando el discurso termina y la música vuelve a sonar, siento una presencia a mi lado.

Nash.

Se coloca junto a mí en la barra, tan cerca que su brazo roza el mío.

—¿Cómo han ido las pulseras? —pregunta con una sonrisa suave, claramente divertido.

Me río bajito y levanto la muñeca para enseñarle la pulsera de flores que Imogen y yo hemos hecho.

—Bastante bien, aunque creo que tengo purpurina hasta en el pelo. Imogen es una artista muy exigente.

Nash coge mi muñeca con delicadeza y observa la pulsera con una ternura que me derrite.

—Es preciosa. Te queda perfecta.

Su pulgar acaricia suavemente el interior de mi muñeca y un escalofrío me recorre. Estamos a punto de decir algo más cuando una vocecita familiar nos interrumpe.

—¡Tío Nash!

Imogen aparece corriendo, con el vestido rosa lleno de brillos y una sonrisa enorme. Sin dar tiempo a nada, coge la mano de Nash y tira de él hacia la pista de baile.

—¡Tienes que bailar conmigo! ¡Es la tradición!

Nash se ríe y me mira con resignación divertida.

—Parece que me reclaman.

—Ve —digo, sonriendo—. No puedes negarte a la tradición.

Imogen no pierde el tiempo. Lleva a Nash al centro de la pista y, con toda la naturalidad del mundo, se sube encima de sus zapatos para que él la sostenga mientras bailan. Nash la sujeta con cuidado, riendo, y empieza a moverse con ella al ritmo de la música. Imogen está en la gloria, riendo a carcajadas cada vez que Nash da una vuelta exagerada.

Los observo desde la barra, con el corazón calentito. Ver a Nash bailando con Imogen, paciente y cariñoso, hace que algo dentro de mí se derrita un poco más.

Pero también hace que me pregunte cómo sería tener algo real... con él.

Nash levanta la vista en un momento y nuestras miradas se encuentran. Me sonrío, y yo le devuelvo la sonrisa.

La fiesta termina poco a poco. La gente se va despidiendo y los jardines se van quedando más tranquilos. Kai aparece con Imogen dormida en sus brazos, la cabeza apoyada en su hombro y el vestido rosa arrugado.

—Se ha quedado frita —dice Kai en voz baja, sonriendo—. Ha sido un día muy largo para ella.

Nash se acerca y acaricia suavemente el pelo de la niña.

—Se lo ha pasado en grande.

Kai asiente y se despide de mí con una sonrisa cansada.

—Gracias por todo, Mila. De verdad.

—Ha sido un placer.

Nos despedimos y Nash y yo caminamos juntos hacia el aparcamiento. El aire de la noche es fresco y el sonido del mar se oye de fondo. Cuando llegamos al Range Rover, Nash me abre la puerta del copiloto como siempre.

Subo y, mientras él rodea el coche, me permito cerrar los ojos un segundo. Ha sido una noche intensa. La gala, Jewel, el baile, Imogen... todo se mezcla en mi cabeza.

Nash entra y arranca el motor. Me mira un momento antes de salir del aparcamiento.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

Asiento, aunque no estoy del todo segura.

—Solo cansada. Ha sido un día muy largo.

—Cierra los ojos un rato. Cuando lleguemos te aviso.

Obedezco, aunque no me quedo dormida. El viaje de vuelta al resort transcurre en un silencio cómodo. Cuando llegamos al resort y aparca frente a mi villa, abro los ojos, desperezándome, pero no me muevo inmediatamente.

Nash se gira hacia mí.

—Gracias por venir conmigo esta noche.

Sonríó.

—Gracias a ti por invitarme.

Nos miramos en silencio. El deseo sigue ahí, latente, pero ninguno de los dos da el siguiente paso.

El silencio vuelve a instalarse entre los dos.

Apoyo la mano en el tirador de la puerta, pero no llego a abrirla.

Hay algo que no deja de darme vueltas en la cabeza.

Respiro hondo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Él asiente sin apartar la vista de mí.

—Claro.

Bajo la mirada un instante.

—¿Todavía quieres a Jewel?

El silencio se alarga.

Nash no responde enseguida. Se queda mirando el parabrisas, con los dedos tamborileando una vez sobre el volante.

—No lo sé... —admite al fin—. Hasta esta noche estaba convencido de que sí.

—¿Y ahora?

Esboza una sonrisa cansada.

—Ahora creo que llevaba demasiado tiempo confundiendo el cariño con el amor. Diez años son muchos años, Mila. Pensaba que al verla volvería a sentir algo. Pero cuando hoy la he tenido delante... me he dado cuenta de una cosa.

—¿De cuál?

Gira la cabeza hacia mí.

—Que mientras hablaba conmigo no dejaba de buscarte a ti con la mirada.

Noto un vuelco en el estómago.

Él baja la vista unos segundos y deja escapar una pequeña risa, casi avergonzado.

—Quería saber dónde estabas, si seguías con Imogen o si te habías cansado de esperarme. Y entonces entendí que mis sentimientos por Jewel habían cambiado. Porque ahora siento algo por ti.

No sé qué responder.

Mi corazón late demasiado deprisa.

—No te estoy diciendo esto para presionarte —añade enseguida—. Ni espero que cambies de opinión respecto a lo que acordamos. Te prometí que respetaría tus límites y pienso hacerlo. Solo... me has preguntado si seguía sintiendo algo por ella y he preferido ser sincero.

Lo observo en silencio. No hay segundas intenciones en su mirada, ni esa chispa traviesa con la que solía provocarme. Solo encuentro sinceridad. Una sinceridad tan desarmante que, por primera vez desde que lo conocí, deja de darme miedo.

Me acaba de decir que ya no quiere a la mujer con la que compartió casi diez años de su vida. Y no me lo ha dicho para convencerme de nada. Simplemente ha contestado a una pregunta que yo misma le he hecho.

Él espera que diga algo con una paciencia infinita, sin decir una sola palabra. Y esa paciencia termina de romper la última barrera que todavía seguía levantando entre nosotros.

Me acerco despacio.

Veó cómo contiene la respiración, pero no hace el menor intento por acortar la distancia. Me deja elegir. Me deja decidir. Como lleva haciendo desde aquella conversación en el Ocean Bar.

Sonrió muy levemente.

—¿Sabes una cosa? —murmuro casi sin voz.

Frunce ligeramente el ceño.

—¿Qué?

—Creo que Wendy tenía razón.

No le doy tiempo a preguntar a qué me refiero ni quién es Wendy.

Apoyo una mano en su mejilla, noto el calor de su piel bajo mis dedos y termino de inclinarme hacia él.

Esta vez no hay dudas.

Esta vez no huyo.

Esta vez soy yo quien toma la decisión.

Y, cuando por fin nos besamos, todas las razones por las que llevaba semanas intentando mantenerme alejada dejan de importar.

21



Mila

El beso me consume por completo.

Nash inclina la cabeza y sus labios rozan los míos con una dulzura que me hace temblar. Al principio es suave, casi reverente. Sus labios son cálidos y firmes, explorando los míos con lentitud deliberada. Pero cuando entreabro la boca y mi lengua roza tímidamente la suya, algo se desata en él.

Un gruñido bajo vibra en su pecho. Su mano se hunde en mi nuca, sujetándome con posesión mientras profundiza el beso. Su lengua invade mi boca con hambre, acariciando, enredándose, saboreándose como si estuviera sediento.

El interior del coche se llena de sonidos húmedos: el roce de nuestras lenguas, nuestras respiraciones agitadas, los pequeños gemidos que escapan de mi garganta sin que pueda contenerlos.

Siento el calor de su cuerpo presionando contra el mío. El vestido se ha subido por mis muslos y el cuero frío del asiento contrasta con el fuego que recorre mi piel.

Nash se inclina más sobre la consola central, su pecho ancho aplasta mis pechos. Una de sus manos baja por mi espalda desnuda, trazando la línea de mi columna con los dedos, provocándome escalofríos.

Lo beso con más desesperación.

Tiro de su pelo castaño, mordisqueo su labio inferior y él responde con un mordisco que me hace gemir. Nuestras lenguas bailan de forma salvaje, húmeda, casi obscena.

Siento su erección dura presionando contra mi muslo a través de la tela del pantalón. Estoy empapada. Ardiendo. Cada caricia de su lengua entre mis labios me hace imaginar cómo se sentiría esa misma lengua entre mis piernas. Como la otra vez.

—Nash... —jadeo contra su boca, casi sin aliento.

Él no responde con palabras. Solo gruñe y me besa con más intensidad, devorándome. Su mano aprieta mi cintura, atrayéndome contra él como si quisiera fundirnos. El beso se vuelve más profundo, más sucio. Nuestros dientes chocan. Nuestros alientos se mezclan. El mundo fuera del coche deja de existir. Solo estamos él, yo y este deseo que llevamos reprimiendo durante semanas.

Cuando por fin nos separamos, los dos jadeamos con fuerza. Mis labios están hinchados y sensibles. Los suyos también. Tiene el pelo revuelto por mis dedos y los ojos azules completamente oscurecidos por el deseo.

—Nash... —susurro, con la voz ronca—. Entra conmigo.

Él cierra los ojos un segundo, respirando con dificultad, claramente luchando por controlarse.

—Mila, no tenemos que hacer nada que no quieras —murmura, apoyando su frente contra la mía—. Podemos parar aquí. Puedo acompañarte a la puerta y despedirme como un caballero...

—No —lo interrumpo, besándolo otra vez con suavidad pero firmeza—. Quiero esto. Te quiero a ti. Entra. Por favor.

Nash me mira fijamente durante un largo segundo. Luego asiente, despacio.

—De acuerdo.

Sale del coche, rodea el vehículo y me abre la puerta con caballerosidad. Me toma de la mano mientras caminamos hacia la villa. Mis tacones resuenan en el sendero iluminado. El corazón me late tan fuerte que creo que él puede oírlo.

Nada más cerrar la puerta detrás de nosotros, Nash me empuja suavemente contra la madera y vuelve a besarme. Esta vez no hay contención alguna. Sus manos recorren mi cuerpo con avidez: bajan por mis costados, aprietan mi cintura, suben hasta mis pechos por encima del vestido. Gimo en su boca cuando sus pulgares rozan mis pezones ya duros como piedras.

—Llevo días intentando convencerme de que podía conformarme con ser tu amigo... y creo que nunca me lo he creído del todo.

Lo beso con más fuerza y tiro de su pajarita hasta deshacer el nudo. Mis dedos tiemblan de anticipación mientras desabrocho los botones de su camisa. Cuando por fin consigo abrirla, paso las manos por su pecho desnudo, sintiendo cada músculo tenso, el calor de su piel, el latido acelerado de su corazón.

Nash gruñe y me levanta en brazos como si no pesara nada. Mis piernas rodean su cintura de forma instintiva. Me lleva hasta el dormitorio sin dejar de besarme, devorando mi boca con urgencia.

Me deposita sobre la enorme cama y se queda de pie un momento, mirándome como si fuera un sueño. Se quita la camisa del todo y la tira al suelo. Su torso es perfecto: hombros anchos, abdominales marcados, esa V profunda que desaparece bajo el pantalón. Se arrodilla entre mis piernas y sube el vestido lentamente por mis muslos, dejando besos calientes en cada centímetro de piel que descubre.

—Quiero saborearte —murmura contra el interior de mi muslo—. ¿Puedo?

—Sí —jadeo, abriendo más las piernas para él—. Por favor, Nash.

Baja la cabeza. Sus labios rozan el borde de mis bragas de encaje. Las desliza por mis piernas con una lentitud tortuosa y luego su boca está ahí, caliente y hambrienta.

Su lengua lame mi hendidura de abajo arriba en un lametón largo y lento que me arranca un grito ahogado. Succiona mi clítoris hinchado entre sus labios y yo arqueo la espalda, clavando los dedos en las sábanas. Introduce dos dedos gruesos dentro de mí, follándome con ellos mientras su lengua no da tregua.

—Tan mojada... —gruñe contra mi sexo—. Joder, Mila, estás empapada para mí.

Me retuerzo contra su cara. Gimo su nombre una y otra vez. Muevo las caderas buscando más fricción. El orgasmo me golpea como una ola gigantesca. Me corro con un grito largo, temblando violentamente alrededor de sus dedos y su lengua. Nash sigue lamiendo suavemente, alargando el placer hasta que quedo sensible y jadeante.

Solo entonces sube por mi cuerpo y me besa en la boca. Siento mi propio sabor dulce y salado en sus labios.

Ahora quiero ser yo quien lo vuelva loco.

Le bajo los pantalones y los bóxers de un tirón. Su polla salta libre, gruesa, venosa y completamente dura. La cabeza brilla con líquido preseminal. La agarro por la base y lamo desde los testículos hasta la punta en un lametón lento y provocador. Nash suelta un gruñido gutural.

Me la meto en la boca despacio, bajando centímetro a centímetro hasta que toca el fondo de mi garganta. Chupo con fuerza, moviendo la cabeza arriba y abajo, usando la mano para

masturbar la parte que no me cabe. Lo hago más húmedo, más profundo, gimiendo alrededor de su grosor. Sus caderas se mueven suavemente, follándome la boca.

—Hostia, Mila... Qué boca tienes —gruñe, enredando los dedos en mi pelo.

Cuando noto que está a punto de correrse, me aparto. Abro el cajón de la mesita y saco un condón. Se lo paso. Nash lo abre con los dientes y se lo coloca rápidamente sobre su polla gruesa y palpitante.

Me gira con facilidad y me pone a cuatro patas. Me sube el vestido hasta la cintura y acaricia mi culo con ambas manos, apretando la carne.

—Así... Joder, qué vista más perfecta —gruñe.

Siento la cabeza gruesa de su polla presionando contra mi entrada empapada. Entra de un solo empujón profundo, llenándome por completo. Grito de placer. Está tan grueso, tan duro. Empieza a follarme con embestidas largas y potentes. Cada golpe hace que mis tetas se balanceen y que un gemido se me escape.

Dios... esto es otra cosa. El sexo con Louis siempre fue correcto, ordenado, casi clínico. Rápido, predecible y nunca realmente satisfactorio. Con Nash es salvaje, intenso, animal. Cada embestida me llena de una forma que nunca creí posible. Ser imprevisible con él tiene todo el sentido del mundo. Por primera vez, entiendo que la locura puede ser maravillosa.

Nash cambia el ángulo y toca ese punto perfecto dentro de mí. Me vuelve loca. Entonces me tumba boca abajo, levanta mis caderas y me abre bien las piernas. Me folla así, profundamente, con su pecho pegado a mi espalda, mordiendo mi hombro mientras su polla entra y sale con fuerza brutal.

Es obsceno. Salvaje. Perfecto.

—Córrete para mí, Mila —me ordena al oído con voz ronca—. Quiero sentir cómo me aprietas la polla.

Y lo hago. Me corro con un grito ahogado, temblando violentamente alrededor de él. Nash gruñe, acelera el ritmo y se corre con fuerza dentro del condón, empujando hasta el fondo mientras su cuerpo se tensa contra el mío.

Caemos exhaustos sobre la cama, sudorosos y jadeando. Nash se deshace del condón con rapidez, me atrae contra su pecho y besa mi sien con una ternura que contrasta con la intensidad de hace unos minutos.

Me acurruco un poco más contra su pecho mientras escucho el latido tranquilo de su corazón.

Y, por primera vez desde que llegué a California, dejo de pensar en todo lo que podría salir mal y simplemente disfruto de estar exactamente donde quiero estar.



Nash

La luz del amanecer se filtra suavemente a través de las cortinas blancas de la villa, tiñendo todo de un tono dorado cálido.

Abro los ojos despacio y lo primero que veo es a ella.

Mila duerme plácidamente a mi lado, completamente desnuda. Su pelo castaño está revuelto sobre la almohada, los labios aún ligeramente hinchados por los besos de anoche, y una de sus piernas está enredada entre las mías. La sábana apenas cubre su cintura, dejando a la vista la curva perfecta de sus pechos y la suave piel de su vientre.

Joder. Es preciosa.

Mi cuerpo reacciona al instante. La polla se me pone dura solo con mirarla. Anoche fue increíble, pero no fue suficiente. Con Mila nunca es suficiente.

Me incorporo con cuidado, apoyándome en un codo. Ella sigue dormida, respirando de forma tranquila y profunda. Una sonrisa se me escapa. Anoche se entregó por completo, sin reservas, y ahora parece un ángel exhausto.

No puedo resistirme.

Me deslizo bajo las sábanas con lentitud, teniendo cuidado de no despertarla todavía. Separo suavemente sus piernas y me coloco entre ellas.

Beso el interior de su muslo izquierdo, luego el derecho. Subo despacio, dejando un rastro de besos húmedos. Cuando llego a su centro, inhalo su aroma y siento que se me hace la boca agua.

Paso la lengua lentamente por toda su hendidura. Mila se remueve un poco pero no despierta. Repito el movimiento, esta vez presionando más, saboreándola. Está ligeramente húmeda, dulce, adictiva.

Succiono su clítoris con suavidad entre mis labios. Lo rodeo con la lengua en círculos lentos. Mila suelta un pequeño gemido en sueños y sus caderas se mueven un poco. Sonríó contra su piel y sigo.

Introduzco la punta de la lengua en su entrada, follándola suavemente, y luego vuelvo a subir para concentrarme en su clítoris. Lo succiono con más fuerza, lamiendo rápido de lado a lado.

—Mmm... —gime ella, aún medio dormida.

Sus piernas se abren más de forma instintiva. Perfecto.

Añado dos dedos, deslizándolos dentro de ella con facilidad. Está mojándose por momentos. Los curvo buscando ese punto que sé que la vuelve loca y empiezo a moverlos con un ritmo constante mientras mi lengua no deja de trabajar sobre su clítoris.

Mila jadea más fuerte. Sus caderas se mueven contra mi cara.

—Nash... —murmura con voz ronca, despertando por fin.

Levanto la vista sin dejar de lamerla. Nuestras miradas se encuentran. Tiene los ojos entreabiertos, llenos de placer y sorpresa. Sus mejillas están sonrosadas y los labios entreabiertos.

—Buenos días —gruño contra su coño, y vuelvo a succionar su clítoris con fuerza.

—Dios... —gime, arqueando la espalda. Sus dedos se enredan en mi pelo, tirando de él—. Nash... joder...

Acelero el movimiento de mis dedos, follándola más rápido, más profundo. Mi lengua lame y succiona sin piedad. Siento cómo sus muslos tiemblan alrededor de mi cabeza.

—Menudo despertar... —jadea, moviendo las caderas contra mi boca—. No pares... por favor...

No pienso parar. Quiero que se corra en mi lengua. Quiero saborear cada gota de su placer.

Succiono su clítoris con más intensidad y froto ese punto dentro de ella con los dedos. Mila se tensa. Sus gemidos se vuelven más altos, más desesperados.

—Nash... ¡Sí! ¡Me corro!

Su orgasmo explota con fuerza. Aprieta mi cabeza contra su sexo mientras tiembla violentamente, inundándome con su sabor. Sigo lamiendo suave y lentamente, alargando el placer hasta que queda temblando y sensible.

Solo entonces subo por su cuerpo, besando cada centímetro de piel que encuentro a mi paso. Cuando llego a su boca, la beso profundamente para que se pruebe a sí misma.

—Buenos días de verdad —murmuro contra sus labios, sonriendo.

Mila suelta una risa entrecortada, aún recuperando el aliento. Sus ojos brillan con satisfacción y algo más profundo. Me rodea el cuello con los brazos y me besa otra vez.

—Esto sí que es una buena forma de empezar el día —susurra

—Pues prepárate, porque pienso despertarte así más a menudo.

Ella se ríe suavemente y esconde la cara en mi cuello.

Anoche cruzamos una línea importante. Hoy, en la luz clara de la mañana, no hay arrepentimientos. Solo ganas de más. De ella. De todo lo que podamos construir juntos, aunque sea complicado.

Mila se estira contra mí, perezosa y satisfecha.

—¿Qué hora es? —pregunta con voz aún ronca de sueño.

Miro el reloj en la mesita.

—Poco más de las siete. —Ella suspira—. ¿Por qué?

—Es lunes, Nash. Tenemos trabajo, ¿recuerdas? La crisis del resort no se va a resolver sola.

Me quejo contra su cuello, abrazándola más fuerte y besando la piel suave debajo de su oreja.

—¿Y si hacemos campana? —propongo, mordisqueando suavemente—. Solo un día. Tú y yo, encerrados aquí. Sin reuniones, sin correos, ni reseñas falsas. Solo esto.

Mila se ríe, pero niega con la cabeza, aunque noto que le cuesta.

—La crisis del resort no permite campanas, señor Langford. Además, Chloe y el equipo de Marketing me esperan a las nueve para revisar los resultados de los directos del fin de semana.

Gruño y ruedo sobre ella, atrapándola bajo mi cuerpo. Mi polla se apoya contra su muslo.

—Podemos llegar tarde... —murmuro, besando su cuello, bajando hacia sus pechos—. Dame media hora más y te prometo que valdrá la pena.

Mila gime bajito cuando succiono uno de sus pezones, pero pone las manos en mis hombros y me empuja con suavidad.

—Nash... —advierte, aunque su voz suena tentada—. Anoche ya fue una locura. Si seguimos así, no voy a poder caminar derecho en todo el día.

—Eso suena como un plan excelente —respondo, sonriendo contra su piel.

Ella se ríe y me da un empujón más firme.

—Levántate. Necesito una ducha y tú también. Y después... vuelta a la realidad.

Suspiro dramáticamente, pero termino rodando a un lado. Mila se incorpora, dejando que la sábana caiga revelando su cuerpo desnudo. Me quedo mirándola sin disimulo.

—Eres peligrosa por las mañanas —murmuro.

—Y tú eres insaciable —responde ella, inclinándose para darme un beso rápido antes de levantarse.

La observo mientras camina hacia el baño, admirando el balanceo de sus caderas. Antes de entrar, se gira y me mira por encima del hombro.

—¿Vienes?

No necesito que me lo diga dos veces.

Me levanto de un salto y la sigo. El agua caliente cae sobre nosotros minutos después. La beso bajo el chorro, despacio, saboreando la mañana. Mis manos enjabonan su cuerpo y las suyas recorren el mío. No follamos, pero las caricias son íntimas, cargadas de promesas.

Mientras nos vestimos, la realidad empieza a filtrarse. Mila se pone un traje pantalón azul marino que le queda espectacular.

Yo, en cambio, tengo que ponerme la misma ropa de anoche: el esmoquin arrugado que todavía huele a la gala. Me miro en el espejo y hago una mueca.

—Tengo que pasar por mi villa antes de ir al despacho —digo mientras me abotono la camisa—. No puedo presentarme así en una reunión.

Mila se acerca por detrás y me rodea la cintura, mirándonos a ambos en el reflejo.

—Te queda bien el look de «noche intensa» —bromea, besando mi espalda—. Pero sí, mejor que te cambies. No queremos darles carnaza a los cotilleos.

Mila prepara café en la pequeña cocina de la villa. Nos sentamos en la isla, aún con el pelo húmedo. El aroma del café llena el ambiente mientras el sol entra por los grandes ventanales.

Doy un sorbo a mi taza, observándola por encima del borde. Está guapísima. Bueno, miento. Es guapísima.

—Mila... —digo en voz baja—. Sobre lo de anoche... y lo de esta mañana. ¿Significa esto que tengo tu aprobación para que se repita?

Ella levanta la mirada de su taza. Por un segundo se queda callada, mordiéndose el labio inferior. Luego sonrío, con una sonrisa pequeña y traviesa que me encanta.

—Significa que ya no quiero seguir luchando contra esto —responde con sinceridad—. Me gusta estar contigo. Me gusta cómo me haces sentir. Y sí... quiero que se repita. Pero tenemos que ser muy cuidadosos, Nash. Nadie puede enterarse.

—¿Ni siquiera Kai?

Ella duda.

—Bueno... Kai es diferente —admite finalmente—. Confío en él. Es tu mejor amigo y socio, y ya sospecha que algo pasa entre nosotros. Si alguien tiene que saberlo, prefiero que sea él. Pero solo él. Nadie más.

Sonrío, aliviado.

—Trato hecho. Solo Kai.

Mila asiente y da un último sorbo a su café.

—Ahora ve a cambiarte a tu villa. Nos vemos en la reunión de las nueve. Y compórtate, señor Langford.

Me guiña un ojo antes de dirigirse al dormitorio para terminar de arreglarse. Me quedo un momento más en la cocina, sonriendo como un tonto.

El día acaba de mejorar considerablemente.

Sé que aún nos queda mucho de lo que hablar, y que no tengo ni idea de lo que pasará en unas semanas cuando ella se marche. Lo único que sé es que quiero aprovechar cada segundo que tengamos juntos.

Salgo de la villa con una sonrisa que no me cabe en la cara. Camino por el sendero hacia mi villa, todavía con el esmoquin arrugado de anoche, pero sintiéndome el hombre más afortunado del mundo.

Apenas he avanzado unos metros cuando escucho pasos rápidos detrás de mí.

—¡Nash! ¡Espera!

Me giro. Mila viene corriendo por el sendero. Lleva el móvil en la mano y su expresión ha cambiado por completo.

—¿Qué pasa? —pregunto, preocupado.

Ella se detiene frente a mí, respirando agitada.

—Acabo de recibir una llamada de uno de mis informáticos de confianza en Nueva York. Ha estado trabajando toda la noche en las trazas... —Hace una pausa, mirándome a los ojos—. El ataque se está perpetrando desde California, en algún lugar cerca de Golden Cove.

Me quedo helado.

Eso significa que quien intenta destruir el Golden Dolphin ha estado mucho más cerca de nosotros de lo que jamás imaginamos.

23



Mila

Estoy reunida en el despacho de Nash junto a Kai. Hemos decidido tratar esto primero entre nosotros tres. Si el culpable realmente está operando cerca de Golden Cove, podría ser cualquiera: un empleado, un ex-empleado, un proveedor... incluso alguien cercano. No podemos arriesgarnos a filtrar la información hasta que tengamos algo más sólido.

El ambiente en la habitación es tenso. Nash está apoyado contra el borde de su escritorio con los brazos cruzados, Kai camina de un lado a otro frente al ventanal, y yo estoy sentada en una de las sillas, con el portátil abierto sobre mis rodillas.

—¿Estás segura de que tu contacto no se equivoca? —pregunta Kai, deteniéndose de golpe—. ¿El ataque viene realmente de esta zona de California?

Asiento con firmeza.

—Totalmente segura. Mi informático es uno de los mejores con los que trabajo. Usaron proxis en cadena, VPNs y servidores en la dark web para ocultar su rastro. Pero mi chico es bueno. Consiguió infiltrarse en uno de los servidores intermedios a través de una

vulnerabilidad que dejaron abierta en una actualización reciente. Logró rastrear el origen real: una conexión fija aquí en la zona. No tenemos la dirección exacta todavía, pero sí la confirmación de que está operando desde California.

Nash exhala con fuerza y se pasa una mano por el pelo.

—Joder... Eso significa que podría ser cualquiera.

—Exacto —respondo—. Por eso es importante no involucrar todavía al resto del equipo. Si filtramos esta información y el culpable está dentro, se pondrá en alerta y borrará todo rastro.

Kai se detiene frente a nosotros, con el ceño fruncido.

—¿Tenemos alguna idea de quién podría ser? ¿Algún empleado descontento? ¿Algún competidor local?

—Estamos revisando eso ahora mismo —digo—. Mi equipo está cruzando datos de empleados que han sido despedidos en los últimos dos años, proveedores con los que hemos tenido problemas y huéspedes que dejaron reseñas especialmente virulentas. Pero hasta ahora no hay nada concluyente.

Nash me mira directamente. Hay preocupación en sus ojos, pero también esa determinación que tanto me gusta.

—¿Qué necesitas de nosotros, Mila?

—Acceso total a los registros internos: horarios de empleados, logs de acceso a los sistemas, correos electrónicos... Todo. Y quiero que empecemos a revisar discretamente a las personas con más acceso al resort. Gerentes, personal de mantenimiento, incluso los del departamento de IT.

Kai asiente lentamente.

—Podemos hacerlo. Pero tenemos que ser extremadamente cuidadosos. Si el culpable se entera de que estamos tras él...

—No se enterará —interviene Nash con voz firme—. Lo haremos en paralelo a las acciones normales de crisis. Nadie sospechará.

Me recuesto en la silla, sintiendo el peso de la responsabilidad.

—Esto cambia todo. Ya no es solo un ataque externo. Es personal.

El silencio cae sobre los tres durante unos segundos. Nash y Kai se miran, y luego ambos me miran a mí.

—Entonces lo destruiremos primero —dice Nash con una sonrisa dura—. Juntos.

Kai asiente.

—Juntos.

Respiro hondo y abro mi portátil.

—Empecemos. Tenemos mucho trabajo por delante.

A pesar de la gravedad de la situación, no puedo evitar sentir una extraña sensación contradictoria en el pecho. Hace unas horas estaba en la cama con Nash, y ahora estamos los tres aquí, unidos contra una amenaza real.

El resto del día se convierte en una jornada matadora.

Desde las nueve de la mañana no salgo prácticamente de mi despacho. Tengo tres pantallas abiertas: una con los logs de acceso al sistema del resort, otra con los registros de empleados y la tercera con los informes de mi equipo en Nueva York. Cruzo datos, busco patrones, comparo horarios de conexión con turnos de personal, reviso correos sospechosos y analizo patrones de comportamiento en redes sociales de posibles sospechosos.

A media mañana, Nash aparece con un café grande y un sándwich.

—Come algo —dice, dejando todo sobre el escritorio.

—No tengo hambre.

—Llevas cuatro horas sin parar. Come.

A mediodía vuelve con agua y fruta.

A las tres de la tarde trae un plato de pasta y una botella de agua con gas.

Cada vez que entra, me mira como si no se fiara de mi capacidad para detectar sed o hambre cuando estoy concentrada. Y tiene razón. Cuando estoy en modo crisis, me olvido de todo lo que no sea el problema.

A las diez de la noche, la puerta se abre de nuevo. Nash entra, cierra detrás de él y se queda apoyado contra la madera.

—Mila, ya basta. Mañana sigues.

Levanto la vista, con los ojos cansados y la cabeza latiéndome.

—Siempre trabajo así cuando estoy en una crisis compleja — respondo, frotándome los ojos—. Si paro ahora, pierdo el hilo. Necesito seguir un poco más.

Nash se acerca, rodea el escritorio y se agacha a mi lado. Pone una mano en mi rodilla y me mira con esa mezcla de preocupación y ternura que me desarma.

—Llevas catorce horas encerrada aquí. Has comido porque te he traído la comida yo, has bebido porque te he dejado botellas al lado... Necesitas descansar. El culpable no va a desaparecer esta noche, y tú no vas a resolverlo todo en un solo día.

Suspiro, sabiendo que tiene razón.

—Es que... si el ataque viene de dentro, cada hora cuenta. Podría estar borrando pruebas ahora mismo.

Nash aprieta suavemente mi rodilla.

—Y si te desmayas de agotamiento mañana, no vas a servir de nada. Vamos. Te acompaño a la villa.

Cierro el portátil con resignación. Nash me ayuda a levantarme y, por un segundo, me sostiene contra él. Me da un beso suave en la sien.

—Estás haciendo un trabajo increíble —murmura—. Pero no a costa de ti misma. No lo voy a permitir.

Salimos del edificio administrativo en silencio. El resort está tranquilo, iluminado por las luces suaves de los senderos. Mientras caminamos, no puedo evitar pensar que, aunque la situación es grave, tener a Nash a mi lado hace que todo parezca un poco menos imposible.

Llegamos a mi villa. Antes de entrar, me giro hacia él.

—Gracias por cuidarme hoy.

Nash sonríe y me acaricia la mejilla.

—Siempre. Ahora descansa. Mañana seguimos.

—¿No vas a quedarte? —pregunto, mirándolo a los ojos.

Él me mira con una mezcla de deseo y contención.

—Ojalá pudiera, pero si me quedo no vas a descansar, y te necesito descansada mañana —responde con voz baja y ronca—. Y no es porque no quiera quedarme, que conste.

Sonríó con cansancio y algo de decepción. Sé que tiene razón, pero eso no evita que desee que se quede.

—Lo sé —murmuro—. Descansa tú también.

Nash se inclina, me da un beso lento y profundo, y se aparta con evidente esfuerzo.

—Buenas noches, Mila.

—Buenas noches, Nash.

Cierro la puerta y me apoyo contra ella un momento, exhausta pero con una extraña sensación de calma.

Me meto en la cama con el cuerpo agotado y la cabeza hecha un caos.

Y, aun así, no puedo evitar sonreír al recordar una sola palabra.

Juntos.



Nash

Han pasado tres días desde que descubrimos que el ataque al resort se estaba orquestando desde algún punto cerca de Golden Cove. Tres días de tensión constante, reuniones discretas, revisiones exhaustivas de registros y una sensación permanente de que alguien cercano nos estaba traicionando. No hemos avanzado tanto como queríamos. Seguimos sin un nombre concreto, pero cada día que pasa la presión aumenta. Mila apenas duerme. Yo apenas consigo concentrarme en otra cosa que no sea ella y esta maldita situación.

Voy de camino a su despacho con un plato de ensalada de salmón y quinoa que le pedí al chef que preparara especialmente. Sé que si no le llevo comida, probablemente se saltará el almuerzo otra vez.

Al doblar el sendero que lleva al edificio administrativo, me cruzo con Imogen y María. La niña lleva un dibujo enrollado en las manos y camina dando saltitos.

—Eh, peque, ¿qué haces aquí? —pregunto, agachándome un poco para estar a su altura.

Imogen levanta la vista con una gran sonrisa.

—Tengo esto para Mila —me enseña el dibujo—. Salimos nosotras dos bailando la noche de la gala en Santa Bárbara. Parecemos dos princesas. Quiero dárselo.

—Es precioso —digo, sonriendo al ver los colores brillantes y las dos figuras con vestidos de gala—. Pues vayamos juntos, yo también iba a verla.

Imogen asiente emocionada y me coge de la mano. María nos sigue con una sonrisa divertida.

Cuando entramos en el despacho de Mila, ella levanta la vista de las pantallas. Tiene ojeras marcadas y los hombros visiblemente tensos, pero su expresión se suaviza al ver a la niña.

—¡Imogen! —exclama con una sonrisa sincera.

La pequeña corre hacia ella y le entrega el dibujo con orgullo.

—Es para ti. Salimos tú y yo bailando en la gala.

Mila desenrolla el papel y lo observa con atención. Su rostro se ilumina de verdad.

—Me encanta, princesa. Es precioso. Mira qué vestidos más bonitos tenemos. Muchas gracias.

Imogen se lanza a abrazarla y Mila la aprieta con cariño. Después de unos minutos de charla y risas, María se lleva a la niña para que no interrumpa más.

Cuando nos quedamos solos, cierro la puerta y me acerco al escritorio.

—Te traje esto —digo, dejando el plato delante de ella—. Comes poco últimamente.

Mila suspira y se frota el cuello con una mano.

—Gracias —murmura, abriendo el envase sin mucho entusiasmo.

Me siento en el borde del escritorio, observándola.

—Pareces tensa.

Ella suelta una risa corta y cansada.

—Lo parezco porque lo estoy.

El silencio se instala entre nosotros. Han pasado tres días desde que nos acostamos (la noche del domingo) y desde entonces apenas hemos tenido un momento a solas. Mila está completamente absorbida por el trabajo. Apenas duerme, apenas come si no se lo llevo yo, y se pasa el día encerrada aquí revisando datos.

Me acerco más y pongo mis manos sobre sus hombros, empezando a masajearlos suavemente.

—Necesitas descansar, Mila.

—Lo sé —responde, cerrando los ojos un momento bajo mis manos—. Pero cada vez que cierro los ojos pienso que el culpable podría estar borrando pruebas o preparando el siguiente golpe. No puedo parar ahora.

Continúo masajeando su cuello y hombros, sintiendo los nudos de tensión bajo mis dedos.

—Intenta relajarte, Mila. O acabarás enfermando.

Ella cierra los ojos un momento, disfrutando del masaje.

—Soy incapaz de relajarme en estas circunstancias.

—¿Seguro? —pregunto en voz baja, con un tono ligeramente provocador.

Bajo las manos lentamente por su espalda, presionando los músculos tensos, y luego las deslizo hacia delante, rodeando su cuerpo hasta rozar sus pechos. Mis pulgares pasan deliberadamente sobre sus pezones, que se endurecen al instante bajo la blusa.

Mila jadea y se tensa.

—Nash... cualquiera podría entrar —susurra, aunque su voz ya suena más ronca.

Me inclino sobre ella, pegando mi boca a su oído mientras sigo acariciando sus pezones con los pulgares en círculos lentos y firmes.

—Voy a conseguir que te relajes —murmuro contra su piel—. Aunque tenga que follarte aquí mismo, sobre este escritorio.

Ella suelta un gemido bajito y echa la cabeza hacia atrás, apoyándola contra mi pecho.

No pierdo el tiempo. Me arrodillo frente a su silla, giro el asiento hacia mí y le subo la falda del traje hasta la cintura. Mila separa ligeramente las piernas, casi sin pensarlo. Engancho los dedos en los laterales de sus bragas negras de encaje y se las bajo despacio por los muslos.

—Genial. Unas bragas más para mi colección.

Me las llevo a la nariz e inhalo profundamente su aroma. Huelo su excitación, ese olor dulce y caliente que me vuelve loco.

—Las otras que tengo ya me las conozco de memoria —confieso con voz ronca, mirándola a los ojos—. Pero nunca me canso de olerte.

Mila suelta un gemido avergonzado y excitado al mismo tiempo. Le abro más las piernas, colocándolas sobre los reposabrazos de la silla, y me inclino hacia delante.

La devoro.

Paso la lengua por toda su hendidura empapada, saboreándola con hambre. Succiono su clítoris hinchado y lo rodeo con la punta de la lengua. Mila ahoga un gemido y clava los dedos en mi pelo.

—Nash... Dios... —jadea.

La chupo con fuerza, lamiendo rápido y profundo. Su sabor me inunda la boca, dulce y adictivo. Sus caderas se mueven contra mi cara, buscando más fricción.

En un momento dado, levanto la vista sin dejar de lamerla.

—Nunca me había alegrado tanto de no haber puesto paredes de cristal en estos despachos —gruño contra su coño.

Mila gime más alto, apretando mi cabeza contra ella. Sus muslos tiemblan alrededor de mis orejas. Succiono su clítoris con fuerza.

—Nash... —jadea, casi sin aliento—. Fóllame. Por favor... fóllame ya.

Me levanto de golpe, con la polla tan dura que duele. La miro a los ojos mientras me desabrocho el pantalón con prisa.

—No tengo condones aquí —digo con la voz ronca.

Mila me mira con los ojos vidriosos de deseo y se muerde el labio.

—Tomo la píldora —susurra—. Y estoy limpia. Me hice pruebas hace poco.

—Yo también estoy limpio —respondo sin dudar.

—Entonces fóllame. Ahora.

No necesito más. La agarro por las caderas, la acerco al borde del escritorio y, de un solo empujón profundo, me entierro completamente en ella.

—Joder, Mila... —gruño contra su cuello.

Está caliente, mojada y apretada. Empiezo a follarla con embestidas fuertes y rápidas. El escritorio se mueve ligeramente con cada golpe. Mila ahoga sus gemidos contra mi hombro, clavándome las uñas en la espalda.

—Más fuerte... —suplica en un susurro entrecortado.

La levanto un poco, sujetándola por el culo, y la follo más profundo, más salvaje. El sonido húmedo de mi polla entrando y saliendo de ella llena el despacho. Sus tetas se mueven contra mi pecho con cada embestida.

—Estás tan mojada... tan apretada —gruño en su oído—. Me vuelves loco.

Mila gime más alto y aprieta sus paredes alrededor de mi polla. Siento que está cerca.

—Córrete para mí —le ordeno, follándola sin piedad—. Quiero sentirte.

Su orgasmo la golpea con fuerza. Tiemblo alrededor de mi polla, apretándome con espasmos mientras ahoga un grito contra mi cuello. Dos embestidas más y me corro dentro de ella con un gruñido gutural, llenándola por completo.

Nos quedamos así unos segundos, jadeando, pegados el uno al otro.

—Joder... Este no era el plan.

Mila suelta una risa débil y agotada, aún temblando.

—Definitivamente estoy más relajada ahora.

La beso despacio, todavía dentro de ella, y susurro contra sus labios:

—Ahora come algo. Y esta noche, en tu villa, seguimos relajándote como Dios manda.

Ella sonríe contra mi boca.

—Trato hecho.

Me separo con cuidado de ella, aún jadeando. Me subo los pantalones y me abrocho el cinturón mientras Mila se baja la falda del traje con manos temblorosas. Se queda sentada en la silla, sonrojada y con la respiración agitada, intentando recomponerse.

Durante unos segundos solo nos miramos. Le acaricio la mejilla con el pulgar y ella cierra los ojos, apoyándose en mi mano.

—Come algo —murmuro suavemente, acercándole el plato de ensalada que había dejado sobre el escritorio.

Mila asiente, todavía con las mejillas encendidas, y coge el tenedor. Me siento frente a ella en una de las sillas, observándola en silencio mientras empieza a comer. Me encanta verla así: despeinada, con los labios hinchados por mis besos, la mirada aún vidriosa de placer y esa expresión de satisfacción que solo yo consigo provocarle.

Estamos en un silencio cómodo cuando suena su teléfono. Mila mira la pantalla y frunce el ceño.

—Es Alex —dice. Pulsa el botón del manos libres y contesta—: Alex, te he puesto en altavoz. Estoy con Nash.

—Hola, Nash —saluda la voz del informático al otro lado—. Tengo novedades importantes.

—Dime —responde Mila, dejando el tenedor.

—He tirado del hilo como me pediste. Después de mucho cruzar datos y rastrear servidores, encontré la empresa que está gestionando toda esta campaña negativa. Se llama Shadow Reputation y está en San Diego. Es una agencia pequeña, pero muy efectiva en operaciones sucias.

Mila y yo nos miramos. San Diego. Demasiado cerca.

—¿Y has podido llegar a la persona que está detrás? —pregunta ella.

Alex hace una pausa antes de responder.

—Sí. Conseguí el nombre del cliente que contrató el servicio. — Un breve silencio—. Es Jewel Sinclair.

El nombre cae como un balde de agua fría.

Jewel.

Mi ex.

Mila se queda congelada, mirándome. Yo siento que la sangre se me hiela en las venas.

—¿Estás completamente seguro? —pregunto con voz tensa.

—Al noventa y nueve por ciento —responde Alex—. El pago se hizo desde una cuenta vinculada a ella. No hay duda.

El silencio que sigue es denso.

Porque, por primera vez desde que empezó esta pesadilla, el enemigo tiene nombre. Y ese nombre es el de la mujer a la que una vez amé.

25



Nash

Al día siguiente de la revelación, conduzco hasta San Diego con una decisión tomada.

Necesito confrontar a Jewel ya.

Aparco frente al elegante edificio de vidrio donde se encuentra Luxe Horizons, su agencia de planificación de eventos de lujo y consultoría de estilo de vida para clientes de alto nivel. Viajes exclusivos, fiestas privadas en yates, bodas en islas remotas... siempre moviéndose por el mundo. Ese era uno de los grandes problemas entre nosotros.

Subo hasta el piso quince. Su secretaria me reconoce al instante.

—Señor Langford... no tenía agendada su visita.

—Dile que es urgente. No me iré hasta que me reciba.

Dos minutos después estoy dentro de su despacho.

Jewel está de pie junto al ventanal, vestida con un impecable traje blanco que resalta su figura. Tiene el pelo rubio recogido en un

moño elegante. Cuando me ve, levanta una ceja con esa expresión de sorpresa controlada que tan bien conozco.

—Nash —dice con una sonrisa cortés—. Qué inesperada visita.

—Jewel.

Nos sentamos en los sillones de diseño. Durante un par de minutos hablamos de tonterías: el tiempo, un evento reciente en Montecarlo, la salud de su madre. Cortesía pura. Hasta que ya no aguanto más.

—Sé que estás detrás del ataque al Golden Dolphin —digo sin rodeos, mirándola fijamente.

Jewel no se inmuta. Solo inclina ligeramente la cabeza.

—¿Perdón?

—No te hagas la tonta. Sé que contrataste a Shadow Reputation. Sé que estás financiando la campaña de reseñas falsas y las filtraciones. Lo sé todo, Jewel.

Por primera vez, veo un destello de sorpresa real en sus ojos. Se queda callada unos segundos, observándome.

—¿Y has venido a amenazarme?

—He venido a decirte que por la historia que compartimos, aún no te he denunciado a la policía. Pero si no detienes esto inmediatamente, lo haré. No voy a permitir que destruyas todo lo que mi abuelo construyó.

Jewel se levanta lentamente y camina hasta el ventanal. Se queda mirando la ciudad en silencio durante un largo rato. Cuando habla, su voz suena más baja, más vulnerable.

—Lo hice porque te echo de menos, Nash. —Me quedo helado—. Todo esto... lo hice porque pensé que, si el Golden Dolphin dejaba de existir, dejaría de existir también lo único que siempre estuvo por encima de mí. Creí que entonces volverías conmigo.

La miro con incredulidad.

—Jewel...

—Éramos felices —continúa, girándose hacia mí con los ojos brillantes—. Teníamos una vida increíble. Viajes, eventos, libertad. Y de repente tú decidiste que nada de eso iba contigo. Que el resort era más importante. ¿Cómo creíste que iba a aceptarlo?

Me levanto también, manteniendo la distancia entre nosotros.

—No, Jewel. No habríamos estado juntos. Hay otra mujer en mi vida. Y aunque no la hubiera... tú y yo nunca fuimos compatibles a largo plazo. Nuestras vidas siempre fueron incompatibles. Tú necesitas volar constantemente. Yo necesito tener un hogar. Lo intentamos durante casi diez años y al final nos destruimos mutuamente.

Jewel aprieta los labios. Por un segundo veo dolor auténtico en su mirada.

—¿Nunca fuimos compatibles? —pregunta con una sonrisa amarga—. ¿Eso es lo que te cuentas para dormir tranquilo? Porque yo recuerdo otra cosa. Recuerdo diez años en los que siempre encontrábamos la manera de arreglarlo. Hasta que dejaste de intentarlo.

Niego despacio con la cabeza.

—No fue así.

—Sí lo fue. —Da un paso hacia mí—. Dejaste de viajar. Cada conversación terminaba igual: «No puedo marcharme, el resort me necesita». Siempre era el resort. Siempre.

—Porque era mi responsabilidad.

—No, Nash. Era tu obsesión.

Aprieto la mandíbula.

—Era el legado de mi abuelo.

—Y yo nunca conseguí estar a su altura.

El silencio que sigue pesa como una losa. Jewel baja la vista unos segundos antes de volver a mirarme.

—¿Sabes cuántas veces cancelaste un viaje porque surgió un problema allí? ¿Cuántas cenas terminaban con una llamada del hotel? ¿Cuántas veces me prometiste que, cuando todo estuviera más tranquilo, recuperaríamos nuestra vida?

No respondo.

Porque no puedo.

Muchas de esas cosas ocurrieron de verdad.

—Esperé años, Nash. Años. Y un día comprendí que ese momento nunca iba a llegar.

Respiro hondo.

—Lo sé. Y siento haberte hecho daño. Nunca quise que te sintieras en segundo lugar.

Jewel deja escapar una risa sin humor.

—Pero así me sentía.

Asiento lentamente.

—Lo sé. Y precisamente por eso terminé nuestra relación. Porque seguía queriéndote, pero me di cuenta de que ninguno de los dos iba a renunciar a la vida que necesitaba. Tú necesitabas recorrer el mundo. Yo necesitaba quedarme aquí. No había un término medio que no acabara rompiéndonos otra vez.

Los ojos de Jewel se humedecen.

—Podríamos haber seguido intentándolo.

—No. Lo habríamos alargado unos meses... quizá un año más. Pero el final habría sido exactamente el mismo. —Jewel guarda silencio—. Lo que nunca imaginé es que intentarías hundir el Golden Dolphin para obligarme a volver contigo.

Su expresión se endurece apenas un instante.

—No quería hundirlo. Solo necesitaba que dejaras de elegirlo a él antes que a mí.

—¿Y cuántas personas estabas dispuesta a arrastrar para conseguirlo? ¿Los empleados? ¿Las familias que viven de este lugar? ¿Todo eso también te parecía un daño aceptable?

Jewel baja la mirada.

—Lo dicho —digo con calma—. Retira la campaña hoy mismo. Haz que la gente que contrataste elimine las reseñas falsas, rectifique públicamente y deje de atacar al Golden Dolphin. Quiero que desaparezca hasta el último rastro de todo esto.

Levanta la cabeza despacio.

—¿Y si no lo hago?

La miro fijamente.

—Entonces mañana por la mañana tendrás una denuncia sobre la mesa y toda la información que hemos recopilado estará en manos de la policía. Y te prometo una cosa, Jewel: esta vez no voy a protegerte.

Su expresión se quiebra apenas un instante.

—Nash...

Niego con la cabeza.

—Lo que sentí por ti durante diez años merecía un final mucho mejor que este.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta.

—Tienes hasta mañana.

No espero su respuesta.

Abro la puerta del despacho y salgo sin mirar atrás.

26



Mila

Todo cambia de la noche a la mañana.

A primera hora, mientras reviso los últimos informes en mi despacho, mi teléfono empieza a vibrar sin parar. Notificaciones de redes sociales, mensajes de Chloe y un correo urgente de mi equipo en Nueva York.

Abro Instagram y allí está.

Shadow Reputation (@shadowrep_official) ha publicado un comunicado:

Comunicado Oficial

Durante las últimas semanas, Shadow Reputation ha desarrollado una campaña de comunicación contra el Golden Dolphin Resort por encargo de uno de nuestros clientes.

Tras revisar internamente dicha actuación, reconocemos que aceptamos un proyecto que incumplía los principios éticos que deberían regir nuestra actividad profesional.

Como consecuencia, hemos retirado la totalidad de los contenidos publicados, solicitado a todos los colaboradores implicados que eliminen sus publicaciones y emitan una rectificación pública, y damos por finalizada nuestra relación profesional con el cliente responsable.

Queremos pedir disculpas al Golden Dolphin Resort, a sus propietarios, empleados y huéspedes por el perjuicio ocasionado.

Asumimos plenamente nuestra responsabilidad por haber participado en una campaña destinada a perjudicar la reputación de una empresa.

Shadow Reputation Team

Los comentarios no tardan en llegar:

@luxurytraveler92

Por fin alguien reconoce lo que todos sabíamos. El Golden Dolphin es impecable. Llevo yendo 5 años y nunca he tenido una mala experiencia.

@californiadreamer

Qué vergüenza. Pagar por difamar a un resort de esa categoría... ¿quién hace eso?

@realreviewer_la

Bien por admitir el error. Ahora devuelvan las reservas que se cancelaron por culpa de sus mentiras.

@goldenlover

Nash y Kai no se merecían esto. El resort es un paraíso. Gracias por la rectificación.

Sigo bajando y veo decenas de comentarios positivos hacia el Golden Dolphin. La narrativa está cambiando. Rápido. Muy rápido. Y siento un alivio tan intenso que tengo que cerrar los ojos un instante.

Durante semanas, cada vez que abría las redes encontraba un nuevo ataque.

Hoy, por primera vez, no hay ninguno.

Solo disculpas.

Solo rectificaciones.

Solo la verdad abriéndose paso.

Saber que Jewel estaba detrás de todo aquello fue un golpe para todos. Para Kai, porque jamás imaginó que alguien pudiera llegar tan lejos por resentimiento. Para mí, porque después de tantos días siguiendo pistas dentro del resort, el enemigo había estado completamente fuera de nuestro radar. Pero, sobre todo, para Nash. Había compartido casi diez años de su vida con ella. Descubrir que la mujer a la que una vez amó era la responsable de intentar destruir el legado de su abuelo fue muy doloroso.

Al final, Nash había conseguido que Jewel retirara la campaña y obligara a Shadow Reputation y a todos los perfiles implicados a rectificar públicamente. No podía deshacer el daño causado, pero al menos había detenido la hemorragia.

Y ahora, viendo cómo la reputación del Golden Dolphin empieza por fin a recuperarse, comprendo que todas aquellas noches sin dormir, las reuniones interminables y las horas analizando datos han valido la pena.

La crisis ha terminado.

Hemos ganado.

—¿Entonces no vais a decirnos quién estaba detrás de los ataques?
—pregunta Chloe, frunciendo el ceño mientras deja su copa sobre la mesa.

Estamos todos reunidos en The Drift, uno de los pubs más bonitos del resort. Después de semanas de tensión, por fin hay algo que celebrar. Kai ha insistido en invitar a todo el equipo y, por primera vez desde que llegué al Golden Dolphin, las conversaciones no giran en torno a crisis, reseñas falsas o reuniones de emergencia.

Nash, sentado a mi lado, intercambia una rápida mirada conmigo antes de responder.

—Es una información confidencial —dice con calma—. Lo importante es que todo ha terminado.

—Y que las reservas han vuelto a dispararse —añade Chloe con una sonrisa—. Esta mañana hemos recuperado prácticamente todo lo que habíamos perdido.

Alrededor de la mesa se escuchan algunos aplausos y varios brindis improvisados.

—Por el Golden Dolphin —dice Kai, levantando su cerveza.

—¡Por el Golden Dolphin! —repetimos todos.

Estamos en mitad de la celebración cuando mi teléfono vibra. Es Alice, mi jefa en Nueva York.

—Ahora vuelvo —digo, levantándome.

Salgo a la terraza del pub. El sonido de las olas llega desde abajo.

—¿Alice?

—Espero no interrumpir la celebración.

Sonrío sin darme cuenta.

—¿Cómo sabes que lo estamos celebrando?

—Porque acabo de leer el informe que me ha enviado Alex. También he visto lo que está pasando en redes. Enhorabuena, Mila. Has gestionado una de las peores crisis reputacionales que ha tenido jamás uno de nuestros clientes.

Suelto el aire lentamente.

—Ha sido un trabajo de equipo.

—Puede. Pero has sido tú quien lo ha dirigido. Y precisamente por eso te llamo. Ahora que el proyecto ha terminado, quiero que vuelvas a Nueva York.

Asiento despacio.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible. Tenemos una reunión pendiente contigo.

Mi corazón da un pequeño vuelco.

—¿Ha pasado algo?

—Sí. Algo bueno.

Suelto un suspiro.

—¿Bueno?

—El ascenso que llevas años esperando es tuyo. El consejo ya ha dado el visto bueno. Después de lo que has hecho aquí, nadie duda de que estás preparada. A partir del mes que viene serás directora de estrategia.

Durante unos segundos soy incapaz de decir nada.

Es exactamente el puesto por el que he trabajado durante años.

El motivo por el que acepté venir a California.

El objetivo que me había repetido una y otra vez desde que empecé en la empresa.

—Gracias... —consigo decir al fin, en un susurro emocionado—. De verdad.

—Te lo has ganado. Disfruta de la celebración y vuelve a casa. Te esperamos en Nueva York.

La llamada termina.

Me quedo unos segundos mirando la pantalla apagada del teléfono.

Hace solo unas semanas habría dado cualquier cosa por escuchar esas palabras.

Respiro hondo y vuelvo a entrar en el pub.

Las risas siguen llenando el local. Chloe está contando una anécdota, Kai intenta convencer al camarero de que saque otra ronda, Imogen corretea entre las mesas con un refresco en la mano y Nash...

Nash levanta la vista al verme entrar y me dedica esa sonrisa que, sin darme cuenta, ya siento como un hogar.

Aprieto el móvil entre los dedos.

He conseguido exactamente todo lo que quería.

Entonces... ¿por qué tengo la sensación de que acabo de perder algo?

Horas más tarde Nash y yo estamos en mi villa, desnudos, después de hacer el amor. La habitación está en penumbras, solo iluminada por la luz de la luna que entra por los ventanales.

Nash me tiene abrazada contra su pecho, acariciándome la espalda con lentitud.

—¿De verdad tienes que irte mañana? —pregunta en voz baja. Intenta que suene como una simple curiosidad, pero hay algo en su tono, una decepción contenida, que hace que el pecho se me encoja.

—Sí. Alice quiere que regrese cuanto antes a Nueva York. Ahora que la crisis del resort está resuelta, ya no tiene sentido que siga aquí. Además... —No puedo evitar sonreír un poco—. Me han dado el ascenso que tanto quería.

En el fondo deseo que me diga que sí tiene sentido quedarme. Que hay un motivo lo bastante importante como para aplazar el vuelo. Pero también sé que no sería justo esperar algo así. Llevamos juntos muy poco. Apenas unos días. Todo ha ocurrido demasiado deprisa.

Nash parpadea una vez. Después otra. Finalmente consigue dibujar una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Vaya... Enhorabuena.

El silencio que sigue es pesado. Apoyo la mejilla contra su pecho y cierro los ojos, escuchando los latidos de su corazón.

—Gracias.

Nash permanece callado unos segundos.

—¿Entonces esta es nuestra última noche?

Sonríó con tristeza.

—Dicho así parece que me vaya al fin del mundo.

Nash suelta una risa sin gracia, casi un suspiro.

Se incorpora un poco y nos miramos a los ojos. La luz de la luna ilumina su rostro. Tiene la mandíbula tensa, pero su mirada es suave, llena de algo que me duele y me calienta al mismo tiempo.

—Ha sido el verano más imprevisible que recuerdo —murmura, acariciándome la mejilla con el pulgar—. Y también el más bonito.

Al oír la palabra «imprevisible» se me forma un nudo en la garganta. Yo, que siempre he adorado los planes, las listas y el control... nunca pensé que la imprevisibilidad llegaría a gustarme tanto. Y mucho menos que llegaría a enamorarme de ella.

Sin decir nada más, nos besamos.

Es un beso intenso, profundo, con lengua. Pero esta vez no es sucio ni urgente como otras veces. Es dulce. Tierno. Lento. Como si ambos quisiéramos grabarnos en la memoria cada roce, cada sabor, cada respiración.

Nash me tumba con cuidado sobre la cama y se coloca encima de mí. Sus manos recorren mi cuerpo con reverencia, como si estuviera memorizando cada curva. Cuando entra en mí, lo hace despacio, mirándome a los ojos todo el tiempo.

No follamos.

Hacemos el amor.

Cada embestida es profunda y medida. Cada gemido es bajito, casi susurrado. Nos besamos sin parar, respirando el aliento del otro, como si quisiéramos llevarnos un pedazo del otro dentro.

—Te voy a echar de menos —susurra contra mis labios en un momento dado.

Y yo no soy capaz de responder con palabras. Solo lo abrazo más fuerte y lo beso con más intensidad, dejando que mi cuerpo le diga todo lo que mi voz no se atreve.

Porque mañana me voy.

Y esta noche... esta noche es todo lo que nos queda.



Nash

El sol de mediodía cae con fuerza sobre el camino de entrada del resort. Todos estamos aquí, reunidos frente al edificio principal, despidiendo a Mila.

Y yo me siento como una mierda.

Intento mantener la compostura, pero cada vez que la miro, algo dentro de mí se rompe un poco más. Lleva un vestido ligero color crema, el pelo suelto y gafas de sol. Parece preparada para volver a su vida en Nueva York. A su ascenso. A todo lo que se merece.

Pero yo no quiero que se vaya.

Imogen es la primera en romperse. Corre hacia Mila y la abraza con fuerza, escondiendo la cara en su cuello.

—No te vayas... —llora la niña—. Por favor...

Mila se agacha y la abraza con ternura, acariciándole el pelo.

—Volveré, princesa. Te lo prometo. No sé cuándo, pero volveré. Y cuando lo haga, haremos más pulseras de flores y bailaremos otra

vez.

Imogen la observa con desconfianza.

—¿Promesa de meñique?

Mila sonríe y extiende el dedo pequeño.

—Promesa de meñique.

Imogen enlaza el suyo con el de ella y, cuando terminan, se lanza otra vez a sus brazos.

Solloza más fuerte. María se acerca con suavidad, la separa con cariño y se la lleva hacia la playa, murmurándole algo al oído para distraerla. La niña se va mirando hacia atrás, con los ojos llenos de lágrimas.

Me duele el pecho.

Kai se acerca a Mila y le da un abrazo breve pero sincero.

—Gracias por todo —le dice él—. No sé qué habría pasado con el Golden Dolphin si no hubieras venido.

—Lo habríais solucionado.

—No. Yo habría intentado solucionarlo y Nash habría pasado otros dos meses diciendo que no necesitábamos ayuda.

Mila se ríe y yo le lanzo una mirada asesina.

—Gracias por confiar en mí —responde ella—. Desde el principio.

Kai la estrecha un poco más antes de apartarse.

—Aquí siempre tendrás un sitio, Mila. No lo olvides.

Ella asiente, emocionada.

—No lo haré.

Y entonces llega mi turno.

Soy el último.

Nos miramos un segundo que parece eterno. Quiero decirle mil cosas. Quiero pedirle que se quede. Quiero confesarle que estos días con ella han sido los mejores de mi vida. Pero no puedo. No tengo derecho a joderle el futuro que tanto se ha ganado.

Solo nos abrazamos. Un abrazo correcto, profesional, de cliente y consultora. Pero mis brazos la aprietan un poco más de lo necesario. Y los suyos también.

—Cuídate —susurro contra su pelo.

—Tú también —responde ella, con la voz temblorosa.

Se separa. Me mira una última vez. Sus ojos brillan detrás de las gafas de sol.

Luego sube al taxi que la espera.

La veo alejarse por el camino de palmeras hasta que el coche desaparece tras la curva.

Y me quedo allí, vacío.

Kai me pone una mano en el hombro.

—Vamos. Te invito a un café.

No respondo. Solo lo sigo como un autómatas hasta su despacho.

Cierro la puerta detrás de nosotros. Kai sirve dos cafés y me pasa uno. Me siento en el sillón, mirando la taza sin verla realmente.

—¿Eres gilipollas? —pregunta de pronto.

Levanto la cabeza, sorprendido.

—¿Perdón?

Kai se sienta frente a mí con cara de incredulidad.

—¿Por qué cojones no has intentado que se quedara?

Suspiro y me paso una mano por la cara.

—Porque no podía hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque acaba de conseguir el ascenso por el que lleva años trabajando. Tiene una vida en Nueva York, Kai. Una carrera. Un futuro que ha construido sin ayuda de nadie. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Pedirle que tirara todo eso por la borda por un hombre al que conoce desde hace unas semanas?

Kai me sostiene la mirada.

—No.

—Entonces ¿qué coño estás diciendo?

—Que podrías haberle contado cómo te sientes y dejar que ella decidiera qué quería hacer con esa información.

Niego con la cabeza.

—Habría sido injusto. Estaba feliz por el ascenso.

—No parecía feliz.

Lo miro.

—¿Qué?

—Cuando volvió al pub después de hablar con su jefa, parecía que le acababan de ofrecer exactamente lo que siempre había querido y, al mismo tiempo, le hubieran quitado algo importante.

—No sabes eso.

—No, claro. Debía de estar triste porque la copa de vino blanco no estaba lo bastante fría.

Resoplo y me paso una mano por la cara.

—No voy a pedirle que renuncie a su futuro por mí.

—Sigues repitiendo eso porque es una excusa estupenda —dice Kai, inclinándose hacia delante—. Nadie te ha pedido que la obligues a renunciar a nada. Podrías haberle dicho que querías intentarlo.

Podrías viajar, hacer una relación a distancia, buscar una solución dentro de unos meses. Tú tienes recursos para subirte a un avión cuando te dé la gana y ella acaba de conseguir un puesto con suficiente poder como para negociar cómo organiza su trabajo.

—No es tan sencillo.

—No. Las cosas importantes rara vez lo son.

Permanezco en silencio.

Kai me observa un momento antes de continuar.

—¿Le has hablado de tus sentimientos?

—Sabe que me gusta.

—No te he preguntado eso. ¿Le has dicho lo que sientes de verdad?

No respondo.

—Nash.

—No.

—¿Le has dicho que te estás enamorando de ella?

Levanto la mirada de golpe.

—Yo no he dicho que esté enamorado.

Kai arquea una ceja.

—Perfecto. Entonces mírame a los ojos y dime que no lo estás.

Abro la boca.

No sale nada.

Porque en cuanto intento formular la frase, vuelvo a verla riendo en San Diego, bailando con Imogen, trabajando hasta quedarse sin fuerzas y dormida sobre mi pecho. Recuerdo la sensación de verla subir a aquel taxi y cómo algo dentro de mí se ha roto cuando ha desaparecido.

Suelto el aire lentamente.

—Estoy enamorado de ella.

La confesión me golpea con más fuerza de la que esperaba.

Kai no parece sorprendido.

—Ya era hora de que lo admitieras.

—Eso no cambia nada.

—Lo cambia todo.

—No para ella. Mila tiene su vida allí.

—Y tú has decidido que no podría querer una vida contigo sin preguntárselo.

—No quería presionarla.

—¿Y no crees que dejarla marcharse creyendo que para ti todo esto podía terminar sin más también es una forma de tomar la decisión por ella?

Frunzo el ceño.

Kai deja la taza sobre la mesa.

—Te estás escondiendo detrás de su ascenso porque tienes miedo.

—No tengo miedo.

—Estás aterrorizado. Porque si le dices que la quieres y aun así elige Nueva York, ya no podrás convencerte de que la dejaste marchar por nobleza. Tendrás que aceptar que no te eligió.

Sus palabras me golpean de lleno.

—Que te jodan.

—Cuando quieras, pero eso no hace que deje de tener razón.

Me levanto de la silla y camino hasta el ventanal. Desde allí puedo ver parte del sendero por el que el taxi se marchó hace

apenas unos minutos.

—Llevamos juntos muy poco tiempo —murmuro—. Todo ha ocurrido demasiado deprisa.

Kai se coloca detrás de mí.

—Yo pasé años convenciéndome de que Olivia y yo teníamos que funcionar porque llevábamos mucho tiempo juntos. Mira cómo terminó. Lo mismo entre tú y Jewel. El tiempo no convierte una relación equivocada en la correcta, Nash. Y conocer a alguien durante unas semanas no hace que lo que sientes sea menos real.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que vaya al aeropuerto y le suplique que rechace el trabajo de sus sueños?

—Quiero que dejes de dramatizar y le digas la verdad. Después, ella decidirá. Puede que se vaya igualmente. Puede que quiera intentarlo desde Nueva York. Puede que se quede unos días más o que encontréis otra solución. Pero al menos sabrá que no fue una aventura de verano que terminó en cuanto se solucionó la crisis.

Me giro hacia él.

—¿Y si ya es demasiado tarde?

Kai mira el reloj que hay sobre la pared.

—Su avión todavía no ha despegado.

Siento que el corazón me da un golpe contra las costillas.

Kai me observa con una mezcla de impaciencia y diversión.

—¿A qué coño esperas para intentar convencer al puto amor de tu vida de que se quede?

No respondo.

No hace falta.

La taza de café se queda intacta sobre la mesa cuando echo a correr.

28



Mila

Estoy de pie frente a la puerta de embarque 47, con el corazón pesado y la maleta a mi lado.

El vuelo a Nueva York ya ha empezado a embarcar. Mi teléfono vibra con un mensaje de Alice recordándome que me esperan mañana en la oficina. Todo está listo. El ascenso. La vida que tanto he luchado por construir. Todo lo que siempre quise.

Y sin embargo, me siento vacía.

—Última llamada para el vuelo 2148 con destino a Nueva York
—anuncia la voz por los altavoces.

Doy un paso hacia el mostrador.

Y entonces lo oigo.

—¡Mila!

Me giro.

Nash corre hacia mí entre la gente, con la camisa arrugada, el pelo revuelto y la respiración agitada. Parece que ha venido corriendo desde Golden Cove.

Se detiene frente a mí, jadeando. Sus ojos azules me miran con una intensidad que me deja sin aire.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has pasado el control de seguridad?

Nash levanta el papel arrugado que lleva en la mano.

—He comprado un billete a Phoenix.

Parpadeo.

—¿A Phoenix?

—Era el vuelo más barato que salía esta mañana. No tengo intención de subir. —Hace una breve pausa para coger aire y suelta, sin preámbulos—. No te vayas, Mila. Por favor, no te vayas.

El mundo a nuestro alrededor parece desaparecer. Solo estamos él y yo.

—Nash...

—Te quiero, Mila. Me he enamorado de ti. Estos días contigo han sido los mejores de mi vida. No quiero que esto termine. No quiero una aventura. Quiero intentarlo de verdad. Contigo.

Me quedo mirándolo, con el corazón latiéndome tan fuerte que creo que va a salirse del pecho.

—Nash... tengo el ascenso. Me están esperando en Nueva York. Llevo años luchando por esto.

—Lo sé —responde—. Y no quiero que renuncies a nada por mí. Pero... ¿y si no tienes que elegir? Podemos encontrar la manera. Teletrabajo, proyectos desde California, viajes... lo que haga falta. Solo... no te vayas sin intentarlo.

Las lágrimas se arremolinan tras mis pestañas. Intento contenerlas, pero una se me escapa.

—Pero apenas nos conocemos... —susurro.

—Lo sé. Y sé que es una locura pedirte esto. Pero también sé que lo que siento por ti no es algo que vaya a encontrar dos veces

en la vida. —Da otro paso y me coge la mano—. Quédate. O al menos... piénsalo. Dame una oportunidad para demostrarte que podemos hacerlo.

Lo miro a los ojos. Esos ojos azules que me han vuelto loca desde la primera noche en la playa. Veo miedo, esperanza y amor. Mucho amor.

Y de repente todo encaja.

Yo, que siempre he necesitado planes, listas y control... me doy cuenta de que lo más bonito que me ha pasado en la vida ha sido precisamente lo imprevisible.

Nash.

Él.

Cierro los ojos un segundo, respiro hondo y tomo la decisión más loca y más correcta de toda mi vida.

—No me voy —digo, con la voz temblorosa pero segura—. Me quedo.

Nash parpadea, como si no pudiera creerlo.

—¿De verdad?

—De verdad —sonríó entre lágrimas—. Porque yo también te quiero. Y porque por primera vez en mi vida... quiero elegir lo que me hace feliz, aunque no venga con un plan perfecto.

Nash suelta una risa entrecortada, casi de alivio, y me abraza con fuerza, levantándose del suelo. Me besa como si el mundo se fuera a acabar, con desesperación, con amor, con todo.

Cuando nos separamos, apoya su frente contra la mía.

—Te prometo que no te arrepentirás —susurra.

—Lo sé —respondo, sonriendo—. Porque contigo... todo es imprevisible. Y me encanta.

Nos besamos otra vez, sin importarnos la gente que nos mira,
los anuncios del aeropuerto ni nada más.

Por primera vez en mi vida, no tengo un plan.

Y nunca me había sentido tan feliz.

Epílogo



Mila

El sol se pone sobre el Pacífico tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosados. La playa privada del Golden Dolphin está casi desierta, a excepción de nosotros cuatro: Kai, Imogen, Nash y yo.

Imogen corre por la orilla con un cubo lleno de conchas, riendo mientras las olas le mojan los pies. Kai la sigue de cerca, sonriendo con esa expresión de padre orgulloso que siempre tiene cuando está con ella.

Nash y yo caminamos un poco más atrás, cogidos de la mano.

Han pasado casi dos meses desde que decidí quedarme. Dos meses en los que todo ha cambiado... y al mismo tiempo ha encajado perfectamente.

Sigo trabajando para Harper & Brooks, pero ahora desde California. Tengo un despacho en el resort y viajo a Nueva York solo cuando es realmente necesario. El ascenso llegó, pero también llegó algo mucho mejor: equilibrio. Libertad. Una vida que no había imaginado, pero que ahora no cambiaría por nada.

—¡Mila, mira! —grita Imogen, corriendo hacia mí con una concha grande y brillante en la mano—. ¡Es para ti! Para que te acuerdes de nosotras cuando viajes.

Me agacho y la cojo con una sonrisa enorme.

—Es preciosa. Gracias, princesa.

Imogen me abraza con fuerza y luego corre de nuevo hacia su padre. Kai me guiña un ojo desde lejos antes de seguirla.

Nash me rodea la cintura por detrás y apoya la barbilla en mi hombro.

—Se te da bien esto de ser tía honorífica —murmura contra mi cuello.

—Se me da bien quererla —respondo, entrelazando mis dedos con los suyos.

Nos quedamos en silencio, mirando cómo el sol se hunde en el horizonte. Las olas rompen suavemente contra la arena. El aire huele a sal y a verano.

—Nunca pensé que acabaría aquí —digo en voz baja—. Yo, que odiaba improvisar... ahora vivo en California, trabajo a distancia y estoy locamente enamorada del dueño de un resort.

Nash se ríe bajito y me gira entre sus brazos para mirarme.

—Y yo nunca pensé que una mujer que se bañó desnuda en el océano acabaría siendo el amor de mi vida.

Sonrío, rodeándole el cuello con los brazos.

—Imprevisible, ¿verdad?

—Totalmente imprevisible —responde, y me besa con esa lentitud que todavía me hace temblar las rodillas.

Cuando nos separamos, su mirada y la mía quedan conectadas.

—Te quiero, Mila Maddox.

—Y yo a ti, Nash Langford.

A lo lejos, Imogen grita algo sobre una estrella de mar y Kai se ríe. El sonido de sus risas se mezcla con el rumor de las olas.

Miro a Nash a los ojos y siento una paz profunda, completa.

El verano está terminando.

Pero lo nuestro... lo nuestro apenas acaba de empezar.

Extra



Mila

Un año.

Ha pasado un año desde que decidí quedarme en California y, a veces, todavía me parece un sueño.

Es el comienzo de un nuevo verano y el Golden Dolphin está más vivo que nunca. Nash y yo celebramos nuestro compromiso en la casa de Kai, con una cena íntima pero llena de risas.

Estoy sentada en el sofá del salón, con la mano izquierda apoyada en el pecho de Nash. El anillo de compromiso brilla en mi dedo: una preciosa banda de oro blanco con un diamante que Nash eligió él mismo. Todavía me cuesta creer que sea real.

Kai levanta su copa hacia nosotros, sonriendo.

—Brindo por vosotros dos. Por haber tenido el valor de apostar el uno por el otro.

Imogen, ya con ocho años, corre hacia mí y me enseña el dibujo que ha hecho: Nash y yo besándonos bajo un arco de flores.

Lo cojo con una sonrisa enorme y la abrazo.

—Gracias, princesa. Es precioso.

Imogen se va corriendo a jugar y Kai se recuesta en su sillón, mirándonos con expresión más seria.

—Cambiano de tema... María me ha pedido pasar todo el verano en El Salvador con su familia. Lo entiendo, pero eso significa que tengo que empezar a buscar niñera para Imogen. No quiero dejarla con cualquiera.

Nash asiente.

—Podemos pedir a Recursos Humanos que se encargue de la selección.

En ese momento mi teléfono vibra sobre la mesa. Es Wendy. Frunzo el ceño. No esperaba su llamada.

—Un segundo —digo, levantándome.

Salgo a la terraza y contesto.

—¿Wendy?

Al otro lado solo se oye un sollozo.

—Mila... —Su voz se rompe—. Ray acaba de pedirme tiempo. Dice que necesita pensar, que últimamente ya no sabe qué quiere. Ha recogido unas cuantas cosas y se ha marchado de casa. Y, por si fuera poco, hoy el dueño del restaurante nos ha reunido a todos para decirnos que cierra a final de mes. Me voy a quedar sin trabajo.

Durante unos segundos no sé qué decir.

—Estoy en shock, Mila. —Su respiración se entrecorta—. ¿Cómo puede irse todo a la mierda en un solo día? Esta mañana tenía novio, trabajo y una vida completamente normal... y ahora siento que no me queda nada.

Aprieto el móvil con fuerza.

—Eh... escúchame.

—No sé qué voy a hacer.

—Lo primero, respirar. Lo segundo, dejar de pensar que tu vida se ha acabado porque te prometo que no es así.

Al otro lado solo escucho su respiración entrecortada.

Entonces una idea cruza mi cabeza.

Miro a través del ventanal, donde Kai y Nash hablan de la niñera para Imogen.

Y, de repente, todo encaja.

—Wendy... ¿Qué te parecería venirte a California este verano? Acabo de darme cuenta de que aquí hay un trabajo perfecto para ti. Tendrías alojamiento, estarías cerca de mí y podrías empezar de cero mientras decides qué hacer con tu vida.

Miro otra vez hacia el salón. Kai sigue explicándole a Nash que encontrar una buena niñera de confianza en tan poco tiempo va a ser casi imposible.

Yo solo sonrío.

Porque tengo la extraña sensación de que este verano en el Golden Dolphin será tan imprevisible como el anterior.

Y, por algún motivo, estoy convencida de que Kai y Wendy van a entenderse mucho mejor de lo que cualquiera de los dos imagina.

Sinopsis *Más que un verano con el jefe*



Una niñera temporal. Un padre soltero irresistible. Y un verano que cambiará sus vidas para siempre.

Me llamo Wendy y mi vida en Nueva York se ha ido al garete. Mi novio me ha pedido «tiempo» y, para rematarlo, me han despedido del restaurante donde trabajaba.

Así que, cuando mi mejor amiga me ofrece pasar el verano en California como niñera para Kai Harlow, un multimillonario, acepto sin pensarlo. Un cambio de aires, un buen sueldo y unos meses para recomponer mi vida viviendo en un resort de lujo frente al mar. ¿Qué podría salir mal?

Kai es ex surfista profesional, socio del exclusivo Golden Dolphin Resort y el hombre más atractivo que he visto jamás. Es paciente, protector y un padre tan entregado que derriba, una a una, todas las barreras que he levantado alrededor de mi corazón.

Ahora vivo bajo su mismo techo. Desayunamos juntos, compartimos cenas interminables en la terraza y lucho cada día contra la atracción que siento por él.

Porque Kai es mi jefe.

Porque todavía estoy intentando olvidar a mi ex.

Porque enamorarse del padre de la niña a la que cuido sería un desastre del que ninguno de los dos saldría indemne.

Aunque hay veranos que llegan para curarte.

Y otros que lo ponen todo patas arriba.

Quizá este haga las dos cosas.

En esta novela encontrarás:

- Romance de verano
- Padre soltero × niñera
- Proximidad forzada (viven bajo el mismo techo)
- Jefe y empleada
- Mucha tensión romántica
- Un resort junto al mar
- Una niña adorable que hará de cupido
- Final feliz

¡YA EN PREVENTA!

Drake, error millonario (Los millonarios del Wonderland Club #1)

Mi jefe prometió ayudarme a conseguir al hombre de mis sueños. ¿El problema? Que, a veces, los sueños cambian.

Mi nombre es Hallie Calloway y soy la secretaria de Drake Murray, uno de los hombres más influyentes de Manhattan.

Llevo años trabajando para él. Y llevo casi el mismo tiempo enamorada en secreto de Trevor Hadley, su mejor amigo y socio.

El problema es que Trevor nunca me ha visto de la misma manera.

Así que cuando Drake me llama a su despacho y me propone ayudarme a conquistar a Trevor, creo que he entrado en una realidad paralela.

Según él, su socio no ha vuelto a ser el mismo desde que su ex le rompió el corazón. Está distraído, de mal humor y tomando decisiones tan cuestionables que Drake teme que termine poniendo en peligro todo aquello por lo que ha trabajado.

Y, por alguna razón que no alcanzo a comprender, ha decidido que yo soy exactamente lo que Trevor necesita.

Su plan parece sencillo: ayudarme a ganar confianza en mí misma, enseñarme a salir de mi zona de confort y conseguir que Trevor deje de verme como la secretaria invisible que siempre ha estado allí.

¡YA EN PREVENTA!

¿Me dejas unas estrellitas?

Puede que no lo sepas, pero cada valoración y reseña que dejas en Amazon tiene un impacto enorme.

Es como si dijeras: «Esta historia me llegó, y quiero que más lectoras puedan descubrirla».

No hace falta escribir un texto largo; una frase, una emoción, incluso solo las estrellas... todo ayuda muchísimo.

Eso sí, hay algo importante que quizá no sabías: en Amazon, una valoración por debajo de 4 estrellas se interpreta como que el libro no te ha gustado, aunque tú solo quieras expresar que te gustó «un poquito menos».

Por eso, si disfrutaste la lectura, dejar 4 o 5 estrellas ayuda a que la historia pueda seguir llegando a más lectoras.

Gracias, de corazón, por cada palabra, cada reseña y cada gesto de cariño.

Detrás de cada historia hay una autora que sonrío al leerte.

¡MUCHAS GRACIAS!

¡Únete al Club de las princesas modernas!

¡Hola, princesa!

No voy a mentirte: siempre me cuesta despedirme de mis personajes. Después de pasar tanto tiempo con ellos, llega un momento en el que siento que forman parte de mi vida. Y con Mila y Nash me ha pasado exactamente eso

Son dos personajes intensos, cabezones, impulsivos y con una química que traspasaba la pantalla mientras escribía. Creo que este verano ya estaba siendo suficientemente caluroso... pero ellos decidieron subir la temperatura un poquito más.

Espero de corazón que hayas disfrutado de su historia tanto como yo disfruté escribiéndola. Que hayas sonreído con sus piques, suspirado con sus momentos más románticos y acabado el libro con ganas de quedarte un ratito más en Golden Cove.

Porque todavía no nos despedimos de California.

En agosto volveremos al Golden Dolphin Resort con una nueva historia. Porque, seamos sinceras... en un lugar tan bonito, entre playas infinitas, puestas de sol y cócteles frente al mar, siempre hay alguien a punto de enamorarse.

Y cuando termine el verano, nos tocará cambiar el océano Pacífico por los rascacielos de Manhattan. En septiembre empezaremos una nueva serie de romances protagonizada por cinco amigos multimillonarios. Cinco hombres con muchísimo dinero, demasiado carácter y más problemas sentimentales de los que les gustaría admitir. Y yo tengo la sensación de que nos van a dar momentos inolvidables.

Como siempre, gracias por estar aquí. Gracias por leerme, por recomendar mis novelas, por dejar reseñas y por acompañarme libro

tras libro. No sabes la ilusión que me hace pensar que has elegido pasar unas horas de tu verano junto a Mila, Nash y todos los habitantes del resort.

Ahora sí... disfruta de lo que queda de verano, intenta sobrevivir al calor (yo sigo intentándolo) y nos vemos muy pronto entre las páginas de una nueva historia.

Un abrazo enorme,

Leila Yoon

P. D. Si la historia de Mila y Nash te ha robado aunque sea un poquito el corazón, una reseña en Amazon es el mejor regalo que puedes hacerle a una autora.

P. P. D. Sígueme en redes sociales.

Instagram: <https://www.instagram.com/leilayoonautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=61572377692065>

Date de alta en mi boletín de novedades y recibirás un relato gratis:

<https://www.leilayoon.com/>